

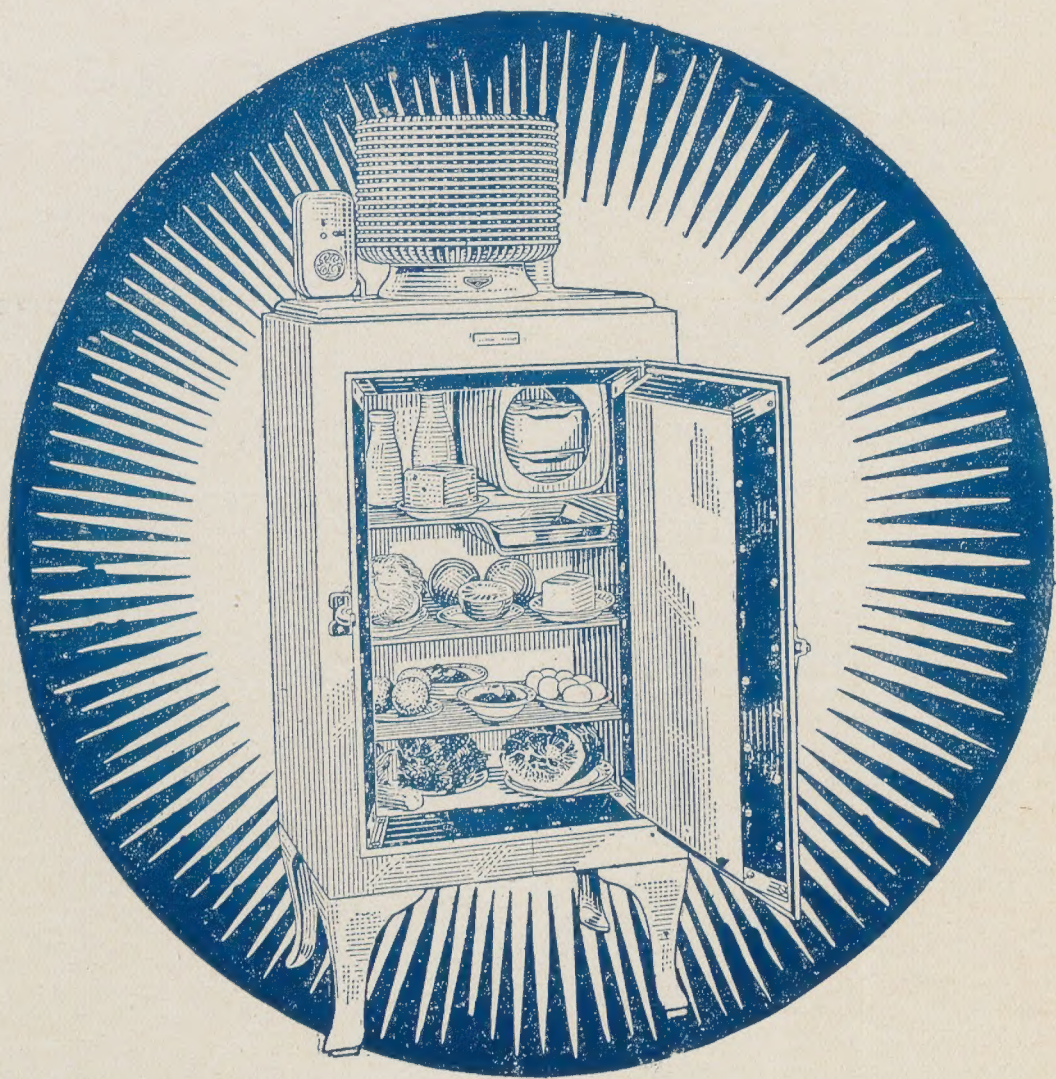
Fray Mocho

Revista Semanal



UN REGALO IDEAL

PARA TODA
LA FAMILIA



Un Refrigerador Eléctrico G. E. es el mejor regalo que Vd. puede obsequiar a los suyos. El más práctico y significativo porque sus beneficios, que alcanzan a toda la familia, expresan con propiedad el espíritu del día: más seguridad de buena salud y bienestar para todos.

El G. E. es tan simple y perfecto que no tiene en su interior caños, canillas ni poleas. No necesita aceite ni cuidados. Trabaja solo, silenciosamente y con economía. En él las señoras pueden guardar mayor cantidad de alimentos y platos preparados que se conservan frescos, deliciosos y sanos en un frío seco uniforme de 5.0 C. Produce además hielo en abundancia.

Deseamos que los Reyes Magos lleven un Refrigerador Eléctrico
G. E. a su hogar.

Todos los modelos están hermosamente esmaltados por dentro y por fuera. Véalos funcionando en Harrods Ltd., Florida 877; Gala y Chaves, Florida esquina Cangallo; E. Lix Klett y Cia. S. A., Libertad 1088; o en nuestra Exposición.

Refrigerador GENERAL ELECTRIC

VICTORIA 618 esq. PERU

FLORIDA 548

BUENOS AIRES

VICTOR X RAY CORP.

SUCURSALES: ROSARIO - CORDOBA - TUCUMAN - MENDOZA - SANTA FE - MONTEVIDEO

GENERAL ELECTRIC S. A.

Victoria 618, esq. Perú. — Buenos Aires

Sírvanse remitirme folletos del Refrigerador Eléctrico G. E.

NOMBRE

DIRECCION

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVII

Buenos Aires, diciembre 25 de 1923

N. 870

Mr. Herbert Hoover

Mr. Herbert Hoover ha pasado junto a nuestro entusiasmo ciudadano. Le hemos saludado con nuestro alborozo de pueblo accesible a todos los sentimientos de amistad internacional. Escuchamos su voz clara y franca; apretamos su mano cálida de efusión; percibimos su mirar de simpatía para todas nuestras cosas: la actividad de vida que desplegamos, la belleza del panorama patrio, las instituciones democráticas que fundamentan nuestra organización. Mr. Herbert Hoover se detuvo a observar el vasto escenario de trabajo que comprende la Argentina en los cuatros límites de su grandeza, desde las Cordilleras al Atlántico y el Plata, desde el Cuyo y la Patagonia al Norte y el Litoral, descubriendo en nosotros la naturaleza de un pueblo digno y pacifista por excelencia, consciente de su fuerza, del papel que desempeña en el concierto de las naciones libres del mundo, y del porvenir que le está reservado en la historia. La agudeza de su sentido de estadista permitiéndole recoger una impresión gratísima, que si en general nos halaga más bien nos estimula porque de ella derivarán inmensos beneficios para una compenetración amplia de los Estados Unidos y nuestro país en los diversos órdenes de la actividad social. Mr. Hoover pudo apreciar al propio tiempo la noble disposición de ánimo que existe en la Argentina con respecto a la poderosa democracia del Norte. Su breve estada no fué óbice para imponerle de los sentimientos de cordialidad que favorecen el estrecho acercamiento muchas de las características del progreso de los Estados Unidos y en nuestra fisonomía política es bien visible y reconocida la influencia de las instituciones Estadounidenses. Los constituyentes argentinos del '53 al legarnos la Carta Magna sobre la cual reposa la entidad nacional tuvieron presente en todo momento las bases esenciales de los Estados Unidos. Sarmiento es el autor de aquel notable ensayo jurídico sobre las normas legales norteamericanas que debían "servir de guía a los magistrados argentinos" orientándolos en la sana interpretación de la Ley. Y desde entonces a hoy los Estados Unidos fueron a menudo ejemplo de progreso y de democracia que la Argentina comprendió y apuró dentro de las posibilidades de nuestro medio. ¿Cómo, pues, no iba a existir en el fondo del sentimiento de nuestro pueblo esa cordialidad hacia la patria del Norte que Mr. Herbert Hoover advirtió apenas llegado a nuestro país?

La generosa expansión del alma argentina, que es una de nuestras más preciosas virtudes, no podría ser desmentida en el caso de una Nación como los Estados Unidos, en cuyas fuentes institucionales se nutrieron los creadores de nuestra organización y con la cual mantenemos tradicionales vinculaciones de amistad que nunca han sido alteradas. La Argentina no confundió por cierto a los Estados Unidos con ciudadanos y empresas americanas que no sustentan otro ideal que el de sus propios intereses particulares y que aun en ocasión del arribo del ilustre representante del pueblo hermano permanecieron ajenos a la entusiasta acogida que le dispensó nuestro país. No es en esto donde hemos visto a los Estados Unidos, sino en su ilustre enviado, en la inmensa mayoría de modestos ciudadanos americanos que colaboran en la grandeza argentina y en el recuerdo de sus prohombres; Washington, Lincoln, Wilson y tantos otros en quienes latió un vivo impulso de humanidad. De ahí que a pesar de ellos el pueblo argentino logrará testimoniar a Mr. Herbert Hoover la sinceridad de nuestro aprecio a los Estados Unidos, vinculándolo e interesándolo en sus sentimientos en la forma en que lo hará FRAY MOCHO, haciendo llegar a sus manos el presente número de nuestra revista y los que vayan apareciendo en lo sucesivo.

Mr. Herbert Hoover has come into contact with the enthusiasm of our citizenship. We have greeted him with the joy of a people open to all the sentiments of international friendship. We listen to his clear and frank voice; we grip his warmly effusive hand; we perceive his glance of sympathy for all connected with us — the lively display of our activities, the beauty of the panorama of our homeland, the democratic institutions on which our organization is founded. Mr. H. Hoover paused to observe the vast scene of Argentine labor, within the four limits of her greatness, from the Cordilleras to the Atlantic and the Plate, from Cuyo and Patagonia to the North and the Littoral, finding in us the temperament of a people worthy and pacific "par excellence", conscious of its strength, of the role it fulfils in the concert of the free nations of the earth, and of the future reserved to it in history. The keenness of his statesman's understanding enabled him to gather a most pleasing impression, which, if on the whole flatters us, yet rather serves us as a stimulant, since there will derive from it immense benefits in the sense of an ample compenetration of the United States and our country, in the diverse orders of social activity. Mr. Herbert Hoover could appreciate at the same time the generous disposition of intention existing in the Argentine with regard to the powerful democracy of the North. His short stay was no impediment to his realisation of the cordial sentiments favoring close spiritual and material approximation of these two sister nations. We have emulated many of the characteristics of the progress of the United States, and in our political physiognomy the influence of U. S. institutions is quite visible and admitted. The Argentine constitutional statesmen of '53, in bequeathing to us the Magna Charta on which our national entity reposes, had continually in mind the essential bases of the United States. Sarmiento was the author of that notable juridical essay on North American legal standards which were to "serve as guides to Argentine magistrates", providing them with bearings in a right interpretation of the Law. And between then and now the United States have often provided examples of progress and democracy understood by the Argentine and applied according to the possibilities of our medium. How, then, was not to exist deep in the feelings of our people that cordiality towards the country of the North noted by Mr. Hoover from the very moment of arriving in our country? The generous expansion of the Argentine soul, which is one of our most prized virtues, could not be forsworn in the case of a nation like the United States, in whose institutional springs the creators of our organization drank deeply, and with whom we maintain traditional ties of friendship that have never suffered disturbance. It is certain that the Argentine did not confuse the United States with North American citizens and enterprises who maintain no other ideal but that of their private interests, and who, even on the occasion of the arrival of the illustrious representative of the sister nation, kept themselves apart from the enthusiastic welcome offered to him by our country. It is not in them that we have seen the United States, but in its distinguished envoy, in the immense majority of unpretentious American citizens who are collaborating in Argentine greatness, and in the memory of its famous men — Washington, Lincoln, Wilson — and so many others in whom throbbed a deep impulse of humanity. So that in spite of them the Argentine people will succeed in testifying to Mr. Hoover the sincerity of our regard for the United States, uniting him with, and interesting him in, its feelings, in the way in which FRAY MOCHO will do so, putting into his hands the present and successive issues of this magazine.

Al ruido de la puerta del jardín, la señora Osmant encendió la luz eléctrica de la escalera exterior y levantó la cortina para observar... ¡miran las ocho!... Una noche de Navidad en la que todos se preparaban para la misa de media noche y para la cena. No se comería pronto esa noche. Sus ojos negros, bastante bellos, que por la miopía permanecían siempre cerrados, su boca pequeña, expresaron un vivo descontento mientras observaba a su marido que atravesaba el jardín bajo la nieve. La luz eléctrica era amarilla en aquella gran pandez opaca que difundía una especie de luz entre los techos blancos, los árboles blancos, la entrada blanca mas allá de la puerta del jardín. El rumor de la calesa que Guna conducía a la cuadra, apenas rompía el silencio de aquellas cosas virgíneas, de toda aquella pureza sobre la cual los cascos de los caballos, las ruedas, los escarpines del médico de campo del señor Osmant osaban imprimir huellas sacrilegas.

El médico sacudió las escarpines contra las gradas de la escalera mientras María, la camarera, le abría la puerta con un aire de humildad. Según costumbre, el médico se dirigió a quitarse sus escarpines en la cocina, rito de mezquita al que la señora Osmant, turca de origen, profesaba gran fidelidad. Pero el doctor, simple armenio, no veía en eso más que una fórmula respetuosa de la pulcritud del piso.

—He aquí el regalo del señor Danton — dijo, sacando un paquete que tenía bajo el brazo.

Una expresión ruda emanaba de su rostro que parecía el retrato de todos los sultanes: nariz gruesa, en la punta, ojos saltones, barba aguda.

Le faltaba el fez, pero era calvo.

—¿Qué cosa es eso, Joaquín?— preguntó la señora Miriam.

—Un ánade que ha cazado ayer Danton.

—Debía de habértelo ofrecido de modo que lo hubiéramos podido comer esta noche en la cena, — observó acremente la señora Osmant.

—María, cuélgalo en la ventana de la cocina.

El doctor penetró en su gabinete de trabajo donde a cierta hora desfilaron los clientes que esperaban en el salón contiguo. Seguido de su mujer, se desembarazó de la bolsa quirúrgica y cubriéndose de un gorro negro se dispuso a chupar la larga boquilla de una pipa de barro que se hallaba cerca de la escribanía. Sus ojos se fijaron vagamente en un ángulo en penumbra, preocupados y desatentos mientras, la esbelta Miriam permanecía como en espera de noticias.

—¿Tienes algo que te preocupa?— preguntó la señora Osmant.

El se movió permaneciendo en la actitud de una estatua de la indolencia.

—¿Algún cliente poco satisfactorio?... ¿Matías? El viejo Matías lo has visto hace poco. ¿Sigue enfermo?

—¡Mucho! — exclamó con voz gutural. — ¡Bronco-pneumonia, y a su edad!...

Miriam, como mujer de un médico, sintió la gravedad de esta

El filtro de la eterna juventud

Por Marcel Roland

noticia y podía pesar las preocupaciones del marido. Matías, el Castellano del Cadiou, el más rico del país, el cliente mejor. Ella le había visto una vez, hacía mucho tiempo, delgado, alto, derecho como si se hubiera tragado un bastón. ¡El mejor cliente! Un cliente que Joaquín visitaba una vez a la semana por especial necesidad.

—¿Cuántos años tiene?

—Noventa y dos, pero aferrado

davía y no tengo el derecho de venderlo.

—¡Bah, ya veremos eso si el señor Matías insiste en probarlo! Osmant meneó la cabeza.

—Tú tienes ocasión de probar tu invento... Y con un hombre que te ofrece un patrimonio así... ¿Y dices que has cometido una falta?... ¡Joaquín!... ¿Están seguro de tu reconstituyente, de tu invento?

MADRUGADA

La noche, sobre un leve cielo malva,
Desmayóse hondamente en lo infinito.
El lucero agravó, grande y marchito,
El desamparo atónito del alba.

Tocó una hez ligeramente acerba
La frialdad del campo mal despierto.
Un vientecillo todavía yerto,
Sopló yescas de sombra entre la hierba.

Un pájaro pió... calló... Y por largo
Tiempo, volvió a reinar la muda calma.
La estrella sola parecía un alma.
Corría un grave aliento de letargo.

Silencio aún... Mas ya, de lo profundo,
Alzó la noche, entre ilusorios tules,
Vagos espectros lánguidos y azules
En cuya imagen renacía el mundo.

Retempló un gallo su clarín de ataque.
Exhaló el campo un soplo de ventura.
Y pareció flotar en la frescura
Una leve ceniza de estoraque.

Leopoldo LUGONES.

a la vida... ¡Ah, si té le vieras!... Sí, hace todavía poco tiempo, cuando le visitaba... entre un acceso y otro de sofocación, alargaba los brazos diciéndome: "Doctor, cúreme!... ¡Le doy un patrimonio si me cura!... No quiero morir... ¡Un patrimonio si me cura!..."

La señora Osmant tuvo un resplandor en las pupilas.

—¿Pero no puedes hacer nada?

—¿Cómo es posible rehacerle los pulmones, el corazón, los riñones, el hígado!... ¡Ah, puede prometer bien un patrimonio, el viejo avaro!... ¡No le costará mucho!...

—¿Tú no le has hablado de tu suero?— preguntó indiferentemente la señora Osmant.

—Sí; le he hablado de ello; he cometido esta falta.

—¿Esta falta?

—Seguro, esta falta. Ahora quiere a todo trance el suero.

El médico se alzó y se puso a pasear entre los muebles.

—¿Por qué dices haber cometido una falta hablándole de tu suero prodigioso?

—Porque no está autorizado to-

guiente por la mañana a visitar su enfermo; que estaba obligado a renunciar al "revelion" y que la profesión de médico en un país como ese era un oficio de paria. Por fortuna, se tiene la propia conciencia y la satisfacción del deber cumplido.

—Mientras tanto, será preciso que te decidas con tu suero, ahora que es la ocasión. ¿Por que no haces las prácticas necesarias?

—Apenas tenga tiempo, me iré a París. Pero... ¡es el tiempo el que me falta!...

Levantada la mesa, se pusieron a jugar a las cartas esperando la llegada de los amigos para la hora de la misa. Así, todas las casas se llenaban del grupo de las casas vecinas.

El doctor se retiró a su gabinete. Sentado en su escritorio fumaba la larga pipa de barro y consultaba apuntes. Con el gorro plantado en la nuca, y un librito de apuntes en las manos peludas, pensaba en su enfermo rico, en Matías, y en su remedio... en el suero... y en la ocasión que dejaba escapar, el pobre médico, de un poco de dinero.

Se levantó, abrió una de las puertas de vidrio que daban acceso al laboratorio. No tuvo más que descender una escalera y se encontró en el pequeño laboratorio que había construido al lado de la casa. Aquel era su dominio en el que ninguno podía entrar sin un especial permiso, donde él se recluía a trabajar, a soñar, a reposar de sus continuas y pesadas ocupaciones. Allí cultivaba sus obras como en una estufa bajo los vidrios propicios a la vegetación. Allí, después de ocho años de persistentes investigaciones, había nacido el suero maravilloso.

El médico sonrió. La estancia era polvorienta, desordenada; no tenía la dulzura serena de los refugios. Flotaba allí la tibia temperatura suministrada por el calorífero. A lo largo de las paredes y por el suelo, en las jaulas cerradas se sintió un súbito estrechamiento. Un mico con el lomo arqueado gruñía. Osmant se inclinó para acariciarle. En otras jaulas había diferentes clases de animales, todos ellos sometidos a los distintos experimentos del suero.

Era aquel un asilo para las bestias; todos los días una visita, todos los días una observación, un progreso. Así, desde hacía ocho años, Osmant se detuvo contemplando los frascos con la extremidad recurvada. En ellos estaba destilada la obra de toda su vida. Con sus manos los había llenado, dosificado. El hábil farmacéutico que iba a ayudarlo todos los días ocupábase de los trabajos secundarios. Sólo tocaba los frascos para preservar su punta y cuidaba de la limpieza del laboratorio. Aquel pobre ayudante ignoraba todo lo que se refería a la fabricación del suero. Sólo sabía que la sangre del gato, del perro, de los conejitos de Indias, servía, sucesivamente, de base al nuevo remedio. Se llamaba Gomel, y al final del año tenía que abandonar Roche-Monfort para dirigirse a casa de un farmacéutico de la ciudad.

Joaquín Osmant, luego que hubo terminado su inspección se entretuvo en ordenar las hojas de un manuscrito que a su debido tiempo pasaba a la máquina de escribir. Era una comunicación de la

Academia de Medicina. Había encontrado un viejo colega de la Facultad que se había ocupado de ello. Pero en cuanto al invento... sí... sí... son tantos y todos igualmente admirables.

Volvio a su gabinete y se dispuso a escribir sobre un cuaderno el programa para las visitas del día siguiente, pues no hay días de fiesta para los secuaces del arte de Hipócrates. Entre otras indicaciones la agenda contenía la bronconeumonía del señor Matías. Los demás enfermos podían esperar, ¡pero Matías! Con él se moría el mejor cliente serio de la región, un monarca del dinero, avaro, pero útil por los honorarios que entregaba a su médico.

Se necesitaba un milagro para impedir la catástrofe, pero el tiempo de los milagros había pasado. Y todos los tratados de terapéutica del mundo, no podían impedir al ex pastero de tener noventa y dos años, un corazón apagado, un hígado enfermo, los riñones extenuados, y por pulmones dos esponjas.

Osmant revisaba los viejos volúmenes que llenaban su biblioteca. Los milagros para la bronconeumonía no estaban señalados allí. Sonaron las once. Del comedor venía un gran rumor de platos. Haran el "reveillon" sin mí —pensó. Se fué en busca de su mujer, encontrándola ya con el sombrero puesto. Sonó la campanilla de la antecámara. María se precipitó hacia el jardín para abrir la ventana.

—¿Será Leguerrier?

—No; es un automóvil.

Oíase voces afuera y por la puerta entreabierta entró el frío y el estrépito del automóvil que turbó el silencio de la nieve. Una voz robusta dijo:

—Si el señor doctor pudiera venir en seguida...

Osmant reconoció la voz de Dantón, el cazador de ánades. Abrió la puerta y se detuvo sobre la escalinata.

—¿El señor Matías está mal?

—¡Ah, señor doctor! ¡Malísimo! ¡No respira, se ahoga! ¡Le llama en seguida!

—Bien, bien...

—Le he dejado al viejo con Serafina... Yo he cogido el torpedó y si lo desea le llevaré conmigo, —decía Dantón acercándose con el sombrero en la mano.

—Nada más que el tiempo de vestirme —indicó el doctor —entre.

—Prefiero esperar en el coche, señor doctor. Y le ruego que lleve su remedio. El señor Matías me suplica que lo lleve.

—¡El remedio! ¡Siempre el remedio!

—¿Lo ves? —murmuró la turca.

Osmant salió de la escalera con el rostro pensativo. Después de tres minutos regresó vestido saludando rápidamente a la mujer y a los hijos.

De pronto le vino un pensamiento imprevisto.

Entró en el laboratorio, tomó dos frascos amarillos y los envolvió en un paquete de algodón hidrófilo, con el mismo cuidado con que una muchacha duerme su muñeca.

Salló, montando en el bajo vehículo, cuyo faro iluminó un triángulo en la noche.

II

El automóvil partió apenas el médico se colocó al lado del admi-

nistrador. La linterna mágica de la parte inferior del coche mostraba de cuando en cuando la parte inferior de las casas, árboles, un puente, después los campos que extendían su velo apenas ondulado.

—El caso es que con esta nieve no se encuentra la carretera —protestaba Dantón.

Faltaban seis kilómetros de camino y tenía tiempo de charlar. Locuaz, parafraseaba en todos los tonos el estado alarmante en que se encontraba su amo. La muerte de los amos no es siempre la liberación de los criados. Matías, gigante del bosque de los hombres, con sus quince millones, aplasta-

gnol... aquel primo que está en la banca ¿sabe usted?

—No, no he oído nunca hablar de él.

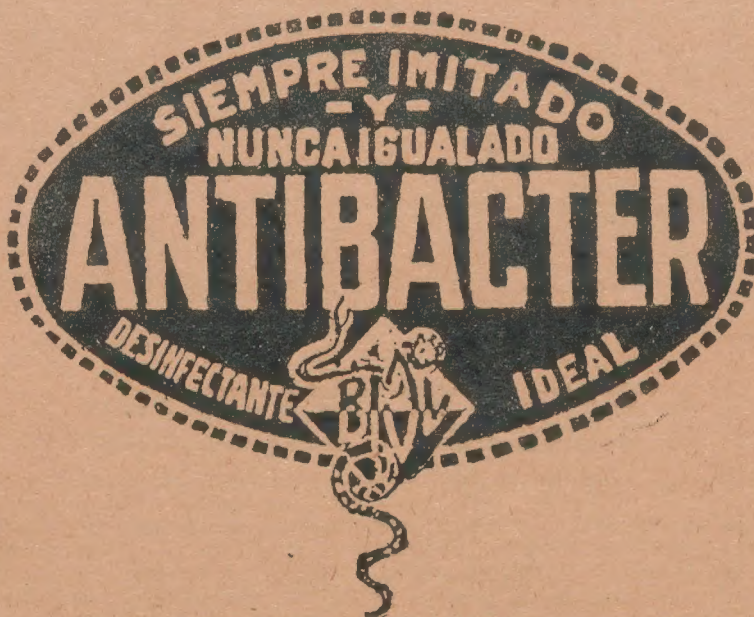
—Un conde... ¿Pero por dónde pasamos? ¡Ah, sí! La garganta de los Bosques... Un conde que tenía una especie de banca en París...

—¿Un conde? No sabía que tuviera esta parentela el señor Matías.

—¡Oh, sí! Una parentela en la aristocracia. Un conde que no ha tenido éxito con su banca y que ha escrito en estos días al patrón para pedirle que le envíe con toda urgencia veinticinco mil francos...

Instituto Biológico Argentino

Buenos Aires — Florencio Varela



ANÁLISIS CLÍNICOS, SUERO-REACCIÓN DE WASSERMANN, SUERO-REACCIÓN TÍFICA DE WIDAL, TUBERCULINA HUMANA Y BOVINA PARA APLICACIONES DIAGNÓSTICAS Y TERAPÉUTICAS EN EL HOMBRE Y EN LOS ANIMALES, ESTUDIO DE LAS EPIZOOTIAS, PREPARACIÓN DE AUTOVACUNAS.

SUEROS Y VACUNAS TERAPÉUTICAS, PRODUCTOS OPO Y ÓRGANO TERAPÉUTICOS.

RIVADAVIA 1745

U. T. 37 RIVADAVIA 3344 - 7018 - 7019

ba en su caída todas las plantas parásitas agrupadas a su alrededor, viviendo de su vida. Pero también Matías se negaba a morir.

—Tiene una cabeza de hierro. Por un momento se distrae y olvida esto y aquello. Pero después la mente se le hace lúcida y entonces ¡voto al diablo!.. Esta noche el chofer, el jardinero y su mujer y sus hijos, han ido a la ciudad a festejar la fiesta de Navidad. Afortunadamente yo sé guiar y afortunadamente ninguno de los que quedamos en casa nos hemos movido, fieles a la consigna, Serafina y yo. Exigente como es, ¿qué hubiera sido de él sin nosotros?... Es un obstinado. Además, usted le conoce. A su edad se ocupa de todos los trabajos minuciosamente, con un escrúpulo extraordinario. Y ayer, a pesar de estar en el lecho, me ha hecho escribir a su primo, el de París, el señor de Cavi-

Esta suma debía evitarle la quiebra. Y se dirigía a su buen corazón... Parece que este conde tiene una hija bellísima que se parece a un retrato que el amo tiene en su alcoba. Pues bien, ¿lo creerá usted, señor doctor? Aunque enfermo, el señor Matías ha pensado en contestarle. Sí, Dantón, me dijo ayer mañana; escribe de mi parte a mi primo, el señor de Cavignol, diciéndole que estoy dispuesto a hacer por él lo que no haría por ninguno. Sí... Mándale quinientos francos de mi parte en nombre de nuestro vínculo de familia.

—¿Quinientos francos?

—Sí, señor doctor; yo mismo los puse en la carta. ¿No cree usted que ha hecho bien? ?

—Quinientos francos... Muy bien —dijo Osmant.

El coche llegó a su destino. El médico descendió para abrir la

gran puerta del jardín. El cielo era en aquel momento claro y disseminado en resplandores.

El coche se paró frente a una puertecita que daba acceso al pabellón del fondo. Desde allí, seguido de Dantón, se plantó en el vestíbulo frío y sonoro, todo de piedra, con el pavimento de mosaico. Osmant respiró el olor de Serafina, la cual estaba penosamente agitada por una pomada de vainilla que mantenía disciplinados los cabellos grises bajo una coleta blanca. Y la coleta parecía poner luz en la penumbra.

—¿Usted, señor doctor?

Osmant percibió el latido de plata del crucifijo que una lámpara sobre el pecho y que a veces caía contra un botón del busto.

—¿Vaya de nuevo! —interrogó Dantón.

—¡Siempre mal! Le ha dado la poeima, pero la ha rechazado a la segunda cucharada.

—¡Vámonos! —dijo el armenio andanado hacia la estancia.

Una vastísima estancia cuadrada, con tres ventanas. En medio estaba contra la ventanilla, entre el resplandor que salía de la chimenea y la vacante que ocupaba una lámpara colocada sobre la mesita de noche, el cuarto inculcado en lo incierto y en lo inexplicado. Osmant se acercó al lecho, un viejo muelle de pañanero coronado de un baldaguino que dejaba caer en torno a la cabecera un pano rojo.

—Serafina, hace falta un poco de luz —ordenó con el tono seco que usaba en los momentos críticos.

Un respiro fatigoso salía de las mantas y el enfermo apenas se distinguía entre el cúmulo de almohadas, completamente machetado y suelto.

Serafina encendió las luces del vestíbulo y todo se iluminó. El viejo Matías apareció terrible y exangüe; un poco de cabello esparcido sobre la cabeza, una nariz chata y las sienes profundas. Para respirar, el enfermo se inclinaba hacia adelante; pero su mirada, perdida en la espesura de sus cejas blancas, descubrió al doctor. Entonces un reflejo de vida apareció en su rostro.

—¡Doctor, doctor! ¡Es usted! ¡Por fin ha venido!

Se vió una mano salir fuera del lecho, agarrarse tenazmente al brazo de Joaquín.

—¡Doctor, doctor! El remedio, ¿lo trae usted?

III

Grande, indecible era la perplejidad que se apoderó del espíritu del doctor armenio. Hallábase ante una agonía extrema. La vida del señor Matías se escapaba por momentos. Pendía solamente de un hilo de la más extrema fragilidad. Un leve soplo, y aquella existencia se extinguía. La ciencia usual no conocía ninguna fórmula para restaurar los espantosos estragos de la senectud. El señor Matías era nonagenario; su cuerpo estaba irremisiblemente condenado por la edad. Dentro de poco la muerte vendría a reclamar su presa. ¿Cómo impedirlo? ¿Cómo negarle su tributo de sangre, el doloroso tributo que todos han de pagar más pronto o más tarde, pero siempre, indefectiblemente, a la implacable segadora? Si él se atreviera... Si él, aprovechando aquellos instantes supremos accediera a las des-

esperadas súplicas del paciente y ensayara en su cuerpo las virtudes inéditas de su específico maravilloso, aquel filtro de la eterna juventud, fruto de sus estudios y desvelos de tantos años, y esperanza única de su familia en medio de su obscuridad y su pobreza... Pensó en su mujer, obligada a vivir en la mediocridad de la provincia, roída de amoniciones inalcanzables, amargada cada vez más por las preocupaciones y estrecheces de su hogar; penso en sus hijos, en la onerosidad de sus estudios en colegios provincianos sin brillo ni confort, y en su porvenir trabajoso y difícil, y una nube gris pasó entonces por sus ojos cansados de tantas vigiliás.

—Sí, aquí traigo el remedio — contestó con voluntad resuelta.

Estaba decidido a aplicarse al señor Matías. Nada le importaba ya el informe favorable o desfavorable de la Academia de Medicina; ni la autorización necesaria para aplicarlo. Su conciencia había claudicado definitivamente.

—Démelo usted, pronto; ¡por Dios se lo pido! — gemía con voz anhelante el enfermo.

—Un momento; antes de curarle con mi invento es preciso ordenar algunas cosas.

El doctor Osmant conocía la proverbial tacañería del viejo y tenía una infidelidad a su palabra luego de haberse curado.

—¿Dice usted que me da un patrimonio aceptable si logro devolverle la vida?

—Sí, doctor; lo que usted quiera. El patrimonio de la Salpêtriére, el más rico de mis dominios con su pabellón y todo!

—Perfectamente. El dominio de La Salpêtriére, con su pabellón y todo. Hagamos antes el documento en forma y usted lo firmará.

—Traiga el papel y yo le firmo inmediatamente. ¡Sálveme usted! ¡Cúreme usted!

El doctor se sentó a una mesa, extendió un papel blanco y lo llenó acto seguido con el texto de la donación en toda regla.

—Aquí está; firmelo usted. Serafina y Dantón serán los testigos del documento.

El señor Matías cogió la pluma con su mano temblorosa y firmó garrapeando la entera donación de La Selpêtriére a favor del doctor Osmant.

Acto seguido, Joaquín sacó de su bolsillo los dos frascos amarillos que traía preparados; tomó una larga lanceta de inyecciones, la esterilizó convenientemente y tomando el brazo desnudo y esquelético del paciente, inyectó el suero que contenían las dos botellas.

Hubo un silencio recogido y expectante. Serafina y Dantón asistían a la operación como dos testigos anacrónicos de una obra de magia. Aquello tenía algo de misterio inquietante de los alquimistas. Una vez terminada la cura, el viejo Matías cayó en un sopor profundo. Un sudor frío bañaba todo su cuerpo. Sus miembros temblaban agitados por estremecimientos ininterrumpidos.

—Tengo frío, mucho frío; echad más mantas encima; todas las que haya en la casa.

—Es el frío de la muerte, doctor, —susurró Serafina;— el señor Matías se muere.

—Eso mismo creo yo, —replicó Dantón;— la medicina ha debido acelerar su agonía.

—No teman —afirmó Osmant con confianza;— son esos los síntomas que se experimentan cuando se toma el suero. Dentro de algunas horas, el enfermo sentirá calor, mucho calor, y pedirá que le

Matías. Las predicciones del señor Osmant se cumplieron tal y como él las había señalado. El enfermo sintió durante toda la noche las extremas alternativas de frío y calor anunciadas por su médico. En tanto, el dueño de la casa, como si se sintiera imperiosamente tonificado por una extraña co-



LA PORTERA. — ¿Los señores no tendrán niños?
LOS FUTUROS INQUILINOS. — ¿Por qué lo pregunta usted?
LA PORTERA. — Porque al casero no le gustan.
LOS FUTUROS INQUILINOS. — ¿Es que ha comido alguno?

quiten las mantas. Parecerá como que se asfixia. Es que la medicina está operando la transformación del organismo. Lo he probado ya con otros experimentos en mi laboratorio. Ahora, quédense aquí velando al enfermo toda la noche; yo vendré mañana. Denle solamente a beber, tazas de café caliente con ron, y que se mantenga en el mayor reposo.

El médico se fué mientras los dos criados quedaron velando en torno al cuerpo inerte del señor

riente de esperanza y optimismo al recibir en su cuerpo las inyecciones del bálsamo, parecía reaccionar vigorosamente contra la enfermedad y los años. Dijérase que el filtro de la eterna juventud había penetrado en su organismo en función de embrujamiento. Los dos criados, a medida que el tiempo iba pasando se miraban uno al otro sorprendidos. ¿Sería posible lo que veían? ¿Era posible que el señor Matías a los noventa y tantos años, en trance supremo de

muerte, con las vísceras de su cuerpo completamente aniquiladas por la edad, recobrara la salud y la vida fuerte y activa de un ser en la plenitud de la existencia?

El caso no era ya para dudarlo. Con las primeras luces del alba, el señor Matías pareció reanimarse completamente, como si la aparición del nuevo día marcara en su cuerpo la resurrección de una vida nueva. El milagro lo tenía patente delante de sus ojos. El filtro embrujado había operado en su sangre su extraño encantamiento. Por sus venas corría una savia fresca y lozana magnificada en potentes glóbulos. El señor Matías se rejuvenecía a ojos vistos. Aquello, parecía cosa del diablo a los dos criados de la casa. Serafina se santiguó amedrentada. Había más brillo en su mirada, más color en sus músculos y la fiebre que quemaba su frente habían desaparecido por completo.

El enfermo, con voz más segura, pidió otra taza de café.

—¿A qué hora ha dicho el doctor que vendría? — preguntó.

—A las ocho — le contestaron Serafina y Dantón.

—¿Se siente mejor, señor Matías?

—Me siento extraordinariamente bien. Ese suero del señor Osmant me ha devuelto la vida. Es una cosa verdaderamente milagrosa.

—El señor Osmant ha dicho que guarde reposo hasta que él vuelva.

—No hace falta; me siento ya completamente bien como si no hubiera tenido la bronco-neumonía y hubiera perdido treinta años menos. En realidad, la finca de la Salpêtriére es un patrimonio admirable; pero, en fin, lo doy todo por bien empleado con tal de haber tomado ese suero.

—Dios lo haga — murmuró Serafina.

—Me siento tan bien ahora, que cuando venga el señor Osmant va a quedarse sorprendido de su invento.

A las ocho llegó a la casa el señor Osmant.

—Y bien — preguntó — ¿cómo sigue el paciente? ¿Se le han dado todas las atenciones que yo he prescrito?

—Todas, doctor, — contestaron los criados en el vestíbulo.

Osmant penetró en la habitación del enfermo y halló a éste en el estado de mejoría, que no pudo reprimir una exclamación de asombro. El suero había operado prodigios en el señor Matías. Se acercó a él, le tomó el pulso, que era normal, aunque un poco debilitado todavía; le pasó la mano por la frente, notando que había desaparecido la calentura.

—Ya estoy bien, ya estoy bien, señor Osmant — repetía el enfermo con voz tranquila y firme.

—Sin embargo, será conveniente que todavía permanezca en la cama algunos días, reponiéndose y tomando algunos alimentos. Yo volveré mañana, y algunos días más durante su convalecencia.

—No es preciso, no es preciso; le digo que me siento completamente restablecido. Me levantaré hoy mismo porque tengo que arreglar algunas cuentas y vigilar un poco los trabajos de la granja. Será preciso que eche yo por

NOCHEBUENA EN EL CONVENTILLO

El conventillo vibra con la alegría de los gratos festejos de Nochebuena... Y en el patio, no cesa la algarabía de los chicos traviesos.—En la serena

paz de la hora, se oyen las incoherentes charlas de las muchachas, que realizado ven el ensueño, tanto tiempo anhelado, de que al fin se decidan los pretendientes..

El conventillo rie con su ventura... Sólo, en la entristecida vivienda oscura, el obrero sombrío llora su pena,

recordando a la ingrata que se olvidara de todo, y hace un año lo abandonara para esta misma fiesta de Nochebuena...

Julio C. VIALE PAZ.

allí una ojeada. En cuanto a mí, doctor, no tenga cuidado; ya estoy en disposición de volver a mis faenas. Si algo ocurre, ya le avisaré con tiempo. Me siento aún algo débil, pero con la ayuda de Dantón podré caminar hasta que mis piernas recobren su fortaleza.

El señor Osmant, en vista de las seguridades del paciente, se alejó dándole la mano cariñosamente y prometiéndole volver, sin embargo, uno de aquellos días. El filtro había dado excelentes resultados; — pensaba el doctor por el camino; — pero la fibra del señor Matías era en verdad tan sorprendente como el suero. Una naturaleza igual no la vió nunca entre ninguno de sus clientes de todo el contorno.

Pocos días más tarde, el doctor se trasladaba con toda su familia a la hermosa finca La Salpêtrière, con gran contentamiento y orgullo de la señora Osmant, que al fin había logrado alcanzar su ambición de convertirse en una de las principales terratenientes de la provincia. Los dos muchachos regresaron, pasadas las fiestas de Navidad y Año Nuevo, a los más elegantes colegios de París. La niña al Colegio de Damas Nobles de Versalles, y el chico a continuar su carrera de interno en el colegio aristocrático de Narbonne. La señora Osmant no cabía en sí de gozo. Por toda la comarca no se hablaba de otra cosa que de la rápida fortuna y exaltación social de la ambiciosa turca.

Sin embargo, un hecho insólito vino a poner una sombra inquietante en la rápida felicidad matrimonial. El señor Matías había sanado completamente; ya era otro hombre, sí, pero otro hombre completamente distinto del patrón de los demás hombres. Empezaron a notarse en él algunas rarezas y extravagancias que no dejaron de preocupar a los criados del castillo.

Poco tiempo después de su restablecimiento, el señor Matías se atrevió a escribir una carta amorosa a su sobrina, la bella señorita parisiense, hija de su primo el banquero arruinado. Como es natural, esta carta no obtuvo contestación. El primo banquero debió sentirse indignado por aquella conducta del viejo avaro que al anunciarle la quiebra se atrevió a ofrecerle quinientos francos, cantidad irrisoria y humillante que no bastaba ni para polvos para su hija.

Por los caminos, de noche, en despojado, perseguía sañudamente a todas las mozas del lugar. El señor Matías era un sátiro. Dijérase que el suero del señor Osmont había operado en su organismo como un terrible afrodisíaco. Tenía ahora los instintos de la bestia ancestral del gorila en toda su primitiva naturaleza. Bebía, cantaba, lanzaba ahullidos como una bestia salvaje. El señor Matías se había convertido, por sus apetencias e inclinaciones, en el terror de todos los vecinos, que trataban de huirle como una fiera dañina. Sí; era otro hombre el señor Matías, pero un hombre que había dado un salto atrás, un hombre de evidente y trágico descenso en la escala zoológica, un hombre, en fin, dominado por todos los instintos salvajes, más potentes en él que las nobles emociones y senti-

mientos de su cerebro de ente racional.

El filtro de la eterna juventud se hizo en su sangre simiente atroz de apetitos brutales. Podía más en él el ritmo acelerado de sus venas que las normales circunvalaciones de su cerebro. Y un día ocurrió la catástrofe prevista, irremediable, la catástrofe de la criatura que con loco empeño viola las leyes inmutables de la naturaleza. La bestia terminó venciendo al hombre. Y como una bestia feroz, desenfrenada inconsciente de las normas que rigen a los seres humanos, alumbró el incendio de todas sus cuantiosas propiedades, mientras el señor Matías bailaba a la ronda en torno de la hoguera siniestra, ebrio de vino, sembrando el espanto en toda la vecindad con sus lúgubres aullidos, en toda aquella vecindad pacífica que veía ahora asombrada al devastador incendio, que asolaba implacablemente la riqueza del más rico propietario de la región, convirtiéndose en escombros y en ceniza, yendo a propagarse su desolación y exterminio hasta la finca de La Salpêtrière, la cual tuvo el mismo destino trágico que toda la riqueza del hombre que pagó el filtro de la eterna juventud con la bestialidad y la locura.

El humilde origen de algunos hombres célebres

La mayoría de los hombres célebres han tenido un origen humilde, como lo prueba la siguiente relación:

Richard Archwigh, noble inglés, reemplazó la rueca y el huso por la máquina de hilar.

Cronwell, protector de la república inglesa, era hijo de un cervicero en Londres.

Jacquard, mecánico francés, construyó el telar que con algunos perfeccionamientos se usa todavía.

Franklin, eminente físico, político y naturalista anglo-americano, era cajista de imprenta e hijo de un jabonero.

Lamarck naturalista francés, es el autor de la teoría del transformismo universal, sostenida después por Darwin.

Sixto V, uno de los más grandes pontífices del Cristianismo, era hijo de un porquero.

Horacio, era hijo de un tendero. Eurípides, hijo de una verdulera, fué uno de los más grandes trágicos griegos.

Shakespeare, celeberrimo poeta dramático inglés, era hijo de un carnicero.

Milton, el autor de El Paraíso Perdido, fué hijo de un corredor de Bolsa.

Virgilio, príncipe de los poetas latinos, era hijo de un portero.

Sócrates, ilustre filósofo griego, hijo de un pobre escultor.

Edison, ingeniero americano, descubridor de tantos adelantos maravillosos, como el fonógrafo, cinematógrafo, lámpara de incandescencia, etc., vendía periódicos en sus primeros años.

EL OBSEQUIO SUPREMO

Receptor modelo 40 eléctrico. Hermoso y compacto receptor. Potente y selectivo. 6 válvulas y lámpara rectificadora.

\$ 450.—

Altos parlantes modelos "E" y "E2" — A cono flotante. Reproducción absolutamente perfecta. Difieren solamente en tamaño.

\$ 90 y 80, respectivamente



RADIO ATWATER KENT

Otra vez la Navidad,
— el Año Nuevo

... renacerán en su hogar las antiguas canciones familiares, las antiguas costumbres olvidadas en el año... volverán a su imaginación ratos felices que en esta época es dado repetir...

Y así como millones de hogares se preparan para festejar estas fiestas, para disfrutar ratos de alegría que perdurarán a través de los años, también usted debe prepararse para proporcionar a los suyos esos ratos de satisfacción.

Haga felices a los suyos mediante el obsequio de una Radio ATWATER KENT. Estos modernos receptores, selectivos, potentes y seguros, prolongarán las delicias del Año Nuevo durante todos sus días.

Modelos eléctricos y para baterías; todos dotados de la máxima sencillez en radiotelefonía:

UN SOLO CONTROL

Pídanos folletos y catálogos descriptivos

IMPORTADORES:

DITLEVSEN & Cía. Ltda.

Ing. HUERGO 1335

BUENOS AIRES

EN VENTA EN LA CAPITAL

Mentruyt y Cía.
Nieto y Cía.
Obiglio e hijos
Radio Cultura
Baratti y Cía.
Easmussen y Cía.

Victoria 557
E. Ríos 302
Bm. Mitre 1215
Callao 674
Corrientes 1145
Bm. Mitre 990

EL BUZÓN

Por Germaine Beaumont

Durante tres años Valentín Méderic no tuvo más fin en su vida que despachar metros de sedas, crespones y cuantos artículos contenía el almacén de novedades de donde era dependiente.

Al cabo de tres años murieron los viejecitos con los que él vivía, y tuvo que buscar otra habitación. Encontró una alcoba con gabinete en una casa que estaba situada en el extremo de la ciudad; de modo que para ir al almacén tenía que atravesar la avenida de Napoleón.

Este cambio de itinerario influyó en la vida de Valentín. El segundo día que al dirigirse a la nueva casa para almorzar pasó por la avenida, vio detrás de la verja de un hotelito a una muchacha de belleza extraordinaria.

—¡Ven aquí, Azor! — gritaba aquella beldad, con voz autoritaria—. ¡Ven en seguida, animal!

Al oír llamar al perro, Valentín pensó:

“¿Por qué no seré yo Azor?”

Y envió a la muchacha una mirada apasionada.

Desde aquel instante fatal el amor empezó a trastornar a Valentín. Perdió el sueño, el apetito y hasta la cabeza. No sabía ni lo que hacía. A las señoras que le pedían seda, las daba satén; y a las que necesitaban batista, terciopelo, porque sus pensamientos estaban a todas horas con Estrella, que así se llamaba la mujer de sus sueños.

Estrella, a fuerza de verle pasar por delante de su casa, acabó por fijarse en él. Un día le sonrió, y aquella misma noche Valentín escribió la siguiente carta:

“Señorita: No tengo más patrimonio que mi inmenso amor, que es capaz de levantar montañas. Por eso me atrevo a solicitar su mano. Si el día que a fuerza de trabajo y perseverancia sea dueño del almacén de novedades, del que ahora soy dependiente, consiente usted ser mi esposa, entonces mañana, cuando yo vaya a trabajar, espéreme detrás de la verja de su casa con un rastrillo en la mano. Eso será la señal de que acepta usted mi proposición. Suyo hasta la muerte. — Valentín”.

En cada uno de los hoteles de la avenida de Napoleón, había un buzón en la puerta del jardín. Al día siguiente, con el alma llena de ilusión, Valentín depositó en el de casa de su amada su misiva. Aguardó con ansiedad la llegada del nuevo día para saber la respuesta de la dueña de sus pensamientos; más cuando anhelante se detuvo ante el jardín de ésta, la vio, sí, detrás de la verja, pero tenía una regadera en la mano y le miraba desdeñosamente.

Valentín sintió frío, y en vez de ir al almacén a despachar cretona se volvió a su casa y se tomó una dosis de láudano.

Su patrona era una viuda joven que odiaba a los hombres, porque su marido la había hecho muy desgraciada; mas cuando vio a Valentín gritando en el suelo le le-

vantó, llamó al médico y a fuerza de cuidados le salvó la vida. Reconocido a sus desvelos, Valentín se casó con Antonieta (tal era el nombre de la viuda); pero como no quería vivir en aquella ciudad, que tan tristes recuerdos tenía para él, se marchó con su mujer a las colonias. La suerte le favoreció

Al día siguiente, estando Antonieta y Valentín y descansando de las fatigas del viaje, oyeron gritos en la vecina morada. Inquieto y emocionado, Valentín bajó a su jardín y miró discretamente por entre una enredadera que separaba los dos hoteles. Y vio... que su antigua dulcinea, con cara de vinagre, perseguía a un pobre hombre dándole golpes.

—¡Imbécil! ¡Cretino! — decía con voz chillona — ¡Cuando pienso que me he casado con semejante estúpido!... ¡Ven aquí en seguida, animal!

Pero el hombre, menos dócil que Azor, huyó asustado.

Valentín también retrocedió.

“¡Y por el amor de esa fiera me

LAS AMAPOLAS EN EL TRIGO

Arden las amapolas en el crisol de oro del campo asaeteado de trigo candeal. En la carne madura, en el bucle sonoro de las espigas, arde la fiebre cenital.

Arden las amapolas ígneas sobre la mies como una arteria orgánica que se rompe al través. Y cada flor señala con su pulpa encendida los puntos cardinales del dolor de la vida.

Cuatro gotas de sangre de la ubre caliente; cuatro llamas de cirio de la capilla ardiente; cuatro labios en ascua, cuatro besos en flor;

cuatro estancias del rústico soneto castellano; cuatro horas empapadas del dolor aldeano; cuatro angustias del vientre del surco paridor.

PAISAJE DE VERANO

Hay un salmo de vidas bajo la tierra calma y una emoción de padre, jubilosa, en el cielo. La hora cenital, derrotado su vuelo, se enerva en la cimera lánguida de una palma.

Insinuando misterios de lujurias al alma, el sol hunde su espasmo contra la tierra esquiva, y se refleja, y brota su luz copulativa hecha canción de grillos que se riza en la calma.

Paz del yermo. Cansancio voluptuoso del día. Sobre la tierra vieja, desdenosa y sombría, la maldición de fuego del rubio sol se arrasa.

Y por el cielo, ruta de azul melancolía, el perezoso sueño de una nube que pasa.

José MARTINEZ JEREZ.

e hizo fortuna; además Antonieta le dio tres hijos hermosos; así que cuando cumplió cuarenta años, advirtió que para ser feliz no le faltaba más que volver a respirar el aire de su ciudad natal.

Recordó que cuando él partió estaba vacío el hotel de al lado del de Estrella. Escribió para saber si continuaba lo mismo, y al contestarle afirmativamente ordenó que se entablaran negociaciones para comprarlo.

Antonieta, que ignoraba la pasión que su marido había sentido por Estrella, no se opuso a que se instalaran en la avenida de Napoleón, y una hermosa mañana de mayo la familia, completada por la servidumbre y varios loros, llegó triunfalmente a la ciudad.

quise yo matar!...”, exclamó aterrado.

Abismado en sus reflexiones se apoyó inconscientemente en el buzón de la puerta de su casa. Al choque de su cuerpo se abrió éste, y Valentín vio en el interior un sobre amarillento. Casi sin saber qué hacía lo cogió, lo abrió y leyó:

“Señorita: No tengo más patrimonio...”

En su carta de declaración que años antes, en su azoramiento y locura, había depositado equivocadamente en el buzón de la casa vacía.

—¿Qué haces ahí, amor mío? — preguntó amable Antonieta, que llegaba en aquel momento—. Tienes una cara tan rara... ¿Te ocurre algo?

Escoriaciones
Escaldaduras
Quemaduras
Eczemas
Granos

Pica-
duras
de
Insectos

toda clase de
afecciones de la piel

PASTA VASENOL

—Aunque tenga la cara rara — respondió Valentín — no me sucede nada desagradable; al contrario, nunca me he sentido tan feliz... ¡Qué dichoso por tenerte a mi lado! ¡Eres unamujercita encantadora!

Y al decir esto besó a Antonieta con verdadero frenesí.

UN AVISO Y UN BUEN CONSEJO

A la puerta de una taberna de un pueblecito francés hay colgado un cartel, en el que, en gruesos caracteres puede leerse:

“Consumidor, recuerda que: Cuatro vasos hacen un litro, y dos litros una “ronda”.

Dos rondas producen una discusión, y una discusión una querrela.

De una querrela sale una batalla, y de una batalla... dos “gendarmes”.

De un juez de paz, de un escribano y de un alguacil, resulta una multa o unos cuantos días de cárcel, además de las costas.

Aparte de eso... ven aquí; bebe moderadamente, paga honradamente y vuelve a tu casa tranquilamente.”

¡Y habrá quien diga que la taberna es un foco de desmoralización!

LO QUE LA MUJER QUIERE

La directora de una famosa galería de pinturas de París, decía, hace poco, en la tertulia de aficionados que se formaba todas las tardes en su tienda:

Si un señor viene y le gusta uno de nuestros cuadros, y nos pide precio, y nos manifiesta su deseo de comprarlo, pero quiere, antes de cerrar el trato, “hablar de ello con su mujer...” ya sabemos lo que ha de pasar: no volveremos a verle; porque en el momento de hablar de ello, la señora cae en la cuenta de que, por el mismo precio, puede comprar un vestido, un modelo elegantísimo que ha visto en casa de su modisto.

Sí, por el contrario, es una señora quien desea el cuadro y quiere “hablar de ello con su marido”, quedamos tranquilos. Estamos seguros de haber vendido el cuadro.

FERROVIARIA

El viajero (al salir del vagón restaurant). — Los precios son tan altos, que debíamos haber protestado.

El Amigo (sacando dos cucharas de plata de su bolsillo). — Ya lo he hecho yo.

Nochebuena negra

Por Pierre L'Ermite

La Navidad hizo sonar su hora en el cuadrante en el reloj del Paraíso.

Entró entonces en el cielo el ángel bien amado, al cual Dios confía la guarda de los niños en la tierra.

Desde la venida de Cristo, el ángel practicaba tal costumbre, y todos los años por aquella época pedía allá arriba, en las filas de los bienaventurados, por sus minúsculos protegidos de aquí abajo.

Aquel año hizo lo de siempre, levantó con sus dedos los pliegues de su larga túnica deslumbrante, y en el atrio de los cielos se adelantó gritando:

—¡Navidad!

Era tan bello el ángel de los niños, con sus cabellos rubios que aureolaban de oro fino su frente blanca; latía tan tierna mirada en el fondo de sus ojos azules, tan dulce se desprendía de su persona entera, que todos se arremolinaban a su alrededor en el Paraíso.

—¡Bello ángel de Dios, qué quieres?

—¡Quiero, respondía dulcemente, con los ojos perdidos en visiones indecibles, — quiero la dicha para mis querubines, la pureza para sus almas, la salud para sus cuerpecitos delicados!... ¡Quiero todas vuestras bendiciones y gracias, con objeto de que en todas las casas donde gorjean los niños reine esta semana el gozo y la felicidad, y que besen con transporte sus pequeñas manos, cantando: "¡Bendito seáis todos los que venís en nombre del Señor!"

¡Y por todas partes, en el cielo, llaman al ángel radiante, y en su túnica extendida le echan cuanto poseen!... Las vírgenes, su amor y su pureza...; los confesores su fuerza y su fe...; las santas, su dulzura...; los ángeles, su gracia y su inocencia... La Virgen María coge la mano de Jesús, y trazando en la frente prosternada del mensajero celeste un lento signo de la cruz:

—¡Ve, lindo ángel de Dios! ¡Tú eres bendito entre todos tus hermanos, y en tí son benditos los niños!

x x x

Cuando su provisión estuvo completa, su vestido desbordante, sus brazos bien cargados, abrió el ángel sus grandes alas, y silencioso, a través de las calmas infinitas, descendió por el espacio.

—Era la noche de Noel.

Pero en el sombrío azul el ángel no titubea, como un viajero que sigue una ruta conocida, desciende... desciende... con las alas rectas, estremecidas dejando tras él una estela luminosa... He aquí ya la tierra... masa negra, casi siniestra, que rueda en la inmensidad cogiendo de aquí y de allí algo de luz sideral en los cabrilleos de sus océanos.

Y el ángel se detuvo, cerniendo sus alas abiertas por encima de nuestro planeta.

La tierra giraba con un movimiento enorme en los aires, con ese ruido vertiginoso que movería un navío fantástico que evolucionara a través de las olas... Pronto aparecieron los diferentes continentes... los mares... las montañas... las llanuras...

Pasó América y el ángel no se movió.

África... Oceanía, asomaron en el horizonte, y el ángel, inmóvil, no tuvo el menor batir de alas.

Asia llegó con sus antiguos recuerdos, sus tierras legendarias, sus monumentos deslucidos por el rozar de los siglos; el ángel no hizo movimiento alguno.

Europa se dibujó en la sombra de la noche... el ángel se puso en guardia.

Y cuando Francia apareció; debajo de él, con las súplicas de sus iglesias, la oración de

sus campanarios, la piedad de sus peregrinaciones, la fe de sus conventos, cuando vió a Chartres, La Salette, Pontmain, Fourrieres, Lourdes, le Sacre Coeur, Notre Dame, el ángel levantó sus alas suavemente, como por una dulce y secular costumbre, y descendió al país soñado.

x x x

Era la hora en que los niños hablan con sus ángeles... la hora de la noche grave y serena... ¡El mensajero celeste, con las manos llenas de bendiciones de la otra vida, pasó sobre todas las cunas, sin olvidarse de una sola!...

Vió amados querubines que dormían bajo el crucifijo de márfil, a la sombra de la calurosa ternura maternal.

Vió otros que en su pobre cuerpecito de

un día mostraban ya el ajamiento de todo un pasado... hostias inconscientes de las solidaridades humanas.

Vió muchos, ante los cuales se arrodilló, como en los días de la Encarnación sus hermanos y él se habían prosternado delante del Niño Dios. Y cuando se inclinó sobre sus frentes y las rozó con sus labios celestes, los niños se sonreían, tendiendo sus dos brazos... Y el ángel al pie de las camitas, depositaba sus presentes místicos.

—¡Sé fuerte... — decía al hombre de mañana — sé creyente!

—¡Sé dulce sé pura, tu que llevas el nombre de la Virgen María!...

—Sé animosa y buena! — decíale a la hija del pobre. — ¡Sé el rayo de sol de tu humilde hogar!...

Y con los niños, el ángel bendecía a los padres.

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263—Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

- 1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.
- 2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (167.966.614.03).
- 3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

EL ULTURUNCO

Por Pedro Heredia

El murmullo del apacible arroyuelo, en cuyo remanso se reflejaban los corpulentos quebrachos, cuajados de anaranjadas flores, y la quietud de la selva, que invitaba al reposo, me detuvieron en ese lugar.

—Hilario, acampemos aquí.

T'a güeno, haremos pascana y al alba, seguiremos viaje.

—No podríamos encontrar sitio más apropiado.

—Así hay ser...

El laconismo de Hilario me fascinaba, pero era tan sumiso que inspiraba cariño. "Así hay ser" era la eterna contestación y no había forma de conversar dos minutos con él; pues si le pedía la razón de su respuesta, agregaba:

—"Así será", "si usted lo dice..." y era imposible sacarle de tal manera de discurrir.

Como yo estaba cansado, por el largo viaje y el traqueteo de la mula, me senté sobre una mole admirando la hermosura del paisaje. De pronto mi baqueano interrumpió mi contemplación:

—Señor, estamos en los dominios del Usturuncu.

—¿...?

—No deje, pues, de cargar el revólver.

Hilario hablaba con la vista baja, temeroso de que su mirada se encontrara con la mía, mientras en sus toscas manos, remolineaba el amplio sombrero.

—No comprendo, Hilario; explícame.

Y mientras las blancas carpas, infladas por el viento se levantaban a la sombra de los coposos quebrachos, mi baqueano, saliendo de su habitual mutismo, habló de esta manera:

Aquisto nomás, detrás de este cerro, en aquel huaco, diz que existe el Usturuncu; que en el lenguaje de nuestros abuelos, sería algo así como quien dice, hombre tigre. Yo li hay visto, señor, con estos mismos ojos. Primero vide unas chispas, luego una luz muy fuerte como fogonazos, en seguida un fedor insoportable, como al del azufre quemado, y diay apareció el Usturuncu. Me persigné varias veces, estaba en un brete, no hallaba por donde escapar, y dispuesto a morir, recé con ferviente devoción mis plegarias. Al terminar, —pero si es como para no creerlo, — todo había desaparecido como por encanto. Y diay juré ser bueno y no macharme más lo que he cumplido con toda religiosidad. No se ría, señor, no sea cosa que esta misma noche se aparezca por aquí a darnos un disgusto.

Usted ha de saber que en la antigüedad, un dios Kon, crió a los primeros habitantes de esta tierra. Luego vino otro ser más poderoso llamado Pachacamac, a quien adoraron los hombres, olvidando al primero. Celoso y exasperado Kon, se vengó de ellos. Descadenó los torrentes que devastaron las poblaciones; convirtió en desiertos de arena los fértiles terrenos; secó las plantas, detuvo las lluvias, y transformó en bestias horribles a

las pocas personas que pudieron salvarse. Yo creo que el tal Kon, era el mismísimo mandinga, pues nadie más que él es capaz de tanto daño. Algo parecido sucedió con el Usturuncu. Diz que fué un hombre muy bueno, modelo de virtud, pero a causa de una gran injusticia, y vencido por las furias, se convirtió en tigre, para vengarse de la humanidad. Pero vaya uno a saber cómo sería la verdad. El cuento es este:

Moraba estos lares un hombre fuerte y laborioso, honrado y justiciero; virtudes, que indujeron a los habitantes de esta comarca en elegirle Amauta, que quiere decir

Los hombres de todas las épocas, señor, han de ser lo mismo. Es suficiente que una mujer los mire tiernamente un segundo, para que pierdan la mollera y hagan disparates; pero ese es otro cuento.

El hecho fué que sólo Amauta pudo conquistar a la Nusta, y sólo entonces los mozos se sosegaron.

Era un amor proverbial, nunca visto, aquello tal vez no era amor, sino adoración.

Los hombres de entonces, para expresarles su gran cariño a las hembras, le sabían decir: "te quiero como el Amauta a la Nusta".

La niña correspondíale también, con todo el fuego de su juventud, y pronto se debían realizar los esponsales con una gran fiesta, en la que tomaría parte toda la población; pues según costumbre, los casamientos, se verificaban una vez al año, todos de una vez, y a tal efecto, las mujeres se colocaban en fila frente a sus prometidos, esperando así la bendición del Inca o del Curaca.

¡OH, DULCES MUJERES!

¡Oh, dulces mujeres! ¡Oh, dulces amigas! Si estoy con vosotras, callad por favor...

—Queremos, poeta, queremos que digas tus últimos versos, tus versos de amor!...

—Callad, que no puedo; son versos para ella, son íntimas cosas, para susurrar bajo su mirada lejana, de estrella; son íntimas cosas, casi sin rimar,

dichas no sé cómo, como van saliendo, y que ella, tan sólo, puede comprender; las digo llorando, las digo riendo, cosas de mi dicha, de mi padecer.

No puedo decirlas, callad y sed buenas, amad y que os amen, me voy a partir. Entre los rosales y las azucenas, he visto su blanco vestido lucir.

B. FERNANDEZ MORENO.

algo así como consejero, pues eran los encargados de instruir a la juventud. Con su presencia varonil, su rostro hermoso, su palabra suave, conquistaba el amor de todos los que le trataban. Vivía allá, cerca de inca-huasi, donde todavía existe su casa de piedra. Bajaba al llano solo los días festivos, para visitar a una donosa mujer, llamada la Nusta, hija del Curaca, o sea gobernador. Amauta estaba locamente enamorado de la Nusta, y no era para menos. La moza tenía unos ojos más negros que noche tormentosa, y cuando miraba entornando los párpados, no había hombre que no se sintiera estremecer por el ansia del deseo.

Muchos pelearon por ella, chuscheándose; otros encendidos por las ardientes miradas de la Nusta, creyéndose favorecidos y rivales, se batían en duelo a muerte, mientras los más, desconsolados, se tiraban las quiscas con desesperación.

Pero aquella frívola y coqueta, parecía complacerse con los estragos que ocasionaba su radiante belleza.

Se activaban los preparativos, siendo muchos los hombres que recolectaban hojas de coca para mascar, y frutas como algarrobas, mistoles, piquillines, para preparar dulces y bebidas de toda especie. También se había juntado gran cantidad de miel de huanquero y lechiguana, y para que nada faltase en los festejos, se hacía fermentar desde mucho tiempo, en amplios pucos, la aromática chicha de malz, que según decían, inflamaban el amor.

Las mujeres se esmeraban en tejer ricas telas de vicuña con que adornarse, y los aficionados, preparaban sus cajas y quenás, para armonizar la fiesta, con nuevos cánticos. La Pachamama bendecía aquellas uniones, porque eran del agrado de todos.

Mientras tantos preparativos ocupaban a los indígenas, un hecho imprevisto turbó la tranquilidad; cumpliéndose los pronósticos del huilla, que había amenazado el año con grandes males.

—Amauta, — dijo uno de los mensajeros, — una cuadrilla de hombres colorados, de relucientes

No Pague 2.90

... por un tarro de goma fijadora del cabello, cuyos ingredientes no conoce. Prepárela Vd. mismo con agua y Vistina; le resultará muy superior en calidad y perfume a las que se venden preparadas y le costará sólo 70 centavos el 1/4 kilo.

Adquiera en cualquier farmacia un paquetito de Vistina y haga un ensayo.

corazas y con armas que despiden fuego, ha invadido nuestras montañas. Se han instalado como señores, y se llevan en gran cantidad el oro y la plata de nuestra tierra.

El Amauta escuchó a todos, que a gritos pedían la guerra, para expulsar a los intrusos que despojaban de su legítima propiedad.

—Calma, hermanos, — dijo el Amauta. — Ante todo, es necesario observar al invasor, saber sus costumbres, conocer su fuerza, descubrir sus debilidades; y sólo entonces decidiremos la forma más conveniente para desalojarlos.

Estos sabios consejos fueron escuchados y puestos en práctica. Varios hombres salieron a bombar, enterando diariamente a Amauta de las novedades descubiertas. Pronto se dieron cuenta que eran hombres como ellos, con las mismas necesidades, y con menos resistencia a la fatiga; pero un hecho llamó la atención. Cada hombre, con la simple presentación de un papel, recibía víveres, bebidas, ropa u oro a su antojo.

Yo me imagino, señor, que esos papeles, eran vales, que cada persona o soldado recibía como salario, pero Amauta que ignoraba estas cosas, propuso una solución.

—Compañeros, díjole, — entre nosotros en un arreglo antes que incurrir en una dudosa pelea, y derramar la sangre de nuestros hermanos.

—¡Amauta, sabio hermano! Tu voluntad es la nuestra.

—Propongo que le sea concedido el permiso a esos papeles milagrosos, ante cuya presencia todo se consigue.

La propuesta fué aceptada, y comenzaron las gestiones con el jefe de los hombres barbudos, como ellos le llamaban, y propúsole el amistoso arreglo.

El pedido fué escuchado entre risas y jaranas. Sin embargo, el Amauta recibió el consabido papel o supuesto contrato, con el cual quedaba arreglado el convenio.

Al poco tiempo, el Amauta se presentó al campamento de los extranjeros; pidió varias cosas para brindar al pueblo durante los esponsales, y presentó el contrato que le daba derecho a ello, mientras se disponía a cargar las llamas que ya tenía aparejadas. Pero cuál no sería la extrañeza de nuestro hombre, cuando se le contestó que de nada servía aquello, y que, si quería mercancías debía pagarlas con oro u plata, como era de práctica. El Amauta protestó indignado y el encargado del depósito, contestóle con una sonora carcajada, pues el papel sólo contenía

algunos desplantes, que habían allí escrito para burlarse de su inocencia.

El Amauta se puso furioso; comprendió el engaño, y como no era hombre de permitir que se jugase con él, como con una guagua, quiso llevarse a toda fuerza lo que le correspondía por derecho.

El encargado del depósito prorumpió en desaforados gritos, acudiendo algunos compañeros en su ayuda, que la emprendieron todos contra el indefenso Amauta; pero éste era churo y nada flojo. Se produjo una batalla infernal. Aquel hombre se defendía como una fiera de los ataques de la multitud, que inútilmente pretendía reducirlo.

Durante la lucha, no pronunció un grito, no exhaló un lamento. Hubiera sido la vergüenza más grande, demostrar al enemigo que sufría. Pero éstos eran muchos, y cada vez acudían más, hasta que por fin, el desalentado Amauta, impotente ante el número cayó exánime, mal herido y bañado en sangre.

Creyéndole muerto, le tiraron en un zanjón.

Por la noche, se desencadenó una fuerte tormenta. La frescura del agua le reanimó lavando sus heridas, pero cuando quiso incorporarse para regresar a su casa, la creciente llenó el zanjón, convirtiéndose en torrente, que en su ímpetu, le arrastró a una gran distancia.

Luchó desesperadamente para no ahogarse. Cada rama o raíz que sobresalía en el barranco, le servía para encaramarse como un gato; hasta que por fin, a duras penas, pudo salir de allí.

Muchos días pasó en el monte. Tullido, hambriento, casi pilacho, con el corazón destilando rabia, maldijo su impotencia, imprecando a Cupay, ser malvado, origen de todo mal, a quien no se podía nombrar sin escupir en el suelo, y contrarlo a Pachacamac.

Pero su desgracia no debía terminar allí.

De vuelta a su casa de piedra, cuando todos le creían muerto, supo que su amada Nusta, caprichosa e inconstante, se había ayuntado con el jefe de los hombres blancos, quien la había hecho su querida.

Vaya uno a fiarse del amor de las mujeres.

Este rudo golpe, fué para él más terrible que el primero.

La belleza, señor, muchas veces es una desgracia, un arma de dos filos que engendra el amor y la desdicha al mismo tiempo.

Si la Nusta no hubiese sido tan alhaja, de seguro que a la fecha yo no hubiese podido referirle esta fidedigna historia, pues todos los acontecimientos hubieran cambiado.

Y así el Amauta vió derrumbarse en un minuto, como un castillo de naipes, todas sus ilusiones, sus esperanzas, el culto de su gran amor.

Los extranjeros ya habían terminado por adueñarse de todo y de todos. Amauta arengó al pueblo con su palabra fácil y convincente; quiso reunir a sus camaradas para vengarse de los forasteros y en particular de la infiel, pero nada, tuitos se le dieron vuelta. Naide quiso acompañarle, ya no le tenían fe.

El que había sido el ídolo de la población, ahora era abandonado en el olvido.

Con esta última prueba, comprobó la ingratitud de los hombres.

Lloró con lágrimas de sangre su desgracia; llamó en su auxilio a las huacas, o sea a los genios, pero tampoco recibió socorro; y maldijo a todos, lacerándose sus propias carnes, enloquecido por la desesperación, derrumbando cuantas apachetas encontraba en su camino, a fin de saciar su cólera.

El demonio, que siempre anda rondando, en busca de estas oportunidades, se le ofreció como aliado.

—Únete a mí y serás dueño absoluto de esta comarca.

—¡Quiero venganza! — le contestó Amauta.

—La tendrás. Vente conmigo.

—Prométeme saciarme de sangre y seré tuyo.

—¡A mí tu alma, todo cencederé!

—¡Tómala!

Y diay, señor, diz que mandinga, o quien fuera, tocó con una varita al Amauta, y en medio de

una nube de humo, se transformó en un enorme y espantoso tigre.

—Te ofrezco esta transformación — dijo el diablo, — serás Uturuncu. Tigre u hombre a tu antojo.

El Uturuncu brincó, con sus fauces terribles abiertas, y puso en serio apuro al mismo pateta, que si se descuidaba, hubiera sido la primera víctima y de seguro no cuenta el cuento.

Mandinga, o Cupay, como le llamarían entonces, reía satisfecho, encantado de su obra.

Se firmó con sangre el contrato y en seguida Amauta tomó la forma de Uturuncu.

Ese mismo día comenzó su terrible venganza.

La primera en sucumbir fué la infiel Nusta, cuyo suplicio fué horrible.

El pánico cundió en el campamento y hasta en la misma tribu.

Pocos fueron los que pudieron salvarse. El monstruo destrozaba

sin piedad cuanto hallaba a su paso, sin que nadie pudiese destruirlo.

La población fué abandonada, y la desolación reinó en estos cerros.

Las circunstancias de la vida, señor, tienen tanto poder, que transforman a un honrado campesino en bestia feroz.

Naide tiene la culpa de ser malo, ni tampoco debe jactarse si es bueno; no hay en ello ningún mérito, ni en lo primero ninguna culpa. Todo depende del trato que le han dado sus semejantes.

Y desde esa fecha, el Uturuncu, persiste en sus hazañas. Sin embargo, dicen, que sólo ataca a las personas que han cometido alguna injusticia en su vida. Luego, señor, ¿quién puede verse libre del Uturuncu?

Nadie está exento de recibir su visita. Por eso, señor, le recomiendo, que piense bien y reflexione, si es conveniente que acampemos en este lugar.



un brazo!

El ancla es un brazo potente que sujeta al barco. Es firmeza y seguridad. Es lo opuesto a la inquietud y a la incertidumbre de las olas. Cuando ella está clavada, todo azar cesa.

La **CRUZ BAYER** es como un ancla. Es certeza y protección. Es lo contrario al peligroso vaivén de las novedades sin mérito y las imitaciones sospechosas. Donde ella está estampada no hay azar ni aventura.

Por eso los productos que ampara merecen, en el mundo entero, la más absoluta confianza. Los que mayor beneficio han prestado a la humanidad son:

CAFIASPIRINA

El analgésico por excelencia para los dolores de cabeza, muelas y oído, neuralgias, jaquecas, reumatismo, etc., etc.

FENASPIRINA

El remedio moderno que tantas vidas salvó durante las últimas epidemias de gripe, resfriados, influenza, etc. No trastorna el estómago ni afecta el corazón.

A Z R A E L

Por Federico Febvre

A las horas ardorosas de un sol de fuego había sucedido la calma de la noche tibia.

Como un viajero que, después de una larga jornada, apenas puede levantarse, Jericó, la Jericó de Marco Antonio, de Cleopatra, de Herodes, sumida en las tinieblas, parecía despertar trabajosamente de ese pesado sueño que hace pensar en la eternidad.

Los quejumbrosos ladridos de los perros, los lejanos aullidos de la pantera que turbaban ese silencio, hacían más espantosa aquella soledad lamentable.

Porque pesa la melancolía sobre toda esa tierra de Judea... En vano las flores con sus brillantes colores esmaltan la pradera; en vano los ramajes de los árboles ofrecen frondoso retiro al mundo alado: ni un pájaro canta en los aires, ni se oye un grito de niño alegre; en los caminos bañados de luz no se escucha una sola canción.

Parece que una inmensa mortaja envuelve esas altas montañas y esos valles profundos, y se siente que el recuerdo del "Gran Muerto" después de haber alumbrado con su luz divina los siglos pasados, dejará sentir por mucho tiempo su peso abrumador sobre los venideros, comunicando a todo cuanto vive y respira en aquel suelo sagrado ese aire milagroso, esa religión gravedad y, según dijo el poeta, esa tristeza que infunde esa pesadumbre de la vida mediocre, de los días lentos con fiebre, sin deseo, sin milagro.

Una sombra extraña deslizase, sin embargo, aquella noche a lo largo de las callejuelas de la vieja ciudad: de vez en cuando se detiene, escucha, parece vacilar y luego emprende de nuevo la marcha.

Cerca de la fuente del sultán, abrigada por la gigantesca sombra del sicomoro en donde se encaramó Zaheer para ver mejor a Jesús, álzase un edificio de apariencia bastante rico, cuya entreabierta puerta deja paso a una tenue línea de luz. La sombra aproximase a aquella vivienda, y al oír gemidos y confuso murmullo de plegerías, gritos y sollozos: "Es aquí" exclama, y se detiene.

En el momento que se disponía a penetrar en aquella casa, vió venir hacia él una forma blanca, con el rostro bañado en lágrimas, y mientras la sombra se apartaba para dejarla pasar, la forma blanca, deshecha en llanto, levantó los ojos y al reconocer al ángel de la muerte murmuró aterrada:

—¡Azrael, que me arrojas de esa vivienda! Bien sabía yo que no estabas lejos.

Y replegando sus alas, perdióse en las tinieblas de la noche.

—Es la esperanza que huye, — dijo Azrael. — El destino ha de cumplirse.

Y diciendo esto entró en la casa. Invisible por todos, ofrecióse a sus ojos el siguiente espectáculo.

Sobre fúnebre lecho adornado de

flores yacía un joven, al parecer dormido.

Cuando se acercó Azrael, palideció horriblemente el rostro del moribundo.

A su alrededor lloraban y mesábanse los cabellos su familia, sus padres sus amigos.

Sola, de pie junto al que se moría, veíase una doncella de extraordinaria hermosura: era Rebeca, hija de Selim y prometida de Hassán, de Hassán que la muerte le arrebató en el momento en que iba a unirse a ella.

Juventud, belleza, fortuna parecían prometerles un largo porvenir de dicha y de amor, y de

tu pérdida, a tus hermanas y a tus hermanas; los padres de Hassán, en cambio, no tienen más hijo que éste, que es su único sostén, su más cara esperanza, y no sobrevivirían a la muerte de ese ser por ellos adorado. Reflexiona... Mañana, cuando el sol haya desaparecido detrás de los corpulentos siconoros que bordean el vado del Jordán, te esperaré en aquel sitio: hasta, entonces, Hassán permanecerá, sin sufrimiento alguno, sumido en un profundo sueño al que sucederán, según lo que tu resuelvas, el despertar y la vida, o el eterno reposo, el silencio y la muerte.

Rebeca, oyendo esta voz, alzó los ojos y miró al desconocido, y al contemplar aquel rostro extraño, aquella lívida palidez, la fijeza de aquella mirada, sintió frío hasta en lo más hondo de su corazón.

—¡Ah, te reconozco!, — exclamó. — Eres Azrael. Otra vez te he visto, codiciosa muerte, inclinada sobre el lecho de mi madre, cuando, para arrebatárla al cariño

AL FIN

Echaremos un nudo en nuestras almas que solo pueda desatarlo Dios, e iremos siempre juntos por la vida, como el mar y la pobre embarcación!

Yo elevaré mi mástil de esperanza, y haré brillar bajo la luz del sol.

y los vientos de todas estaciones las velas de mi propio corazón!

Y tu serás el mar, para agitarme, mar profundo, a veces bramador, invencible a los buzos de las almas pero sondable a toda mi emoción!

Oh! tú serás un mar, con limpio cielo, un mar encantador...

Yo me conformaré con agitarme por el misterio que haya en su interior, ¡al fin, qué más le queda al que desea ser embarcación!

Félix B. VISILLAC

pronto desvaneciase este dulce ensueño, y la bella prometida iba a ser condenada a la eterna tristeza, al irreparable abandono sin haber libado la miel del primer beso.

Azrael disponíase a rozar con su ala el rostro de Hassán cuando su mirada se fijó en Rebeca.

Al ver aquel dolor mudo, pero tan expresivo, tan sincero; al admirar la pureza de líneas del rostro de la doncella, él, tan implacable, tan indiferente al sufrimiento humano, sintióse invadido por vez primera de un sentimiento desconocido... ¿de compasión quizás?, y por vez primera permaneció turbado, inquieto, vacilante.

Mirando desdeñosamente la débil presa que iba a llevarse, clavó sus ojos en la prometida del moribundo, y poco a poco, replegando lentamente sus alas, púsose a pensar en un cambio monstruoso.

Entonces tomó forma humana, acercóse a Rebeca e inclinándose sobre su oído le dijo:

—Escúchame, hija de Selim; soy un médico sabio, hábil en el arte de hacer milagros. ¿Darías tu vida por salvar la del hombre a quien pretendes amar sobre todo lo de este mundo? Tu padre tendrá a su lado, para consolarse de

de su esposo, a quien adoraba, le diste el beso frío que para siempre heló sus labios. De nuevo te me apareciste en otra ocasión; te sentí rondar alrededor de mi lecho de doncella una noche de fiebre en que Hassán, desesperado, rezaba de rodillas con todos los míos. Y ahora vuelvo a verte, celoso de la felicidad por nosotros soñada, y te atreves a proponerme un pacto terrible... Pues bien, acepto; apodérate de mí, Azrael; pero adviérte que nuestras almas están tan estrechamente unidas, que por más que hagas, no conseguirás matar más que a la mitad de mí ser.

—Si quieres salvar a Hassán, —respondió con feroz acento el genio sombrío, pide al cielo que pueda yo olvidar ese amor. El alba asoma; hasta mañana, Rebeca, y acuérdate de lo prometido.

Reinaba nuevamente el silencio en la casa, y al lado de Hassán permanecía tan solo su padre, su madre y Rebeca.

—Aún queda alguna esperanza; id a descansar y confiadme la custodia de mi adorado junto al cual velaré.



—¡Qué bárbaro! Tiene más trompada que Monte Munn.

—Que quiere. Tomando del HIERRO QUINA BISLERI no hay rival que aguante.

Cuando estuvo sola, arrodillóse, y así permaneció largo rato. Levantóse luego y dulcemente apoyó sus labios sobre la frente del manco, quien al contacto de aquel prolongado beso, quiso incorporarse, pero se desplomó de nuevo murmurando:

—¡Rebeca!

—Duerme, alma querida, que estoy a tu lado, — dijo ésta cerrando con sus dedos las entorpecidas pupilas de Hassán.

E inclinándose sobre su oído añadió con voz acariciadora:

—¡Duerme! ¡Te amo!

Y el joven adormeciéndose sonriente con la tranquilidad del niño que siente junto a sí al ángel de su guarda.

¡Horas rápidas que hieren todas y la última de las cuales mata! ¡Cuánto torturaba su veloz marcha a la infeliz Rebeca.

Fijos los ojos en Hassán, hablábale con el pensamiento y le decía:

—Aunque es muy cruel morir tan joven y sobre todo siendo amada, este sacrificio me es grato. Pero tú, amor mío, si solo has de volver a la vida para saber que no existe ya esa Rebeca a quien tan hermosa encontrabas..., ¿qué va a ser de tí? ¿Te condenaré a llorar, a sufrir, queriendo darte esta prueba sobrehumana de mi cariño? Ya que no puedo llevarme ese corazón que me habías entregado, ¡si al menos pudieras amarte lo suficiente para desear que me olvides el día en que nadie pronuncie delante de tí mi nombre, y que más adelante otra!... Pero no; esto es superior a mis fuerzas y mi existencia, esta existencia que sin pesar te sacrifico, bien vale la limosna de un recuerdo.

Era muy entrado el día cuando Rebeca entró a casa de su padre.

Apenas salió de casa de Hassán parecióle que la atmósfera era de fuego. ¡Imposible respirar! No se percibía el más ligero soplo de aire. El cielo aparecía de color de plomo; por doquier reinaba pavo-

roso silencio, y los rebaños, que los pastores conducían precipitadamente a sus establos, andaban con la cabeza vuelta hacia el norte con la esperanza de aspirar un poco de viento fresco. Los árabes, hundiendo el rostro en su jaique, corrían aterrados, porque el aire de fuego que soplaban era el abrasador khamzin, el incendio.

Apresuró Rebeca el paso y llegó casi sofocada al hogar paterno, resuelta a contárselo todo al viejo Selim y a pedirle su bendición antes de acudir a la siniestra cita.

Después de haber escuchado a su hija y a pesar de la terrible aflicción que la decisión de ésta le produjo, extendió sus temblorosas manos sobre la cabeza de Rebeca, y cuando la prometida de Hassán presentó su frente para recibir en ella el ósculo de paz y de despedida, sintió que gruesas lágrimas caían de los ojos del anciano.

—Ahora, padre mío, sólo un ruego he de dirigiros: juradme por el Alcorán que Hassán, mi bien amado, no sabrá nunca que he dado mi vida por salvar la suya; no quiero que mi sacrificio constituya para él un remordimiento, y por el contrario, deseo que viva por mí, pero dichoso. Cuando se haya restablecido por completo, sólo entonces, se le dirá que he muerto, y mi muerte se le explicará fácilmente por el dolor que experimenté ante la idea de perderlo para siempre. Si me juráis esto, padre mío, partiré tranquila llevando conmigo un solo pesar, el del primer disgusto que involuntariamente voy a causaros. En este mundo, en donde la dicha completa es imposible, de dos seres que se amaban, uno solo habrá podido considerarse enteramente dichoso, y será que, muriendo habrá dado al otro la prueba irrecusable de su sincero amor.

—¡Cúmplase tu destino!, —respondió Selim. — Lo que sucede había de suceder.

Y prestó solemne juramento.

Las horas que siguieron a esta entrevista pasolas Rebeca con sus hermanos y después vistióse el traje de desposada que espera el momento feliz del matrimonio, y engalanada, como en los días de fiesta, salió sin ser vista de nadie.

El sol, menos ardiente que por la mañana, comenzaba a ocultarse detrás de las grandes líneas azuladas de las montañas de Moabía cuando Rebeca llegó a los acueductos.

Durante el camino observó con tristeza que todas las flores estaban mustias.

El khamzin lo había agostado todo con su aliento abrasador.

Llegado que hubo al estanque de Moisés, se detuvo, sentóse un instante en el mismo sitio a donde tantas veces había ido con Hassán al atardecer, y sus ojos se humedecieron al pensar que allí mismo, juntas las manos y bajo el sombrío fuego de las estrellas, habían hablado dulce y apasionadamente de amor y del porvenir.

Cuando al fin llegó a la orilla del Jordán, al borde del vado junto al cual florecen el perfumado tarfa y el laurel rosa, advirtió la presencia de Azrael.

El ángel de la muerte avanzó lentamente hacia la doncella, que entonces le pareció aún más hermosa que la noche antes.

—Te esperaba, Rebeca.

—Heme aquí.

—¿Estás dispuesta?

—Lo estoy.

—Escucha.

—Escucha, — dijo Azrael después de un instante de silencio. El momento es solemne. Como no ha soñado todavía tu hora, nada puedo sobre tí si no te entregas a mi voluntariamente: así lo quiere.

—¡Rebeca, aún es tiempo!

Cuando el agua llegaba hasta su pecho, la joven se deslizó en la corriente del río que, como lecho formado por obscuras esmeraldas, sostuvola amorosamente sobre su superficie.

Azrael volaba encima de ella.

compañeras, las cuales se apresuraron a socorrer a la pobre criatura.

Cuando abrió los ojos, Azrael se acercó a ella.

El ángel de la muerte clavó su mirada en la mirada profunda de Rebeca y dejó escapar un profundo gemido.

Acababa de ver reflejada en ella la imagen de Hassán.

Y al contemplarlos reunidos aún más allá de la vida, sintióse vencido y tuvo compasión.

Cuando Rebeca recobró el sentido, oyó en el aire un grito de dolor supremo y luego un golpeteo de alas, y en el azul profundo de la estrellada bóveda, vió desvanecerse poco a poco la sombra de Azrael que parecía huir.

Al día siguiente, Hassán radiante de gozo decía a Rebeca:

—Paréceme que despierto de un largo sueño durante el cual he soñado cosas muy tristes... Imagínabame que ibas a morir, y sin poder volar en tu ayuda, te veía, alma adorada, perseguida por una especie de genio de alas negras: y ¡cosa singular!, la penosa visión ha desaparecido en el momento mismo en que inclinado sobre tí, fijos en los tuyos mis ojos, trataba de reanimarte con mi aliento... En aquel instante pronuncié tu nombre y todo se desvaneció. ¡Y ahora estás a mi lado!

—No hables, Hassán, — murmuró la doncella; — sólo la fiebre ha podido engendrar en tu cerebro este sueño triste. Olvida todo lo que no sea esta hora bendita, porque vuelves a la vida y voy a ser tu esposa.

—Pero ¿quién ha podido realizar este milagro, querida Rebeca?

—¡El amor!, — respondió a media voz y sonrojándose aquella criatura divina.

Y luego, recostándose dulcemente sobre el pecho de su amado, y rodeándole con sus brazos, añadió en voz aún más tenue, no sin antes dirigir una mirada temerosa a su alrededor:

—¡Sí, el amor, más poderoso que la muerte!

Concursos de gallos cantores

Los artesanos belgas distraen sus horas de ocio de un modo muy original. Crian pollos que canten mucho y celebran concursos en los que gana el premio el ave que canta más.

Para realizar estos torneos se colocan en fila las jaulas de los gallos competidores, porque la proximidad despierta el espíritu de emulación, y junto a cada jaula se sitúa un juez, con la misión de anotar fielmente el número de veces que canta el ave puesta a su cuidado.

Generalmente, el "match" dura una hora, y se lleva el premio el gallo que canta más veces en dicho espacio de tiempo.

Lieja, es un centro famoso de concursos de gallos cantores.

Calzado "NEWARK"

VENTA
DIRECTA
DE
LA FABRICA
AL PUBLICO



Precio Unico

\$ 15.-

m/n.

EL PAR

CORRIENTES 745 - FLORIDA 245
Y CARLOS PELLEGRINI 342

re el Destino, que lo dispone todo. Todavía estás a tiempo: mira bien delante y detrás de tí, el pasado y el presente. Allí te espera aquel cuya vida está en tus manos; aquí, a tus pies, el agua que se arremolina y que te conducirá a la eterna noche. ¿No te pesa lo que vas a hacer, y por tu propia voluntad quieres, vestida con ese traje nupcial, unirte a la muerte recibiendo el beso de Azrael?

Rebeca, sin contestarle, entró en el río por el mismo sitio en donde San Juan bautizó a Jesús.

La doncella avanzaba con lentitud y el ángel de la muerte gritó por última vez:

extendidas las alas, pero sin atreverse a tocarla.

Al llegar a una curva violenta en donde el Jordán se divide formando dos brazos, el cuerpo de Rebeca cesó de flotar: el sol ardiente de aquel día caluroso había hecho descender las aguas, y la joven, desmayada, fué suavemente depositada por éstas en un grupo de amirís, bajo las amplias hojas de las morelas de encarnadas flores.

Allí acudían todas las tardes las mujeres de la ciudad a llenar sus ánforas.

Una de ellas, que descubrió el cuerpo de Rebeca, llamó a sus

ANECDOTA

Alejandro, rey de Macedonia, prometió desde su niñez lo que había de ser algún día.

En un sacrificio a que asistía siendo niño echaba incienso sobre el fuego en abundancia. "Niño, le dijo Leónidas su ayo, cuando hubiéreis conquistado algún país que produzca incienso, entonces podréis malgastarlo".

En lo sucesivo cuando conquistó un país semejante se acordó de las palabras de Leónidas, a quien escribió en estos términos:

"Te envío una provisión de incienso y de canela para que no ignorando que me he posesionado de un país donde nacen esos perfumes, no seas tan escaso de ellos con los dioses".

La intervención nacional a San Juan

Un notable acierto del Poder Ejecutivo es la designación de don Modestino Pizarro, para interventor federal en la provincia de San Juan. - La destacada personalidad del comisionado.

La designación del señor Modestino Pizarro para Interventor Federal en la Provincia de San Juan, debe considerarse como uno de los más felices aciertos entre tantos con que se iniciara el actual Poder Ejecutivo. El referido nombramiento viene a confirmar la versión que al respecto habíase hecho conciencia en la opinión pública, asegurando por otra parte la rectitud, energía y eficacia en que se desenvolverá la futura gestión intervencionista. El señor Modestino Pizarro era, por excelencia, la figura encargada del desempeño de tan alta y delicada tarea, de cuyo éxito depende la restitución de aquel infortunado estado argentino al ejercicio pleno de sus instituciones y de su vida regular. Personalidad de reconocido prestigio, dentro y fuera del radio de su actuación pública, el señor Modestino Pizarro une a su temperamento expansivo y cordial, una inteligencia vivaz, amplia, aplicada durante una larga experiencia de años enteros a la tribuna política, la legislatura y la administración. Su característica serenidad y elevación de juicio, virtudes éstas que predominan en él sin desmedro de su firmeza cívica y de sus ideales permitiéndole conquistar el general ascendiente que rodea su nombre. Sus propios adversarios debieron ceder más de una vez a la reposada confianza que el señor Modestino Pizarro revela en sus convicciones, fruto del estudio y de una vida dedicada en absoluto al servicio de los intereses superiores del país. Sincero, cordial, animado siempre de la pasión del bien público, el señor Modestino Pizarro mantuvo en todo momento la simpatía general que se puso en evidencia al serle confiada la indicada misión.

Desciende el señor Modestino Pizarro de una antigua familia patricia, radicada en San Juan desde los albores de la indepen-

dencia. Uno de sus ilustres antecesores, el Teniente Coronel Manuel Antonio Pizarro, que participó heroicamente en la Batalla de Chacabuco como jefe de artillería, casó con doña María Lira, dama de la sociedad cuyana a la cual entrara aquel distinguido militar en los intervalos de la gloriosa campaña libertadora. Hay en él, pues, un sanjuanino de indiscutible progenie que contemplará con verdadero afecto las necesidades y aspiraciones del pueblo al cual pertenece por tradición de abolengo.

El señor Modestino Pizarro se adhirió a la Unión Cívica Radical en el año 1910. Hacia 1912 colaboró intensamente en las luchas políticas de General López (Santa Fe) destacándose ya en los rasgos que hemos enunciado. Fué, luego, repetidas veces, Presidente y vice del Comité local del Partido de Villegas, y más tarde delegado al Comité Central. Electo diputado a la Legislatura de Buenos Aires por el mismo Partido, el 1.º de Mayo de 1920, su meritoria actuación pública le dió la reelección para dicho cargo durante otros dos períodos sucesivos. Por ese tiempo tocó ejercer tres años inmediatos la Presidencia del bloque irigoyenista, conservándose en su desempeño la completa unidad del sector. En Abril de 1924 se le eligió Presidente de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, cargo en el que fué confirmado todos los años subsiguientes.

La rápida reseña que acabamos de hacer de los ponderables servicios prestados al país y a su partido por el señor Modestino Pizarro explica la confianza que le dispensa el Poder Ejecutivo al designarlo Interventor Federal en la Provincia de San Juan, y auspicia los mejores augurios que se formulan sobre el éxito de su gestión en la Provincia cuyana.

Un rancho encorvado como un caballo sillón. En el centro del patio un viejo tala y más allá un trebolar cruzado por culebros de senderos.

A un costado del rancho, un palenque cabezudo se planta altanero, y el pozo del agua con tres palos en cruz, donde en una punta está el nido de casero a medio hacer.

Todo el mobiliaje del rancho: un catre de guascas, un baúl de palo de algarrobo y una virgen milagrosa. Su historia es como la de uno de esos talas rugosos que tienen la corteza del tronco pelada por las cornadas de los toros peleadores, y que en tiempos lejanos fueron los mudos testigos de los gauchos entreveros.

Así, el rancho, su historia es: la montonera corajuda que se albergó una noche bajo su techo, y una música de guitarras que vibró melodiosa mientras afuera, el gaucho estupendo guardaba sus espaldas contra el quíncho para evitar las puñaladas del contrario que se hundía en la paja de la rústica vivienda gaucha.

Este rancho escondido entre el palmar era la morada del anciano Plutarco Andino. Vivía en compañía de su nieto Evaristo: el único que le tuvo paciencia, y le supo tomar el tiempo y conocerle los caprichos cuando se levantaba aludado.

Tenía una majadita de ovejas que la cuidaba Evaristo y además

La muerte de don Plutarco Andino

Por Manrique Balboa Santamaría

algunas vaquitas que hacían de lecheras. Su edad pasaba de noventa años y andaba a caballo con soltura. Su cara estaba cruzada por cicatrices y su cuerpo era como la panza de un carpincho rayada a tajos de cuchillo.

Solía decir su nieto, que una vez había caído herido en un entrevero y tenía tantos lanzasos, que cuando lo fueron a recoger creyéndolo muerto, desvariaba trastornado por la fiebre y decía:

—No me entrego; no me entrego, quiero morir peleando.

Rara vez hablaba, tenía la seriedad majestuosa de un profeta.

Cuando murió su compañera de más de medio siglo de existencia, que fué en la madrugada de un invierno crudo, reunió a sus hijos y les dijo:

—Ya se acabó la probe, ensillen el rabicano con tuitas las prendas que ella usaba, déntrenle la cabeza y las dos patas de adelante a la puerta del rancho y déjenle el anca al rocío y después vamos tuitos a rezarle un padrenuestro a la finada pa que el alma e su crédito que jué ese rabicano, se vaya al cielo junto con la della.

El rabicano tascó el freno toda la noche junto al cuerpo de su dueña.

Ese fué el momento que más

largo tiempo se le oyó hablar a don Plutarco. Después, todo fué como antes; pero ya la vejez lo iba empujando a la cueva de los muertos.

Ultimamente le había dado por castigar a su caballo porque tropezaba, y como le pegaba por la cabeza y lo sofrenaba mucho, sus huesos no resistían los sacudones del flete; y caía... estos eran los instantes más tristes de su vida. Pero allá iba Evaristo que no le había perdido el rastro, conociendo la vejez de su abuelo, y lo recogía y aún era rebelde, bravo; se enojaba con su nieto porque lo había ido a recoger.

—No se enoje, viejo —le decía Evaristo—, no vé que si se queda aquí entre los pastos, lo pican los yarará. ¿Quiere castigarme? Castígueme nomás.

Y así, jaraneando, lo abuenaba al anciano, que era como uno de esos gallos de riña que por la vejez y las cicatrices quedan ciegos, sin espuelas, y sólo les queda el instinto del coraje.

Una mañana el sol puñaleaba el monte como de costumbre, y era una rareza que ya a esa hora no estuviera don Plutarco con el cimarrón en la izquierda abriéndose con la bombilla el matorral de sus bigotes, mientras las cenizas del

fogón disputaban a sus barbas la blancura. Ese día no se le vió a orillas del fogón a don Plutarco y cuando volvió Evaristo de recorrer el campo, encontró todo en silencio, faltaba la figura patriarcal de su abuelo que hacía yunta con ese otro profeta que era el talá harapiendo del patio, en donde cantaban las calandrias el himno triunfal de las mañanas.

Silbaba Evaristo una vidalita mientras sus espuelas rayaban la tierra del patio. Luego, penetró al rancho de su abuelo... No se sorprendió al contemplar el cuadro, porque también él, era un gaucho; el anciano estaba muerto boca arriba, su barba extendida sobre el pecho era un puñado de nieve y su frente descubierta, amplia, bronceada por el aire de la selva, hubiera sido el modelo del artista que cantara en bronce su epopeya estupenda.

Evaristo se descubrió, se persiguió y luego le puso las manos en cruz y salió en dirección a su caballo...

Así murió don Plutarco Andino, silencioso como mueren los héroes, sin una queja, cubierto con su poncho verdoso por el trotar de los años, y su facón debajo de la almohada pronto para pelear con la muerte.

Diríase que el alma de un gaucho abandonó el cuerpo para toparse allá arriba con los titanes del cielo.

El rey Herodes a quien el Evangelio atribuye la matanza de los inocentes, fué el primero de su nombre que reinó en la Judea, y por una de esas paradojas tan frecuentes en la historia, ha pasado a la posteridad con el título de Grande.

Si fué él o no el autor del crimen que hoy conmemora la Iglesia, es cosa sobre la cual no andan acordes todos los autores. Hasta hoy quien cree que la famosa degollación es pura leyenda, fundándose en que de los historiadores profanos de la antigüedad, sólo uno, Macrobio, ha hecho alusión a ella; pero en esto no hay nada de particular. Se piensa comúnmente, y muchas autoridades eminentes lo han dicho, que la tal matanza alcanzó a cuantos parvulillos menores de dos años había en la Judea; pero San Mateo dice con toda claridad que sólo fueron víctimas de la orden herodiana los niños de Belén y su término, lo cual quita importancia al hecho, fuera del terreno religioso.

Belén era una aldea tan pequeña, que ni siquiera se nombra en la lista de ciudades de la Judea hecha por Nehemias. El número de sus vecinos era reducidísimo, y los niños de dos años para abajo acaso no llegasen a un par de docenas. Teniendo en cuenta este dato se comprende que los historiadores no mencionaran el suceso, tratándose de un rey cuya historia chorrea sangre por todas sus páginas.

x x x

Herodes el Grande fué, de todos los reyes de Judea, el más capaz de cometer aquel crimen, pues ningún otro llegó, ni con mucho, a igualarse en crueldad y arrogancia. De esta última cualidad dió la mayor prueba en su juventud, cuando no era más que gobernador de Galilea. Encargado de purgar el país de los bandoleros que lo infestaban, en varias ocasiones abusó de su autoridad, y aun parece que no tuvo gran respeto a la propiedad ajena, en vista de lo cual el Sanedrín acordó citarle a juicio. Herodes acudió a la citación, pero revestido con las insignias de su poder y a la cabeza de sus soldados. Los judíos, ante aquel orgullo a que no estaban acostumbrados, no osaron juzgarle.

Algunos años más tarde, Marco Antonio, de quien Herodes era partidario, le hizo nombrar, por decreto del Senado, rey de Judea. El nombramiento ocasionó una guerra sangrienta, que terminó con el sitio y toma de Jerusalén. Tan pronto como el antiguo gobernador de Galilea pudo sentarse en el trono, hizo matar a todos los miembros del Sanedrín que habían pretendido ser sus jueces.

Otros crímenes siguieron a éste, entre ellos la muerte del viejo Hircano, gobernador de Palestina, de quien había sido primer ministro el padre del mismo Herodes, y la de casi todos los partidarios del rey Antígono, su rival, que le había precedido en el trono. Para aquel monstruo, que bien pudiera llamarse el Nerón de la Judea, fué un día feliz aquel en que obtuvo a peso de oro que Antígono, a quien Marco Antonio tenía preso, fuese contenido a muerte.

Quién fué el rey Herodes

La historia de los crímenes del rey que degolló a los inocentes

x x x

Hijo de madre árabe y de padre arameo, Herodes, era sin embargo, romano de corazón, o por lo menos afectaba serlo. Para suministrar oro a Roma, desposeyó a muchas familias ricas de Jerusalén, ha-

ditos. Dióle la malhadada idea de poner sobre la puerta del sagrado edificio un águila dorada, emblema del poder de Roma, y tan pronto como la vieron los moradores de Jerusalén, armóse un regular motín, durante el cual rodó por los suelos hecha pedazos, el



ciendo al mismo tiempo cuanto pudo por introducir en esta ciudad los gustos y costumbres romanos. Mandó construir un teatro y un gran anfiteatro, donde se celebraban combates de gladiadores y carreras de carros, y donde más adelante, siendo emperador Augusto, se instituyeron juegos en honor de éste.

Tales innovaciones, extrañas a las costumbres de los judíos, ocasionaron gran descontento, y para calmarlo, Herodes decretó que se restaurase el templo de Salomón. Pero estaba en su suerte que nunca había de complacer a sus sú-

ave simbólica. Herodes hizo poco caso de aquel motín, acaso porque hacia aquel tiempo pensaba más en festejar a los emisarios de Roma que le traían alegres noticias de parte del César. Augusto, agradecido a su comportamiento, aumentaba sus Estados, concediéndole el gobierno de la Batanea, o antiguo país de Basan, de la Auranitis y de la Traconítide, famosa por sus ladrones, con otros territorios vecinos, como éstos, de la Judea.

x x x

Como todos los potentados

LA ENVIDIA ENTRE ESCRITORES

..Sófocles despreciaba tranquilamente a Esquilo, diciendo: "Cuando hace algo bueno, no sabe lo que hace". Victor Hugo recuerda que el siglo XVIII en masa se burló de Diderot. "Todo el Dante es un disparate", exclama Chaudou. "No puedo soportar ninguna de las obras de Cervantes", declara La Harpe. "Es lástima que Molière no sepa escribir", dice Fenelón. "Molière es un infame histrión", corrobora Bossuet. Scudéry pedía que emplumasen a Corneille. Molière llegó a calificar de "camalla" al gran filósofo Spinoza. Según Voltaire, las obras de Shakespeare eran "grajos vestidos de muchas plumas". En sentir de Heredia, Calderón no pasa de la categoría de "versificador seco, inmoral, fatigista, tétrico y ridículo." El célebre historiador Huet escribía a Saumaise, que había vomitado un vocabulario de insultos contra el autor del "Paraiso Perdido": "¿Por qué os ocupáis de un autor tan insignificante como Milton?" Por su parte, Milton aporrecó groseramente a su adversario y le respondió en el mismo estilo, llamándole pedante, histrión, charlatán, pillo, malvado, sacrilego... y agotado el repertorio: "Tú que sabes tantas lenguas y que lees y escribes tantos volúmenes, no eres más que un asno". Barbey d'Aurevilly, concediendo que "a Minabeau fácilmente se le tomaba por un león", tiene buen cuidado de añadir que "no es sino un marrano de larga melena".

Y viniendo a época más moderna:

A Lamartine se le denominó "alondra insustancial: de Castelar, dijo Taine que era el "canario español". Para Moreno Nieto, era Cánovas un "pobre semisabio", y para éste, era el otro "un pensador ligero". A Fabié calificó Cánovas de "tonto adulterado por el estudio". Martínez Villegas fastidió desvergonzadamente a Zorrilla, y Haekel osó titular "caballero de industria de la ciencia" a Agassir, el más grande de los naturalistas de América del Norte.

orientales, tuvo Herodes muchas mujeres; pero cuentan las crónicas que sólo a una profesó amor verdadero. Llamábase Mariamna, y era un dechado de encantos y gracias, más que suficientes para domesticar a aquel tigre humano. Herodes la adoraba; pero cuando

más feliz era con su amor, cuando su dicha empezaba a trascender por todo el reino, los celos dieron al traste con ella. Creyendo justificadas sus sospechas por repetidos desdenes de la hermosa, Herodes la hizo matar. Después, cuando la sentencia se había cumplido, vino el remordimiento, y con él una especie de locura, una exasperación física y moral de tal especie, que por el menor motivo condenaba el rey a sus mejores amigos a sufrir horrendos suplicios. Ríos de sangre corrieron por el palacio. Los mismos hijos del cruel monarca, Alejandro, Aristóbulo y Antipater, fueron acusados por su padre de conspirar contra él, y ejecutados en compañía de numerosos amigos suyos, todos personajes distinguidos de la corte.

Hasta la Naturaleza se conmovió ante tantos horrores. Casi todo el reinado de Herodes está lleno de hambres, pestes y terremotos, que juntamente con las guerras que el país hubo de sostener con los árabes fronterizos, causaron numerosas víctimas.

Con ocasión de una de estas calamidades, tuvo el rey un rasgo hermoso, el único verdaderamente hermoso de su historia. El hambre asolaba la Judea, y Herodes vendió todos sus objetos de valor, incluso una hermosa vajilla de oro, para poder comprar en Egipto trigo, que él mismo distribuyó al pueblo con la mayor equidad. Tal vez entonces fué cuando alguien vió en el título de Grande el más propio para tan generoso monarca...

Desgraciadamente, su liberalidad quedó velada por nuevos y numerosos crímenes, entre los cuales bien pudo figurar la matanza de los niños de la pequeña aldea donde algún tiempo antes naciera el Hijo de Dios.

Mientras la Sagrada Familia huía a lejano país, para continuar su vida humilde en las orillas del Nilo, Jerusalén se horrorizaba ante las nuevas atrocidades del tirano, y cuando éste dejó de existir, meses después, entre crueles sufrimientos los judíos sólo pudieron conservar de él un recuerdo tenebroso y sangriento.

En la tienda de un Chino

—¿Tiene usted, espíritu de vino? — pregunta un cliente.

—Sí, señor.

—¿Y tiene también espíritu de rosas?

—Sí, señor.

—¿Tendrá espíritu de violetas?

—También, señor.

—¿Y espíritu de contradicción?

Esta vez el interpelado, sin decir palabra ni inmutarse, pasó al cuarto vecino y a los pocos minutos volvió con su cara mita a la del brazo:

—Este es, dijo, el espíritu purísimo de la contradicción.

Fué a fines de mayo de 1922. El invierno se presentaba bravo. Las montañas, cubiertas de nieve desde fines de abril, eran una amenaza si mayo venía lluvioso. Y así sucedió.

Con sólo horas de intermitencia, iban transcurridos quince días de lluvia torrencial. El campo, saturado de agua, "ya no tragaba más" y toda la que seguía cayendo y la proveniente de la nieve que se licuaba iba a engrosar el caudal de los arroyos y ríos comarcanos, provocando su desborde. Hasta los zanjones bajaban rugiendo.

El temporal había interrumpido las faenas en la estancia, limitándose los peones de campo a recorrer los potreros a fin de retirar el ganado de los sitios peligrosos. Y este mismo trabajo se hacía entrada ya la mañana, dando tiempo a que la hacienda se hubiera extendido en el pastoreo.

Como siempre, aquel día, luego de levantarnos, nos encaminábamos a la cocina de peones a tomar los mates de nuestro desayuno cotidiano. Salíamos al encuentro el capataz y nos dijo: —Patrón, ha llegado un desconocido y pide permiso para bandear el arroyo por alguno de los pasos del interior del campo. Le he dicho que el arroyo ha perdido paso en todas partes, pero el hombre porfía por cruzar.

Llegámonos a la cocina, donde la peonada "yerbeaba". Dimos los buenos días, y dirigiéndonos al forastero, le preguntamos: —¿Tiene usted mucha urgencia en seguir viaje? El hombre se levantó, contestándonos algo cohibido:

—Sí, señor.

De mediana estatura, trigüño, mirada expresiva, con ropa de campo en buen uso, era una de esas tantas figuras simpáticas que abundan en nuestra campaña. Una cicatriz fresca en la sien izquierda le asomaba bajo el ala del chambergó. Había dejado el poncho y el rebenque sobre un banco, y a pesar de la holgura de la blusa el mango del cuchillo se insinuaba en la cintura.

Le llamamos aparte y le interrogamos con la autoridad que nos da a los patrones fronterizos el tutelaje que ejercemos sobre todos los trabajadores del campo.

El hombre venía "del sur", de ese vago sur patagónico que lo mismo puede ser la costa del río Limay como las lejanías del Desierto. Iba hacia Chile. Traía veintidós días de marcha. Salí con once caballos y sólo le quedaban dos. Los otros habían muerto en la huella, o quedado por ahí, a lo largo del extenso recorrido, extenuados por la marcha rápida y sostenida del gaucho. Quería, a cualquier costa, vadear el Kilca. —"Aunque más no fuera que bandear el arroyo", —dijonos como implorando.

Mientras nos iba dando esos datos imprecisos, le observábamos. Nos dimos cuenta que el hombre "venía mal", seguramente a raíz de "una de a pie". Cuando terminó de hablar, le preguntamos, buscando la confirmación de nuestras sospechas:

—¿Y esa cicatriz, peleando?

—Sí, señor, fierro a fierro. Han de venir siguiéndome, y si consigo pasar el arroyo amanezco en Chile.

No inquirimos más. Ni siquiera le preguntamos cómo se llamaba. La vida del desierto tiene su éti-

ca, que tal vez parecerá malsana al hombre de las ciudades, pero no así a los que vivimos librados a nuestras propias fuerzas, expuestos a las mil contingencias del acaso en el desamparo de estas inmensas soledades. Para la moral del criollaje fronterizo no es un delincuente el hombre que dirime un agravio mano a mano. No todos le aplauden, pero no habrá quien le denuncie y menos quien le persiga.

Volvímos con el forastero a la cocina, y ordenamos a uno de los peones que trajera al Patricio. Cuando nombramos a este caballo, el hombre nos miró sorprendido

—¿Conoces a ese caballo —le preguntamos.

—De nombre, señor Es muy famoso en el sur

—Te lo voy a prestar para que pases el arroyo, pues no podrías hacerlo en los tuyos. Te ahogaría. El Patricio es el único caballo capaz de cruzar hoy el Kilca. Cuando hayas pasado, le sacas el freno y lo largas. El volverá solo. Te voy a dar un papelito para un puestero que vive sobre la huella, de aquí dos leguas. Allégate al rancho para que abran la tranquera, y puedes pedirle carne, o alojamiento si quieres pasar la noche allí. Si algún repuntador te encuentra antes de llegar a esa población y te para, muéstrale el papel.

Estábamos escribiendo en una

LA DOLOROSA CONFESION

—No llores, Cata; no llores. Me da mucha pena verte llorar. ¿Por qué lloras, Cata? ¿Por qué te apenas? Sé como yo: medita y resignate. Piensa que todo pasa; que la preocupación de hoy será mañana solamente un recuerdo. Anticípate al tiempo; translada al mañana tu hoy de angustia.

—¡Ah, cómo hablas! Quieres convencerme de que eres razonable, y, sin embargo, cuántas veces te he visto llorar por causas más pequeñas que las mías. —Mientes, Cata; yo no he llorado nunca. ¿Para qué llorar?

Y mis ojos, ante el embuste de mis palabras, ya no se atrevieron a mirarla. Yo no sabía mentir; el consuelo, por lo tanto, resultaba ineficaz.

Cata seguía llorando. Su blanco pañuelito de seda estaba húmedo de lágrimas. Siempre la había visto despreocupada; siempre risueña y comunicativa. Por eso, notando ahora su corazón presa de una indecible angustia y conociendo la inoportunidad de mi consuelo, me temía que algo grave debía de ocurrirle, y me daban ganas de llorar con ella. Pero eso no era serio. Y preferí permanecer callado.

Cata, en tanto, proseguía en su lloro. Mi lengua estaba muda, pero mi pensamiento trabajaba. Poco a poco se fué remontando al tiempo viejo, y, por una rara costumbre, se puso a medir, no sin cierta angustia, la distancia que mediaba entre aquellas horas en que ella me traía juguetes y el presente. Cata era, entonces, una señorita; yo, nada más que un niño. Vivíamos en la misma casa; ella cuidaba de mi ropa, me corregía los deberes, y, cuando llevaba a cabo una buena acción, me premiaba con golosinas y con besos. Cata era, pue-

de decirse, mi segunda madre. Y yo la quería como a tal. . . Pasó el tiempo. Mis padres fueron a vivir a otra casa. Cata nos visitaba de cuando en cuando.

Mi vida ya había aspirado el aroma de las flores de veinte primaveras.

Por afinidad de gustos y de sentimientos, cuando el azar volvió a reunirnos, yo y Cata nos hicimos confidentes. Pero si nuestros gustos eran iguales, no lo eran nuestros caracteres. Yo, siempre triste y disconforme, no cesaba de deponer ante ella mis menores quejas. Cata, por el contrario, eternamente risueña y comunicativa, jamás tuvo una palabra de reproche para el mundo. Su constante tranquilidad de espíritu me había hecho forjar el concepto de que su alma era simple e incompleta como la de un niño.

Pero ahora lloraba. Eso era insólito, y, naturalmente, me traía preocupado. Comencé a impacientarme; dejé el asiento que ocupaba al lado de ella y me puse a pasear, nervioso, por la habitación. Hice un gesto, un ademán, como para ordenar que me dijera lo que le ocurría pero no tuve fuerzas. Prefería la insinuación.

—Vamos, Cata —dije dulcemente. ¿Qué es lo que te ocurre? ¿No soy acaso digno de saberlo? Tú siempre estuviste alegre. Ahora lloras. . . Eso es raro. ¡Vamos, Cata! ¡Habla, Cata! Echa fuera, con tus palabras, las penas de tu corazón.

Cata se secó las lágrimas, me tomó las manos, miró a su alrededor como para tener la certeza de que nadie la oía, y dijo:

—Voy a confíártelo: tú eres inteligente. ¿Sabes qué me pasa? ¿Sabes por qué lloro? . . . El se ha ido, y yo ya tengo cuarenta años.

Salvador MERLINO

hoja de nuestra libreta cuando llegaron con el caballo. El gaucho lo miró con atención. Lo palmeamos en la tabla del pescuezo, y el soberbio pingo nos olfateó, reconociéndonos. Era un caballo extraordinario, lo mejor que hasta entonces habíamos criado, nieto de Neápolis, el prolífico semental del haras Las Ortigas, y de una manse dumbre como no vimos jamás en caballo alguno. Alazán, de gran alzada, musculoso, de recio esqueleto, era velocísimo y de un corazón de león.

—¿Te gusta? —le preguntamos sonriéndonos.

—¡Lindo flete, señor, y que Dios se lo conserve y se lo deje gozar! —respondiéndonos mientras se levantaba.

Le invitamos a tomarlo. Así lo hizo y fué con él al palenque, donde había dejado sus dos caballos visiblemente trasajados.

En tanto el forastero ensillaba, en la cocina los peones hacían sus comentarios. Uno se aventuró a observar: "¡Vaya que este loco una vez que esté al otro lado le pegue, no más, en el Patricio!"

—No hijo, —le respondimos. —Ese hombre no me llevará el caballo. Ya lo verás.

—Sin embargo, patrón —adujo el capataz— es una corajada la que usted hace. ¡Mire que es mucha tentación! El hombre sabe lo que va a montar!

—Pues por eso mismo, —respondimosle.

El forastero había terminado de ensillar y volvía al fogón. Parecía tranquilo.

Unos minutos después, provistos de lazos para auxiliar al fugitivo en caso necesario, todos estábamos en la orilla del Kilca. El arroyo iba de banda en banda, "jeteando", convertido en formidable torrente. Impresionaba la vista de aquella enorme masa líquida precipitándose cuesta abajo, turbia y bramadora. El gaucho miraba como indeciso la impetuosa corriente. Pero sólo fué un instante lo que duró esa impresión de temor, o sorpresa. Echó por delante sus dos caballos, animándolos. A pocos pasos de la orilla fueron arrebatados por el torbellino de las aguas. Siguiéron maldichos, a duras penas, como a cien metros aguas abajo. Era indudable que ninguno de ellos hubiera podido hacerlo ni con el solo recado a cuestas.

Cuando vió pisar tierra a sus caballos, el hombre se desmontó. Pausadamente comenzó a alijerarse de ropa, colocando ésta a la grupa del apero. El pañuelo del cuello se lo puso de vincha, guardando en él unos papeles, el dinero y los fósforos. Ató el poncho en los tientos delanteros, formando con él cómoda "gurupa". Listo ya, se aproximó a donde nosotros estábamos, sombrero en mano. La emoción le turbaba. Con los ojos húmedos, nos tendió la mano y sólo pudo articular estas palabras:

—Usted sirve a un criollo, señor.

—Así lo creo, —le respondimos. —Que Dios lo ayude.

Volvióse el hombre, pasóse el dorso de la mano por los ojos y montó.

—Déjalo nadar a voluntad y háblalo, —le gritamos en el momento en que se lanzaba a la corriente, arrollado sobre la cruz del caballo, puesta ya toda su alma en

el nuevo peligro que iba a afrontar. (1) No nos respondió. Todos quedamos callados, pendientes del hermoso cuadro de color y de fuerza que se desarrollaba a nuestra vista.

Las aguas al chocar contra el pescuezo del caballo, saltaron espumosas como en una rompiente, y apenas si percibíamos entre el fragor del torrente el vigoroso resoplar del Patricio. Al llegar al lomo de la corriente, el caballo se balanceó, repelido por la violencia del choque de la arrolladora masa líquida. Segó aguas abajo, y se tendió en un supremo esfuerzo, los dientes apretados, las orejas erectas, dilatados los ollares en toda su amplitud.

Hubo un movimiento de alarma entre nuestros hombres, y algunos rápidamente, armaron los lazos y galoparon por la ribera hasta enfrentar al forastero. Nosotros no perdimos detalle. Todo lo esperábamos del corazón y poderosos músculos de nuestro caballo, como que con él habíamos afrontado duros trances en la cordillera nevada y sabíamos de lo que era capaz. Pero llegó un momento en que perdimos la serenidad ante la inminencia de una desgracia. Fué cuando en el centro del cauce, el agua, al chocar sobre el pescuezo del caballo, saltó por encima de él, cubriéndolo totalmente. Temimos que le hubiera penetrado en las orejas, y entonces cabalgadura y jinete estaban perdidos. Pero no. Se vió al valiente bruto empeñarse a fondo en su lucha con la corrien-

te. Levantó enérgicamente la cabeza, y en unas cuantas remadas más salvó el sitio peligroso. Segundos después hacía pie en la orilla opuesta y el forastero se desmontaba chorreando agua. El caballo se sacudió con fuerza, y divi-

lento, traía al Patricio del cabestro, aguas arriba, por entre los árboles de la costa. Llegó frente a nosotros, y con visible esmero, casi acariciándolo, comenzó a desensillar el caballo. Al sacarle el bozal para largarlo, afirmó la ca-

el caballo, o una última palabra de agradecimiento.

El Patricio entró tranquilamente al agua, olfateándola, y se lanzó confiado a la corriente. Suelto, aquello era un juguete para él. Salíó del arroyo trotando, y con el hocico pegado al suelo buscó un lugar arenoso y se revolcó. Levantóse bruscamente luego, y comenzó a retozar en torno nuestro, dando cortos gritos de gozo. ¡Quién sabe si no sentía la nueva hazaña que acababa de realizar!

Entretanto, el fugitivo iba en busca de sus caballos que pastaban de allí cerca. Nos despedimos de él a gritos y por señas.

Nunca supimos más de su suerte, ni quién era.

(1) Los gauchos del litoral vadean los ríos tomados de la cola o de la tusa de sus caballos. Los de estas regiones lo hacen sin desmontarse, generalmente sin freno y manejando al caballo con el bozal.

AMOR DE MADRE

Joven aún, entre las verdes ramas,
de secas pajas fabricó su nido.
La vió la noche calentar sus crías,
la vió la aurora acariciar sus hijos.
Batió sus alas y cruzó el espacio
buscó alimentos en los lejanos riscos
trajo de frutas la garganta llena,
y con arrullos despertó a sus hijos,
El cazador la contempló dichoso...
y, sin embargo, disparóla un tiro...
Ella, la pobre en su estertor de muerte,
abrió sus alas y cubrió a sus hijos.

Victor HUGO

sando la estancia, relinchó. Nuestros hombres lo aplaudieron ruidosa y pintorescamente, y comentando el lance vinieron hasta donde estábamos. El forastero, a paso

ra en las carretillas del animal, y lo palmeó... Algo nos gritó, pero el fragor de las aguas y la distancia no nos permitió oír lo que nos decía. Tal vez fué un elogio para

En la pensión

—¿Ha echado usted a su nuevo huésped, señora Durand?

—Sí. Empezó a enamorarme, y ya se sabe: cuando un pensionista enamora a su patrona es que no tiene un céntimo.

Lottermoser

LA CASA MAS ANTIGUA EN PIANOS Y MUSICA -

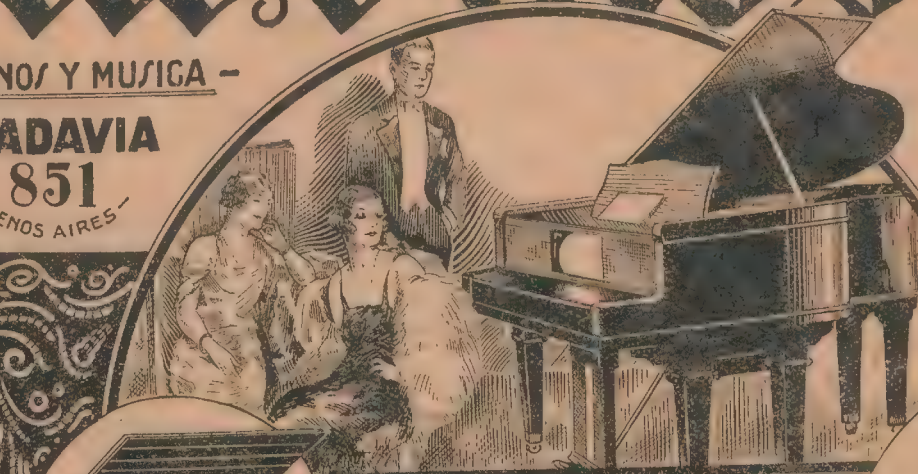
RIVADAVIA

851

"BUENOS AIRES"



El Blüthner
el piano que
no ha sido igualado

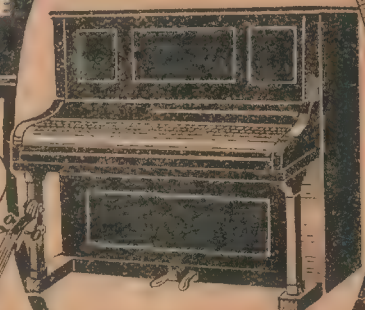


ORTOFONICAS VICTOR Y
PANATROPE BRUNSWICK



Vea nuestra
interesantísima
colección
de
Violines
antiguos y modernos
— ÚNICA EN EL PAÍS —
de \$ 20⁰⁰
a \$ 3000⁰⁰

Guitarras
de las mejores
marcas
EXTRANJERAS
Y DEL
PAÍS.



OFRECEMOS
ESTE MAGNIFICO PIANO
POR \$ 900
QUE GARANTIZAMOS SER
SUPERIOR EN CALIDAD Y SONO-
RIDAD A MUCHAS MARCAS
QUE SE VENDEN POR
\$ 1500 Y AUN MAS.

LA SARGENTA

Por Héctor Pedro Blomberg

Menuda y morena, su cuerpo frágil encerraba un corazón intrépido, un espíritu indómito. Tendría cerca de cincuenta años.

Allí estaba, en aquel villorrio solitario y lejano del norte, con sus recuerdos y con una hija adoptiva, la hija única de una hermana muerta. Todos la respetaban; muchos la temían.

Hacía largos años que la guerra terminara; aquella guerra inolvidable y terrible, cuyo dolor había de perpetuarse en el corazón de las generaciones. Su sombra aún caía sobre las selvas, los caminos y los pueblos del Paraguay; lloraba en las cruces y sangraba en las almas.

La sargenta, cuyo nombre era Trinidad Arévalo, no hablaba jamás de la guerra. Ella, ardorosa de coraje y patriotismo, había vivido las jornadas de fuego y de sangre. Fué el numen de aquellos batallones de mujeres que se alzaban sobre los cuerpos ensangrentados de los hermanos, de los padres, de los hijos, y combatían por el suelo nacional.

Muchas veces, cuando caía la noche sobre las selvas y alguna guitarra guaraní lloraba en algún rancho Trinidad Arévalo sentía que un gran silencio se hacía en su alma heroica y solitaria. Sus ojos negros se hundían en los cielos natales, que comenzaban a poblarse de estrellas, y todos callaban.

Sabían que la sargenta estaba soñando con el pasado de gloria y de sangre; las batallas lejanas, los campamentos de la retirada, las hecatombes...

Pero no lloró nunca. Fuegos extraños pasaban por sus pupilas, sus manos temblaban un poco sobre sus flacas rodillas, y ella estrechaba contra su pecho estéril la cabeza de su hija adoptiva, lo único que le quedaba en el mundo...

Rosario, la sobrina, tenía veinte años. Hermosa era, con la frescura de las frutas del trópico, y cantaba como los pájaros silvestres, mientras la sargenta se hundía en sus sueños misteriosos... Porque el corazón solitario de la heroína se aferraba cada vez con mayor fuerza al amor de Rosario. Sólo para ella debía vivir, con sus atormentados recuerdos...

Sabía Rosario que jamás debía preguntarle nada de la guerra a su madre adoptiva. Conocía las leyendas del pasado guerrero de la viejecita morena, sus hezafías en Piribebuy y en Lomas Valentinas, su abnegación en los hospitales de la gran marcha...

Un día despertó el corazón de Rosario.

El amor vino de las selvas, durante una primavera del trópico, y el rancho de la sargenta no la vio más.

Todo el pueblo palideció ante el dolor de la heroína.

Ella, la mujer intrépida, la amazona de los campos de batalla, la sargenta del Mariscal López, no lloró, porque ya no le quedaban lágrimas...

Pero todos la vieron, durante los primeros días, arrastrarse por las calles del villorrio, detenerse a la puerta de los ranchos, con la mirada perdida, canturreando los aires de los campamentos, hablando sola, mientras los pájaros cantaban en la selva próxima y las estrellas de la primavera brillaban sobre el cielo del Paraguay.

Una semana después desapareció. Se hundió, con su desventura, en lo hondo de los bosques, morena y frágil, olvidada de su gloria en medio de su dolor.

Unos vecinos salieron en su busca, mientras una noche, una noche tibia, con aromas de flores silvestres, caía sobre los montes.

Caminaron por espacio de horas. La selva surgía, espectral, bajo la nevada de luz de la

luna, y una brisa suave agitaba los pañuelos atados en las cruces.

Se oyó una canción monótona, cercana; una voz que parecía venir del pasado de gloria y de sangre.

—Allí está...

La encontraron prosternada junto a una cruz de fiandubay, con los brazos sobre el pecho, el rostro moreno pegado a la cruz. No los oyó acercarse, ni los vio cuando estuvieron a su lado.

—Allí está enterrado el novio que tuvo... El que mataron en Tuyutí... — murmuró un viejo.

Y allí, junto a la cruz, convertida en una débil mujer, con el corazón sangrando de amor y de congoja, los vecinos del villorrio, impotentes y desolados, vieron morir, bajo la luna de primavera, a Trinidad Arévalo, la sargenta del Mariscal López.

NAVIDAD

NAVIDAD, se te festeja.
Nadie parece estar triste.
Sólo mi alma se queja.
Mi alma que es un alma vieja
que de juventud se viste.

Perdona, sagrado día.
Yo no puedo festejarte.
Navidad, el alma mía
nació para la poesía
con la tristeza del Arte.

G. Perkins HIDALGO



Haga funcionar todos los días su Intestino

El estreñimiento (sequedad de vientre) es más que una simple dolencia. Es una enfermedad que debería ser atendida seriamente porque sus consecuencias son graves. Cuando las materias fecales se estancan en el intestino se producen fermentaciones y los microbios abundan. Luego éstos son absorbidos por la mucosa del intestino y llevados a la sangre, la que poco a poco se envenena. Es entonces, después de un tiempo, que se empiezan a notar los efectos del estreñimiento. Ya sea bajo forma de erupciones en la piel (granos o barros), ya sea bajo forma de dolores de cabeza, mal aliento, inapetencia y otras veces por fuertes dolores de estómago, etc. Hay que evitar el estreñimiento y curarlo, no con laxantes violentos que irritan, sino con una laxante suave, agradable y seguro, tal como la

SANTEÍNA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

que es el remedio soñado para curar el estreñimiento. Tomado metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de deliciosas pastillas de chocolate gusta a todos. A dosis de una es laxante, tomando dos o tres es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Con un poco de voluntad y otro poco de Santeína curará Ud. su estreñimiento

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Mr. ROBERT WOODS BLISS,

Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de los Estados Unidos de Norte América

Su notable personalidad diplomática

La representación diplomática de una nación que ocupa en el mundo el predominio político y financiero y que, asimismo, por la expansión de sus fuerzas morales ejerce indiscutible influencia sobre la civilización común, exige seguramente cualidades superiores en quien debe investirla para darle toda su alta trascendencia y para aplicarla con eficacia en el ideal que ella sirve.

Estados Unidos desempeña en este período de la historia humana el papel más decisivo. Es así, porque el esfuerzo, la inteligencia y la virtud de sus hijos le ha dado el aliento de su formidable grandeza material y espiritual. De ahí su calidad de potencia, que adjudica al manejo de sus relaciones exteriores una importancia extraordinaria, difícil de calcular, especialmente porque el progreso y las inquietudes internacionales de nuestra época crearon problemas nuevos, de todo orden, que anteriores etapas de la historia no registran en modo alguno. Por eso las naciones que llegaron en el mundo a la situación céntrica que alcanza hoy los Estados Unidos estuvieron lejos de la responsabilidad histórica que, con tanta clarividencia y certeza, la gran democracia del norte afronta ante el consenso de todos los pueblos civilizados. Estados Unidos supo invariablemente ejercer con conciencia y dignidad el mandato que le confiriera, como decíamos, el esfuerzo, la inteligencia y la virtud de sus hijos, y en tal sentido cabe recordar las múltiples acciones realizadas por su gobierno para asegurar la paz del mundo y la libertad y el derecho sobre la cual está reposa.

Nuestro país, que cultiva con Estados Unidos antiguos vínculos de cordialidad y de respeto mutuo nunca alterados, mereció siempre de la patria amiga el envío de representantes de la más elevada jerarquía. Con tacto sumo, con sinceridad y afecto espontáneo, con activa inteligencia todos los representantes estadounidenses que desfilaron por la Argentina contribuyeron de manera

efectiva a desarrollar y afirmar aquellos vínculos tradicionales. Esto explica la recíproca simpatía existente entre ambos países y el crecimiento continuo de las relaciones que los unen en los más diversos campos de la civilización.

Pero es, precisamente ahora, que nuestro consorcio espiritual y material con Estados Unidos adquiere un vivo relieve. En manos de Mr.

Bliss la fuerza de unión que nos liga a la gran democracia americana se ha intensificado a punto que puede decirse que, dentro del aspecto actual de nuestro progreso difícilmente podría ser superada. Mister Woods Bliss, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario americano en nuestro país, que se hizo cargo de su misión el 9 de Septiembre del año pasado, es, desde luego, una personalidad de méritos sobresalientes de la diplomacia de Estados Unidos. Su larga carrera representativa, que arranca en 1900 como Secretario del Comisionado en Puerto Rico, después de haberse graduado en la Universidad de Harvard, y que se sucede en puestos elevadísimos en el mismo Puerto Rico, en París, en Petrogrado, en Bruselas, en Buenos Aires, donde ya en 1909 desempeñara la secretaría de la legación de su patria, es una entera y fructífera consagración a las aspiraciones superiores de la política internacional americana y a los intereses generales de las naciones en las cuales fué destacado por su gobierno. Ello se colige del alto ascendiente que goza tanto en los Estados Unidos como en el extranjero, principalmente en la Argentina, que le está reconocida de gratitud por su feliz gestión diplomática que dió un impulso definitivo a la compenetración mutua y a los intereses comunes de ambas naciones. Mr. Robert Woods Bliss es, pues, el ciudadano en quien está depositada, certeramente, la confianza general, amplia, absoluta, para que Estados Unidos y la Argentina perduren en la corriente de amistosa efusión que cultivan desde el comienzo de su historia.



Mr. Robert Woods Bliss, embajador de los Estados Unidos de Norte América, en la República Argentina



De izquierda a derecha: doctor Alexander V. Dye, agregado comercial; Mr. John Campbell White, consejero de la embajada; Mr. Robert Woods Bliss, embajador de los Estados Unidos; capitán de navío Clarence L. Arnold, agregado naval; capitán Edmond C. Fleming, agregado militar; Mr. John Hamlin, secretario de la embajada.

Mr. John Campbell White Consejero de la Embajada de los Estados Unidos. es una notable personalidad diplomática de su país. - Su actuación.

Mr. John Campbell White, Consejero de la Embajada de los Estados Unidos en nuestro país, es una de las más simpáticas y laboriosas personalidades que integran la representación diplomática de la poderosa democracia del Norte. Su nombre se halla vinculado a la intensa obra desplegada en todos los pueblos del mundo en favor de las relaciones comerciales, industriales, espirituales y científicas que sostienen los Estados Unidos en su acelerado progreso y creciente prestigio de primera potencia económica y social. Mr. John Campbell White pasó por los distintos cargos de su carrera, después de una extraordinaria acción universitaria que aún es recordada como ejemplo en los claustros de la famosa institución de Harvard. Tiene él una virtud de asimilación que es fácil advertir no tanto en su ilustración, nutrida en el estudio de los más altos ingenios de la humanidad, cuanto en su adaptación a la psicología, y el ambiente de los distintos pueblos en que ha ejercido su mandato. Mr. John Campbell White posee, en efecto, una flexibilidad espiritual poco común que, sin despojarle de sus características raciales, hace que se sienta siempre en su patria. De ahí que su paso por cancillerías tan dispares como las de Roma, Atenas, Riga, Caracas, dejara una honda huella de sentimientos cordiales. Mr. John Campbell White sabe asociarse, confun-



Mr. John Campbell White, consejero de la embajada de los Estados Unidos

dirse con las sociedades en las que los mejores elementos oficiales de los Estados Unidos. Su actividad diplomática; y sabe, pues, al par que fué justamente apreciada por el realizar una obra de acercamiento Departamento de Estado de su país material, otra más duradera y por ello explica su notable y rápida carrera. Dada la carrera, ahí que se le considere como de Mr. John Campbell White nació

en Londres, de padres americanos, el 17 de Marzo de 1884. Residió desde su primera infancia en Washington, graduándose de abogado en la Universidad de Harvard a principio de 1907. Por esa fecha fué designado secretario del Embajador en Roma y luego en París. El desempeño de estas misiones le valió en 1909 la elevación a adjunto en diversas legaciones hasta 1913. En Abril de 1914 se le nombró Secretario tercero de la Embajada en México. Ha sido más tarde Secretario de la Legación y Cónsul General en Santo Domingo y ejerció importantísimos cargos diplomáticos en Petrogrado, Bangkok, Varsovia, Caracas, Praga, Riga y, finalmente, después de haber actuado en el Departamento de Estado, se le nombró Consejero de la Embajada en nuestro país.

La simple reseña de la actuación diplomática de Mr. John Campbell White enuncia el alto concepto que goza el destacado funcionario tanto en su país, como fuera de él. Consagrado por espacio de largos años al servicio de los intereses comunes de los Estados Unidos en sus relaciones con los demás países del mundo, Mr. John Campbell White se ha ganado la consideración general que le rodea. Como que parte de la viva simpatía que le expresó a Mr. Hoover el pueblo argentino es fruto de su inteligente labor de acercamiento de ambos países.

Mr. GEORGE S. MESSERSMITH, Cónsul General de los Estados Unidos SU DESTACADA PERSONALIDAD

Mr. George S. Messersmith ocupa un lugar prominente en el cuerpo consular de su país. Su actuación pública está estrechamente vinculada al desenvolvimiento de las cordiales relaciones que los Estados Unidos mantienen con el resto del mundo. Su desempeño en altos y delicados cargos representativos le valió el justo respeto que rodea su nombre tanto en la vasta democracia del norte como en el extranjero. Mr. George S. Messersmith es uno de esos ciudadanos que enaltecen la función cuyo ejercicio le fuera confiado consagrándose a ello en sus múltiples manifestaciones con la dedicación y la fe de un verdadero sacerdocio. Siendo así, no solo ha logrado destacarse en el radio de sus actividades sino que, también, por lógica consecuencia, ha dejado en ellas un timbre de intelectualidad y honestidad inconfundible. La reseña que consignamos a continuación hablará por nosotros de la larga e intensa obra constructiva realizada por Mr. George S. Messersmith, en favor de los intereses superiores de los Estados Unidos y demás naciones en que le tocara cumplir su misión.

Mr. George S. Messersmith nació en Electowood, Pennsylvania, el 3 de Octubre de 1883. Cursó los estudios primarios en las escuelas públicas de su ciudad natal, descolando desde entonces, por su talento y sus virtudes.

Ingresó más tarde en la escuela normal del Estado de Keistone, Pennsylvania, de donde pasó luego al Colegio Dellamare, hoy Universidad del mismo nombre, acreditándose finalmente como uno de los pedagogos americanos de más



Mr. George S. Messersmith, cónsul general de los Estados Unidos en la República Argentina

sólida reputación.

Mr. George S. Messersmith se inició en las tareas de educación pública revelando en las mismas las condiciones excepcionales de su

personalidad y que habrían de llevarlo a la destacada posición que ocupa. Después de ejercer la dirección de numerosas escuelas del Estado de Dellamare fué designado, Mr. George S. Messersmith vicepresidente del Consejo de Educación y secretario ejecutivo del Consejo de examinadores. De tal modo vio extenderse el círculo de su acción: desde entonces aportó a la enseñanza nuevos sistemas y nuevas orientaciones acerca de cuyos frutos habla el hecho de que fueran adoptados definitivamente por las autoridades correspondientes. Mr. George Messersmith es por otra parte un escritor de madurada labor. Desde las páginas de diversas publicaciones educacionales consideró él los problemas pedagógicos que afectaban a la cultura general del pueblo de los Estados Unidos y, que, por su especial magnitud preocupaban seriamente la atención del gobierno. No es extraño, pues, que Mr. George S. Messersmith influyera decididamente en la formación de las organizaciones de educación pública que rigen hoy en su país. Sus estudios sirvieron muchas veces de punto de consulta de los técnicos oficiales. Espíritu amplio, cerebro ilustrado, temperamento dúctil, Mr. George S. Messersmith supo siempre asimilar aquellas nociones morales o prácticas que pudieran aplicarse a los intereses y al modo de ser de los americanos. De ahí la eficacia de toda su obra, que cuenta en su haber un libro como "The Government of Dellamare" y el establecimiento de las Escuelas Vocacionales, con lo cual coronó su patriótico esfuerzo.

Mr. Dana C. Sycks, Cónsul de los Estados Unidos

— EN BUENOS AIRES —

La fisonomía moral de un funcionario ejemplarísimo

En presencia de Mr. Dana C. Sycks, Cónsul de los Estados Unidos en la Argentina, un aire cálido de reminiscencia histórica, nos transporta a la Convención de Filadelfia. Hay en él ciertos rasgos de austeridad, de viva energía, de fe que lo identifican con el recuerdo de los patricios americanos. Y es que, en verdad, como el sentimiento de nación se expande a través de los años; aunque tome otras manifestaciones materiales y espirituales es en esencia el mismo; y tanta patria hicieron para los Estados Unidos quienes en 1788 votaban las sanciones de la constitución americana, como quienes mucho más tarde abrían a su visión la clara ruta del porvenir, y como quienes aún hoy realizan a diario, en las múltiples actividades de la vida social, obra generosa, inteligente y duradera. En tal sentido el concepto es extensivo hasta donde reside realmente la fuerza de una democracia: la igualdad de las acciones bien inspiradas, grandes o pequeñas, en relación con el ideal común que inspira a un pueblo noble y poderoso. Por eso ante la conciencia del sentimiento nacional americano, del cual debemos tomar ejemplo, tan fecundo y patriótico es el gesto del General Pershing en la campaña aliada, como la del fogonero obscuro que alimenta el fragor de las calderas con la heroicidad cotidiana y humilde de los simples. Y de ahí que, al ser llamado a regir los destinos de Estados Unidos, Mr. Calvin Coolidge se hallara entregado al labrantío de su chacra y pudiera jurar sencillamente, junto al arado, sobre la Biblia de su padre. Así, pues, la gran democra-



Señor Dana C. Sycks Cónsul de los Estados Unidos en Buenos Aires

cia del Norte nos reserva siempre la circunstancia de que en un ciudadano, funcionario público o no, y ejerza o no altos cargos en cualquiera rama de su progreso, puedan hallarse los mismos sentimientos, de patria e iguales virtudes y cualidades que las que animaron

a los prohombres de la guerra de Secesión y de la organización republicana. Tal, por ejemplo, el caso del Cónsul de los Estados Unidos en la Argentina, Mr. Dana C. Sycks. Su presencia, como decíamos, trasciende un aire de elevación moral que evoca la atmósfera

histórica en que se desarrollaron los primeros períodos de la grandeza americana. Se siente a su lado que hay inteligencia, una voluntad y un espíritu al servicio de las aspiraciones superiores de su patria y de la humanidad. Mr. Dana C. Sycks ha cumplido a lo largo de su carrera consular, desde su iniciación en 1915 como Asistente de Consulado, una empeñosa obra de relación internacional que derivó en considerables beneficios para el prestigio y el progreso de los Estados Unidos y de las diferentes naciones en que actuara. Contó para ello con su decidido esfuerzo y con la simpatía que irradia su persona y que, en todo momento, le facilitó su ingente labor. En nuestro país, al cual, no oculta su caluroso afecto, Mr. Dana C. Sycks prosigue su acción intensa, generosa, eficaz en pro del acercamiento espiritual y material con los Estados Unidos. Ahora mismo, aprovechando la ocasión de la visita del Presidente electo de su patria, Mr. Herbert Hoover, fué uno de los más diligentes propulsores del amplio homenaje argentino que le ha sido tributado. Auspició cuanto con dicho objeto se iniciara, consiguiendo infundirle un franco calor popular y afirmándola como un nuevo vínculo de la perdurable, cordialidad que une a ambos pueblos y que seguramente es definitiva. Se explica desde luego la impresión que nos produjera la presencia de Mr. Dana C. Sycks, restaurando en nuestra memoria el recuerdo de los ciudadanos ilustres que hicieron la formidable democracia estadounidense.



De izquierda a derecha: sentados, señores Sydney Banash; Roger Sumner; C. W. Gray. De pie: Lloyd D. Yates; S. Walter Washington; Raymond Ahearn, funcionarios del consulado de los Estados Unidos que, de modo eficaz e inteligente, secundan las tareas del cónsul señor Sycks.



El ingeniero Guillermo Asher Reece, una personalidad de la industria americana.

El ingeniero Guillermo Asher Reece. Presidente de la General Electric Company, la poderosa institución americana que surte de fuerza motriz a los principales establecimientos de nuestro país, representa al ciudadano estadounidense activo, inteligente, tenaz, que con su grande espíritu de iniciativa y su fortalecida fe en los destinos de la República Argentina se asoció por entero a nuestra vida y a nuestro progreso en todos los campos de la acción creadora.

El ingeniero Guillermo Asher Reece ha sabido enaltecer con su obra el concepto de aquella vasta democracia del Norte que podemos contemplar nosotros, desde nuestro espíritu latino, como uno de los más admirables espectáculos de la naturaleza en plena energía. Con razón el Conde Kayserling veía en los Estados Unidos más que una organización, fruto de la cultura histórica de un pueblo, una voluntad animada y defendida de obscu-



Ingeniero Guillermo Asher Reece, presidente de la General Electric S. A.

ros factores superiores que favorecían su amplio y extraordinario desarrollo. Y es que el secreto de la prosperidad americana debe buscarse en las virtudes de los hombres que, como el ingeniero Guillermo Asher Reece, están dotados de un temperamento dinámico excepcional, de una singularísima visión constructiva, de una inteligencia honda, cualidades todas que, unidas, y en el conglomerado de individualidades relacionadas por el sentimiento de patria, de grandeza y de progreso que integran una comunidad como los Estados Unidos explican la conquista del alto puesto que esta nación amiga ocupa en la civilización.

El ingeniero Guillermo Asher Reece es, pues, como llevamos dicho, uno de los ciudadanos americanos que al propio tiempo que elevan el alto cargo moral de su país, contribuyen con su esfuerzo desinteresado y probo al engrandecimiento argentino.

Inauguración del monumento conmemorativo del vuelo del comandante Franco

El intendente municipal, señor José Luis Cantillo, acompañado del embajador de España señor Ramiro de Maeztu y de su señora esposa, del presidente de la Asociación Patriótica Española, doctor Fermín Calçada, y de otras personas, durante la inauguración del monumento recordatorio del magnífico vuelo Palos de Moguer - Buenos Aires, efectuado por el comandante Ramón Franco en el avión Plus Ultra



Vista parcial del monumento conmemorativo del vuelo del comandante Franco, erigido en el espigón del balneario municipal y público que asistió al acto inaugural.

VIDA BANCARIA



Los señores Gerardo Noorthorn y Otto M. Benkiser, agentes financieros, miembros de la firma Noorthorn y Benkiser, razón social que representa en nuestro país, a un núcleo de los principales bancos radicados en las plazas de Nueva York y Londres.



Fiesta celebrando el triunfo radical obtenido en Quilmes



Los clubs "Villa Luján" y "26 de Julio" acordaron celebrar el triunfo que la juventud radical de Quilmes alcanzara en los últimos comicios provinciales, realizando un animado paseo al balneario de dicha localidad. — A la izquierda: parte de las familias que concurrieron al acto. — A la derecha: los señores Cánepa, Pozzone, Maciel, Santa Agustina, Bazterrica, de la Vega, García Muga, Ocampo, niña Angélica García y nuestro director que también participaron de la mencionada fiesta.



El bullicioso elemento femenino, que tomó parte en la fiesta, ocupando una de las mesas a la hora del almuerzo.



Vista del hermoso balneario de Quilmes, por la que nuestros lectores podrán formarse una idea de su belleza. Esta playa se destaca con relieves propios por la hermosura de sus panoramas, lo selecto de su concurrencia y por la serie de diversiones y atractivos que ofrece a sus visitantes.

EL SALUDO DE HOOVER

Desde la cubierta del "Buenos Aires" engalanado con la fiesta de color de todas las banderas americanas, Mr. Herbert C. Hoover se alejó de nuestro país saludando con el ademán cordial con que supo vincularse a nosotros, para siempre. Su amplia despedida, que significa un "hasta luego" lleno de fe y de nostalgia sentimental, quedará seguramente al mensaje de afectos enviados al doctor Irigoyen, apenas la nave entró en los horizontes soberbios del Plata. Hay allí palabras de gratitud para la gentileza argentina, de reconocimiento para su grandeza moral y material, de confianza en el porvenir de la República. No ocultamos lo que ello significa en nuestro concepto. Mr. Herbert C. Hoover se lleva una visión perdurable del panorama de nuestro país. Sus términos fluyen una corriente de indudable, de sincera y espontánea admiración que halaga nuestro espíritu y que reviste singular importancia para el futuro de las relaciones de los Estados Unidos y la Argentina. Digamos, ahora, pues, cuál es nuestra impresión sobre el ilustre visitante. Despreocupados ya de toda obligación de cortesía, podemos afirmar que Mr. Herbert C. Hoover, al interesarse por los problemas fundamentales que afronta el doctor Irigoyen, y al señalar los altos propósitos de su próxima administración al frente de los destinos de la grande patria amiga del Norte, demostró ser un digno sucesor de aquellos varones esforzados, humanitarios e inteligentes que abrieron ruta a los Estados Unidos llevándolo tesoneramente a la posición que ocupa en el orden de la civilización y en la historia del derecho.

Retribuyamos, entonces, su saludo, seguros de que su austera presencia en la Casa Blanca, reafirmará los tradicionales lazos de concordia que unen a ambos países.

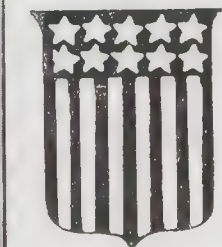
Mr. Hoover, saliendo de la casa de gobierno, después de su visita al Presidente de la República. Le acompañan el ministro de Relaciones Exteriores, el embajador de Estados Unidos Mr. Woods Bliss, el intendente municipal, el jefe de policía y otros altos funcionarios.



Mrs. Herbert Clark Hoover, esposa del futuro presidente de los Estados Unidos



Mr. Herbert Hoover, presidente electo de los Estados Unidos de Norte América



Mr. Hoover, rodeado del vicepresidente de la República y de un grupo de legisladores, en su visita realizada al Congreso Nacional



El crucero "Buenos Aires", con el presidente electo Mr. Hoover y a su comitiva, con rumbo a Montevideo, momentos después de soltar



Ecós de la visita de Mr. Herbert Hoover



Señor Allan Hoover, hijo del presidente electo



HOOVER'S FAREWELL

From the deck of the "Buenos Aires" bright with a feast of color of all the flags of the Americas, Mr. Herbert C. Hoover, moved away from our country bidding farewell in the cordial manner that has forged a link between him and us forever. His heartfelt leaving, signifying an "until soon" full of faith and affecting nostalgia tallies surely with the affectionate message sent to Dr. Irigoyen as soon as the ship entered the magnificent horizons of the Plate. In it there are words of gratitude for the courtesy of the Argentine, of recognition of its moral and material greatness, and of confidence in the future of the Republic. We cannot hide what that means to us. Mr. Herbert C. Hoover takes with him an enduring vision of the panorama of our country. His words are instinct with a current of indubitable, sincere and spontaneous admiration flattering to our spirit, and of singular importance to the future of the relations between the United States and the Argentine. Therefore let us say now what is our impression of our distinguished visitor. Free now from all obligatory courtesy, we can affirm that Mr. Herbert C. Hoover, in interesting himself in the fundamental problems faced by Dr. Irigoyen, and in pointing out the high purposes of his coming administration as leader of the destinies of the great, friendly country of the North, showed himself to be a worthy successor of those vigorous, humanitarian and intelligent men who opened up the path of the United States, stubbornly carrying it to the position it occupies in the scale of civilization and in the history of law. Let us return, then, his salute, confident that his austere presence in the White House will strengthen the traditional bonds of concord uniting our two countries.

El distinguido huésped, durante su visita al departamento de policía, en unión del embajador de su país, del ministro del Interior, del intendente municipal y del jefe de aquella repartición nacional



El presidente de la República doctor Hipólito Irigoyen, despidiendo a Mr. Hoover en el embarcadero de la dársena norte, poco antes de subir a bordo del crucero "Buenos Aires"





Mr. Hoover, acompañado del intendente municipal, señor Cantilo y del embajador de Estados Unidos Mr. Woods Bliss, saliendo de su residencia para realizar una jira por la ciudad



Un interior del palacio en que se alojó Mr. Hoover, donde pueden verse fotografías y autógrafos de eminentes hombres de estado del mundo



Detalle del magnifico hall del palacio, enriquecido con valiosísimas obras de arte



La cancela de entrada al palacio que habita el embajador de Estados Unidos Mr. Woods Bliss, y que sirvió de residencia a Mr. Hoover, durante su permanencia en Buenos Aires



Un aspecto del exterior de la magnifica residencia del embajador de E. Unidos



Conferencia del doctor Jinarajadasa



Ante una numerosa concurrencia, el sabio hindú doctor Carlos W. Jinarajadasa pronunció la primera conferencia teosófica de la serie que tiene anunciada, y que versó sobre el tema "El idealismo en la vida", disertación que fué calurosamente aplaudida por el auditorio que llenaba la sala. A la izquierda: el doctor Jinarajadasa acompañado por la señora Salvadora Medina Onrubia de Botana, que hizo la presentación pública del conocido teósofo. A la derecha: un aspecto de la sala del teatro Cervantes mientras se realizaba el acto.



El doctor Jinarajadasa, a su llegada a Montevideo, rodeado de las personas que fueron a recibirle a bordo



El distinguido visitante firmando autógrafos durante su permanencia en Montevideo

Nota de arte

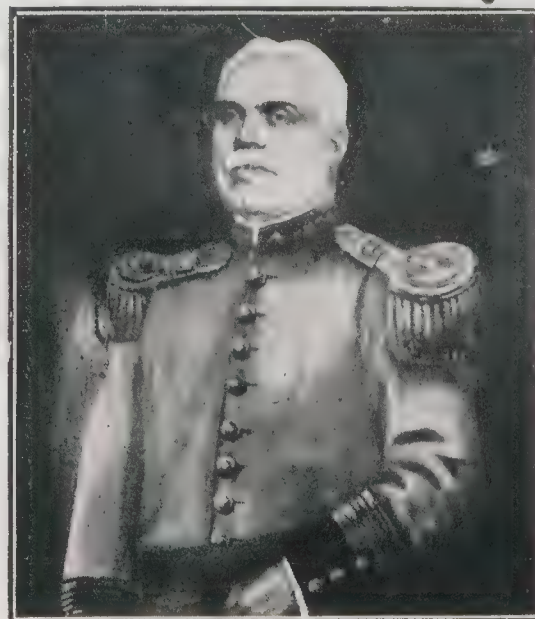
Los premios nacionales de literatura



Doctor Juan B. Terán a quien el jurado otorgó el segundo premio dotado con \$ 20.000 por sus obras "El nacimiento de la América española" y "La salud de la América española."



Señor Arturo Marasso, que obtuvo el tercer premio dotado con \$ 10.000, por sus libros "Retorno", "La creación poética" y "Luis de Góngora". En cuanto al primer premio fué declarado desierto por el jurado



Notable retrato del coronel de la nación Manuel J. Guerrero, ejecutado por el pintor Antonio Díaz y expuesto en el salón Florida 500

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Mary Ann Jackson, la novísima artista agregada a la famosa compañía de comedias de Hal Roach "Our Gang", que tanto divierte a chicos y grandes



Tan impaciente estaba Raquel Torres, la actriz mejicana de la Metro-Goldwyn-Mayer, por traer a nuestros lectores su regalo de Pascua, que hubo que llamar nada menos que a Raquel Torres para que la ayude a acarrearlo



El célebre pibe Snokoums, de la serie cómica de la Universal "Papá, mamá y el niño", tan festejado por el mundo infantil



Escena de "Tu pecado te delatará", film Extra Arte que interpretan Hanny Stuart, Olga Limbrig y Elliza Porta, que la Corporación estrenará el domingo próximo



Bárbara Bedford en una escena de "Dulces amargos", cine drama Rialto que la General estrenará el domingo próximo



Cullen Landis, Dorothy Dwan y el chino Sojen, protagonistas de "Como la marea", cine drama Rialto que la General exhibe desde el domingo.



María Alba y Florence Allen, intérpretes, con Lionel Barrymore de "Juventud descarriada", primera cinta de la bella actriz española ganadora del concurso de la Fox, y que dicha empresa estrenará el 3 de enero próximo

NOTAS DE ESPAÑA



El rey Alfonso XIII escuchando el discurso pronunciado por el alcalde de Fuenterrabía con motivo de la colocación de la piedra fundamental del nuevo puente internacional



La reina Victoria Eugenia departiendo con un grupo de damas en el hipódromo Lasarte, de San Sebastián



"Virgili" caballo propiedad del Marqués del Llano de San Javier, que ganó la copa donada por el rey



El conde de la Címera recibiendo de manos de la reina el trofeo obtenido por uno de sus caballos



La infanta Beatriz hija de los reyes de España, jugando al tennis



Las infantas Beatriz (1) y Cristina (2) con las señoritas de Monteagudo durante el partido final de tennis, en el campeonato de dobles de señoras



El general Primo de Rivera, saludando la bandera en una de sus últimas revistas militares



El marqués de Estella presenciando el desfile de tropas a las que pasó revista
Fots. Marín



ENLACES. — Señorita María Isabel Martínez con el señor Juan Felipe Aranguren (hijo)



Señorita Ernestina de Bary Tornquist con el señor Luis Acuña



Señorita Asunción Granara Costa con el señor José V. Marrón

SOCIALES



Señorita Elvira Merello, recientemente desposada con el señor Luis A. Liviero



Señorita María Angélica Arias Ocampo, cuyo enlace con el señor Héctor C. Dighero se efectuó recientemente



Señorita Claudina Martínez Chavez



Señorita María Esther Melo con el señor Ernesto Arana (hijo)



Señorita Chuit Elordy con el señor Scochimarro

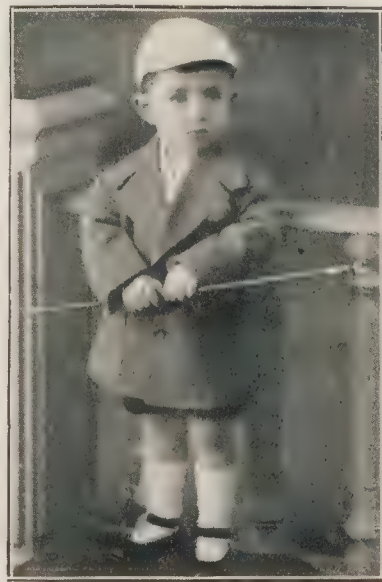
GENTE MENUDA



Señorita Amelia Zazzali, desposada con el doctor Eduardo J. Simonetti



Erico Otmar Schwartenberk



Alberto Luis Fraifeld

Pete Loot, viejo indio encorvado por el peso de muchos largos y duros inviernos, se quejaba trabajosamente, tumbado sobre estrecha cama de pinochas, en Thirty Nule Bar, a orillas del río Liard, en el lejano Norte de la Columbia británica, una fría tarde a principios de abril de 1924. El invierno todavía se dejaba sentir en aquellas partes casi desconocidas del territorio canadiense. No se veía ningún verdor en los sitios en que la nieve se había derretido dejando al descubierto la tierra; el hielo todavía mantenía atenazados bajo su fría garra los arroyos y ríos; los perros esquimales se mostraban pendencieros, acuciados, sin duda, por el hambre que los había ido dejando en los huesos; las provisiones se encontraban casi agotadas y no había esperanza de recibir socorros hasta entrado el verano.

A un lado, sobre un altozano y a corta distancia de la choza de Pete Loot, Atol Mocassin, joven de diez y siete años, encendía una pequeña hoguera con ramas húmedas. El humo se elevó en densa columna. En ella Atol Mocassin metió materialmente sus brazos extenuados con las palmas de las manos hacia abajo, balanceándose sobre los tacones y murmurando palabras extrañas, mientras miraba fijamente hacia la cabaña de Pete Loot. Cuando aquella tarde el Sol se hundía en el horizonte, el viejo Pete Loot emitió un último y prolongado quejido y dejó de existir.

La muerte del viejo indio selló la suerte de Atol Mocassin. Algunos miembros de la tribu le habían visto murmurando encantamientos sobre su hoguera. Otros le habían observado el mismo día echando el humo de la pipa hacia los cuatro puntos cardinales. Además, la gente se había fijado también en que al pasar la choza del enfermo había mirado de reojo.

Atol tenía, por otra parte, fama de estar asociado con los habitantes de las tinieblas. Sus compañeros le creían poseído por el mal de ojo y capaz de embrujar a aquellos que le desagradaban. Las enfermedades y el hambre experimentadas por la tribu le habían sido achacadas y ahora, la muerte de Atol Mocassin por sí mismo no era directamente responsable de sus fechorías. Su cuerpo estaba habitado por un espíritu maléfico, se decían los indios unos a otros, y éste espíritu era el que había echado un maleficio sobre la pequeña banda nómada acampada entonces a orillas del río Liard.

Estos indios formaban una de

Los matadores de brujos del Canadá

las tribus más primitivas entre todas las existentes en el Canadá. Eran paganos y vagaban a la buena ventura por un inmenso y desolado territorio. Su mentalidad era como la de los niños pequeños. Entre ellos no existían costumbres matrimoniales. No reconocían a ningún jefe de tribu. Su dirección

estaba poseído del demonio; él era el primero que deseaba echarlo de su cuerpo, y los sufrimientos que esto pudiera suponer eran de poca importancia para uno cuya corta vida había transcurrido en el trabajo, penalidades y hambre.

Durante dos días el desgraciado joven estuvo colgado del árbol.

Atol Mocassin se encontraba ya fuera de toda ayuda humana, muriendo aquella noche en brazos de su amiga Lucy. Se cavó un hoyo en el suelo pedregoso del bosque, cuyos lados se cubrieron con tablones, y el cuerpo fué enterrado con los extraños ritos reservados en la tribu para aquellos que durante la vida habían tenido relaciones con los espíritus maléficos.

Allí terminó el asunto por lo que a los indios se refiere. Habían siempre tratado a los brujos de manera semejante desde tiempo inmemorial y sus hechiceros habían aprobado y aplaudido tal proceder.

Pero la ley de los hombres blancos está por encima de las tradiciones de tribu; el Mandamiento "no matar" no debe ser faltado.

Posiblemente la pequeña tribu de Liard no sabía esto. Las relaciones con los hombres blancos habían sido escasas no sabían nada de las influencias refinadoras de la civilización. Sus días habían transcurrido en una tierra remota, casi inaccesible, en un país de vastas distancias donde se puede viajar durante semanas enteras sin encontrar un alma.

Se tiene una ligera idea de su aislamiento cuando se sabe que fué necesario más de un año para que la noticia de la muerte de Atol Mocassin llegase a oídos de las autoridades, y fué debido a una referencia accidental de Big Alex, por lo que el asunto llegó a conocerse. Hay motivos para creer que en estos últimos años se han cometido bastantes muertes de brujos en los distritos de Stikine y Mackenzie por miembros del pueblo de Dene; pero esta fué la primera ocasión que la Policía tuvo informes concretos sobre qué actuar.

"Nosotros matar demonio el verano pasado en Thirty Mile Bar", Big Alex dijo a Frank Bass, agente de la Hudson Bay, en el Alto Liard, cuando fué a permutar pieles por provisiones.

Frank Bass animó al indio a que hablase. Poco a poco fué conociendo la horrible historia y los nombres de los principalmente complicados en el crimen. Big Alex hablaba de los incidentes de una manera casual, como si no tuviese nada que ocultar. Por el contrario, parecía hasta orgulloso de la parte que había representado y, al parecer, consciente de haber ejecutado un hecho meritorio.

Por los conductos usuales de la Compañía de la Bahía Hudson, Frank Bass envió noticia de lo ocurrido, y después de muchas semanas su informe llegó a Vancouver, a las Oficinas Centrales de la División de la Columbia Británica.



espiritual, tal como era, procedía de los hechiceros. En su continuo ir y venir, esta banda se había encontrado con un indio del río Mackenzie, llamado Big Alex, que se decidió a unirse a ellos. Big Alex, dotado de mucha más inteligencia que los otros, llegó a ser una especie de jefe no oficial. De suerte que cuando soñó que la muerte de Pete Loot había sido cosa de embrujamiento y declaró que el espíritu maligno que habitaba el cuerpo de Atol Mocassin tenía que ser expulsado, todos estuvieron de acuerdo, incluso el propio Atol Mocassin.

Pero Loot tenía tres hijos: Clem, Dan y Jimmy; pero, por un motivo desconocido, no se les nombró para que actuaran de exorcistas. Este deber se confirió a una hija casada, llamada Edie, madre de cuatro niños, mujer de buen físico y fuerza poco común.

Agujoneada por Big Alex, quien, sin embargo, no tomó parte material en el hecho Edie cogió a Atol Mocassin, lo ató de pies y manos con tiras de cuero de alce y luego lo colgó, cabeza abajo, de la rama de un árbol con la boca abierta para que el demonio pudiera escaparse. Atol no hizo resistencia. Si

Otros miembros de la tribu venían a verle y lo miraban con interés académico; pero no veían signos de que el espíritu maligno se hubiese marchado. Su teoría era la de que si el demonio quería, podía libertar a la víctima; pero si Atol Mocassin moría, quedaba probado que era culpable de embrujamiento sin el menor género de duda.

Joven, fuerte y duro Atol Mocassin todavía se encontraba lleno de vida al cabo de dos días de permanecer colgado. Siguiendo las indicaciones de Big Alex, Edie decidió tomar medidas más severas para terminar pronto, pues la pequeña tribu deseaba moverse a otro lugar. Descolgando al muchacho del árbol, la squaw lo ató a un palo largo, arrastrándolo por el grueso hielo que cubría el río Liard.

Aquí fué apedreado por numerosos indios; pero era tan grande la vitalidad del desgraciado, que cinco días más tarde todavía vivía a pesar de tener los brazos y piernas helados hasta la rigidez.

Mediante la intervención de una joven amiga llamada Lucy, la víctima fué por último libertada. Se le cortaron las ataduras y se intentó deshacer sus fríos miembros; pero

de la Real Policía montada del Canadá, que está considerada como la fuerza armada de su clase más famosa del mundo.

El inspector, T. V. Sandys Wunsch, y los policías C. R. Martín y P. W. Resille fueron asignados al caso. Salieron de Vancouver en junio de 1925 y por vapor cubrieron los 805 kilómetros que los separaban de Wrangell, Alaska. Desde esta ciudad, a través de la mitad de esa inmensa provincia de Columbia Británica, hacia arriba, por el territorio del Yukon y, finalmente, en los Territorios del Noroeste. Al fin de su viaje se encontraban a más de mil seiscientos kilómetros de su base.

En la Real Policía montada del Canadá no se fija nunca fecha de reposo a una patrulla que sale por los territorios del Norte en persecución de criminales.

Cruzando Alaska llegaron a Telegraph Creek, a unos 260 kilómetros de la costa, habiendo realizado esa parte del camino confortablemente a bordo de un pequeño vapor de río. En Telegraph Creek compraron dos canoas y en ellas remaron aguas arriba del río Stikine casi 325 kilómetros, luchando contra una fuerte corriente durante la mayor parte del recorrido. Por lo general, viajaban durante catorce horas diarias, poniéndose en marcha tan pronto amanecía y descansando y durmiendo durante cuatro horas cuando el calor apretaba. Cerca de las fuentes del río tuvieron que abandonar las canoas debido al poco calado del agua. Compraron seis perros de un colono mestizo; los bultos pesados fueron cargados sobre los perros y el pequeño grupo comenzó su camino hacia las cumbres que separan el Stikine de la cuenca del río Liard.

Por estos parajes no se encuentran colonos, ni tramperos, ni indios. El que viaja por aquellos sitios tiene que irse abriendo camino por un país yermo y desolado, con millares de montecillos, cubierto de grava y cantos rodados.

Por estas peligrosas montañas el inspector Sandys-Wunsch y sus compañeros tuvieron que cuidar su cuadrilla de perros indóctiles, porque el perro esquimal no se adapta fácilmente al nuevo dueño.

Sobre las mesetas, entre altonazos, existían grandes extensiones de terrenos pantanosos y tristes, cuya superficie, cubierta con musgo largo y fibroso, nunca se deshiela totalmente.

Helados por completo en el invierno, estos terrenos pantanosos constituyen un buen camino; pero en aquella época los grandes campos de fango con frecuencia obligaban a los policías a dar grandes rodeos por entre arbolado, en donde viejos troncos obstruían el camino, o a través de grandes campos de zarzas espinosas.

Las moscas y mosquitos aumentaban las molestias de los viajeros, pues aun cuando conseguían alejar tales plagas con el empleo de humaredas durante la noche y a las horas de comer, durante la marcha casi los comían vivos.

Por fin, llegaron al río Liard, se procuraron nuevas canoas y continuaron su viaje hacia Fuerte Liard. Por el camino encontraron algunos grupos de indios, de los cuales obtuvieron informaciones contradictorias, por lo que respecta al paradero de su presa, pero el inspector Wunsch no les conce-

dió demasiado crédito. Por lo general, el indio razona por evidente lógica, que cuando la Policía montada hace preguntas acerca de un hombre rojo, no presagia nada bueno para dicho individuo.

En Fuerte Liard, sin embargo, el inspector averiguó por un hombre blanco que Big Alex y sus compañeros se encontraban acampados en Liard, a unos ochenta ki-

los, contestando con gruñidos a las preguntas más sencillas y pretendiendo que no entendían inglés.

El inspector Sandys-Wunsch sabía que algunos de los que componían la pequeña banda tenían ligeros conocimientos del idioma de los hombres blancos; pero necesitó bastante tiempo para averiguar quiénes eran.

Por fin, uno de estos indios más

único que podía hacerse en tales circunstancias. Lucy, la joven squaw que trató de salvar a Atol Mocassin, fué la única que no se mostró conforme. Se encontraba ausente del campamento cuando los montados llegaron, pero a su regreso facilitó muchos detalles. No obstante, no sabía el lugar donde el cuerpo estaba enterrado y ninguno de los otros indios quería decirlo.

Como era necesario que el cadáver del joven indio fuese visto por los policías para poder substanciar una acusación de asesinato contra los culpables, el inspector Sandys-Wunsch anunció que nadie podría abandonar el campamento hasta que encontrase la sepultura.

Esta orden causó un resentimiento considerable. El hechicero, con todos sus distintivos e insignias, pasó a visitar al jefe de los policías para protestar contra la orden, pero su misión resultó inútil.

"Perfectamente", dijo, inclinándose profundamente y extendiendo las manos en gesto expresivo "usted es la ley. De ustedes es la fuerza, pero el hechicero de los Liards también tiene algún poder. Echo una maldición sobre sus "palos de fuego". Sus armas están hechizadas. Ya no podrá usted disparar derecho. Su pequeño disparador lo he hechizado más que los grandes. Y ahora me marchó".

La noticia de que las armas de fuego habían sido hechizadas se extendió rápidamente por el campamento. El hechicero se vanagloriaba de ello.

La fe de estos sencillos hijos de la Naturaleza en el poder de sus hechizos es casi sublime. Convencidos de que los policías se encontraban casi desamparados por completo, uno de los indios se escondió en un grupo de sauces y disparó su fusil contra el jefe de la expedición.

La bala pasó rozando la gorra del agredido. Dirigiéndose rápidamente hacia donde había partido el disparo el inspector Sandys-Wunsch persiguió al indio que volvió a penetrar en el campamento, pero no consiguió reconocerlo.

Habiendo hecho reunir a la tribu, el inspector amonestó severamente a los indios por lo ocurrido, pero como sus palabras parecían producir poco efecto, se decidió a hacer una demostración de práctica.

"Creéis que mis palos de fuego están hechizados", les dijo, "os voy a enseñar".

Y a continuación los indios presenciaron una sesión de tiro al blanco con revólver como nunca lo habían creído posible. No existía disparo demasiado difícil para aquel pequeño disparador, ni había blanco tan pequeño que la bala no pudiese alcanzar.

Sandys-Wunsch mismo admitió luego que aquel día estaba en forma. Los indios, naturalmente, ignoraban que era el campeón de tiro al blanco con pistola en el Canadá. Desde aquel momento, el prestigio de los montados aumentó apreciablemente.

Observando las acciones de los indios los policías lograron obtener indicios de la situación aproximada del lugar donde estaba enterrado el cadáver. Cuando se dirigían hacia allí los indios se mostraban inquietos; cuando los policías se alejaban del sitio reían como niños.

LOS DOS GORRIONES

—Llégame el comedero —
dijo a un gorrión otro gorrión muy maula.
—Pues, ábreme primero —
contestó aquél — la puerta de la jaula.
—¿Y así, al verte ya libre, en tu embeleso,
te vas sin darme de comer en pago?
—¿Y quién me dice a mí — responde el preso,
—que me abrirás, si llenas el monago?
Y en conclusión, por si ha de ser primero
llegar el comedero
o correr el alambre,
quedóse el enjaulado prisionero,
y el hambriento volvióse con el hambre.
¡Digno amigo, por Dios, de tal amigo!
Y ahora diréis, y bien, como yo digo:
"¡Vaya que son en ciertas ocasiones
lo mismo que los hombres, los gorrones!"

Ramón de CAMPOAMOR

lómetros al Norte, cerca de donde se había cometido el asesinato. Desde la mañana fatal abrilena los indios habían vagado en una larga cacería de alces que los había llevado hasta el círculo ártico, y era verdaderamente afortunado el que hubiesen regresado al punto de partida en fecha que sincronizaba con la llegada de la Policía montada.

Aun cuando terriblemente cansados de su trabajosa marcha de cinco semanas por las altiplanicies, los tres montados no se quedaron a descansar en Fuerte Liard, sino que se dirigieron al campamento indio, cubriendo los ochenta kilómetros de distancia en dos días.

En Liard encontraron a los indios de mal talante, que no mejoró cuando el inspector les prohibió deshacer el campamento y dirigirse al Norte.

Se mostraban poco comunicati-

educados, cansado del interrogatorio, dijo al inspector:

"Dame un poco de paz. Preguntaba a Big Alex lo que quieres saber".

Big Alex llevado aparte y separado de sus compañeros, se encontró de repente acusado de la muerte de Atol Mocassin.

Al principio, Big Alex negó haber dicho a Frank Bass, el agente de la Hudson Bay, lo de la muerte del "Demonio". Más tarde, protestó que allí no había habido muerte alguna, pero su mentalidad no era capaz de resistir el experto interrogatorio del inspector Sandys-Wunsch.

Poco a poco, la horrenda historia fué saliendo, aunque no toda, de los labios de Big Alex. Otros indios, agobiados a preguntas, dieron sus versiones de la matanza del brujo, mostrándose todos acordes en apreciar que había sido lo

ENTRE LAS DOS PLAYAS

Yo no sé que haya nada tan grandiosamente terrible como el crucifijo entre las manos de un moribundo. Allí está el crucifijo plantado entre el tiempo y la eternidad. Delante, el tiempo que fenece, la ola de la vida que se estrella, las grandezas del mundo que naufragan, la espuma de las vanas esperanzas que se deshace... Detrás de la eternidad que empieza, la eternidad que acude llamada por la muerte, la eternidad que avanza rápidamente, una nube tempestuosa empujada por el viento, la eternidad que se echa encima con todos los horrores de lo obscuro, de lo desconocido, de lo que no tiene fondo... Y entre el tiempo y la eternidad, el crucifijo para juzgar al tiempo que fenece a sus plantas y sentenciar si ha de ser vida de goces o vida de tormentos, la eternidad que empieza a sus espaldas.

L. COLONA, S. J.

Un lobo negro fué el agente inconsciente mediante el cual se descubrió por fin la sepultura de Atol Mocassin.

Flaco y hambriento, el lobo había sido atraído por el olor de la carne en cierta ocasión el invierno anterior; habíase deslizado por el bosque y arañado la tierra gravosa que cubría los restos del joven con el mal de ojo. Los tablores que cubrían el cadáver había hecho desistir de su intento al lobo, pero éste dejó al descubierto lo bastante para que meses después llamase la atención de los policías y la busca de la sepultura llegase a su fin.

Mientras los policías estaban desenterrando el cuerpo un espía indio se aproximó silenciosamente por entre los árboles. Oyó al policía Martín hablar con voz ronca debido al frío. Lleno de superstición el indio inmediatamente llegó a la conclusión de que el espíritu maligno todavía habitaba el cuerpo muerto de Atol Mocassin y estaba hablando con los hombres blancos. Asustado y casi muerto de miedo, corrió a contar a sus compañeros lo que había visto y oído, supliendo con su imaginación lo que faltaba de realidad en su narración.

Convencidos de que los policías conocían toda la verdad, los indios contestaron a todas sus preguntas sin equivocarse. No hubo dificultad en obtener las pruebas necesarias.

El inspector Sandys-Wunsch decretó el arresto de Big Alex, Edie Loat y sus tres hermanos, Clem, Dan y Jimmy, y los condujo al fuerte Liard. Aquí en funciones de juez tomó declaración a los acusados y dispuso su encarcelamiento para que fuesen juzgados ante un tribunal.

Obedeciendo de manera mecánica las órdenes del inspector, los acusados acompañaron a los policías en su largo regreso a Wrangell. Los indios se mostraban muy tratables. En ninguna ocasión fué necesario esposarlos o vigilarlos estrechamente.

Edie llevó con ella su hijito de dos años y al propio tiempo insistió en que le acompañase su perro favorito "Boojo".

Vestidos como iban con sus trajes nativos, harapientos, desgredados y desarreglados, aun cuando no sucios, los cinco prisioneros atraían bastante atención en aquella ciudad de Alaska. Big Alex tenía ya algunas noticias de las maravillas de la civilización por otros indios del río Mackenzie, pero para Edie y sus tres hermanos, Wrangell era el lugar más maravilloso y aterrador de la tierra. Un niño en bicicleta intrigó a la squaw más que nada, pero por fin decidió que era la bicicleta lo que hacía mover de arriba a abajo las piernas del niño. La luz eléctrica aterrizó a los indios. "El ojo maldéfico del hombre blanco" llamaban a este moderno adelanto.

El gran buque de vapor en que viajaron a Vancouver les produjo verdadero asombro y tardaron en convencerse que por lo menos resultaba tan seguro como sus frágiles canoas.

La primera vista de la ciudad de Vancouver con sus 200.000 habitantes, altos rascacielos, inmensos elevadores de grano, trenes rugientes, rápidos tranvías eléctricos, los llenaron de miedo, pero su emoción más viva la experimentaron cuando la policía les hizo su-

bir en uno de sus automóviles.

"Trineos sin perros", gritaban. "Los hombres blancos hacen gran magia todo el tiempo".

Desde el día que las grandes puertas de la prisión de Oakalla se cerraron detrás de los cinco indios hasta que fueron trasladados a Prince Rupert para ser juzgados, transcurrieron once meses. Algunos tramperos blancos que se ne-

en el dialecto del Mackenzie River para beneficio de Big Alex y luego en el lenguaje Liard para que lo entendiesen los Loot. Big Alex podía hablar Liard pero no con la facilidad de su propio idioma y los jueces deseaban que se enterase perfectamente de lo que se decía en contra suya.

El fiscal no encontró pruebas que demostrasen que Clem, Dan y

ró como al principal instigador y verdadero responsable del crimen, se le sentenció a cinco años de prisión correccional. Cuando el presidente le preguntó si tenía algo que decir, contestó:

"Yo querer unos pantalones nuevos entonces marchar a casa a río Mackenzie. Eso puede esperar hasta otra vez. No importa lo de ir a prisión".

Los hombres blancos no encontraron medio de concederle lo que deseaba. Big Alex no alcanzaba a comprender los motivos, pero estóticamente se despidió de sus antiguos compañeros de presidio y de los testigos indios resignándose a que le encerrasen en aquel gran "wigwam" iluminado con los ojos maléficos del hombre blanco.

Eddie Loot y sus hermanos han regresado a su antiguo hogar en el distrito de Stikine. Tan firmemente como antes continuaban creyendo en el mal de ojo, pero ya no habrá más muertes de brujos, ¡la ley de los hombres blancos así lo ha ordenado!



cesitaban como testigos, la servicial Lucy y cierto número de indios, no pudieron salir del norteño país del hielo y la nieve durante el invierno ni tampoco lo suficientemente pronto para las sesiones de primavera. Por este motivo, solamente a fines de agosto de 1926, veintiocho meses después de la muerte de Atol Mocassin, Big Alex, Edie Loot y sus tres hermanos comparecieron ante el jurado acusados de asesinato.

Los cinco indios pronto se cansaron de las ávidas formalidades del proceso. Todas las declaraciones hechas en inglés tuvieron que ser interpretadas dos veces, una

Jimmy Loot, habían tomado parte activa en la tortura de Atol Mocassin y retiró la acusación contra los tres; Big Alex y Edie Lot, por el contrario, fueron condenados.

A la "squaw" se le condenó a sentencia en suspenso.

El presidente del Tribunal hizo lo que pudo para hacerle comprender que aquello significaba que podía marcharse a su tribu, pero teniendo cuidado de portarse bien en lo sucesivo, pues de lo contrario la irían a buscar para encerrarla en la cárcel; pero es dudoso que la mujer comprendiese lo que le querían decir.

Big Alex, a quien se le conside-

Los pájaros en la minería

Lady Cory acaba de instituir un premio de cien libras esterlinas para un invento destinado a cerciorarse del aire existente en las minas. Hasta ahora se han llevado pájaros a los fondos de las minas en que se habían registrado explosiones, porque los pájaros son muy sensibles respecto a los gases venenosos y, en cuanto se mueren, los ingenieros o mineros saben que están acercándose a zonas peligrosas. Se usan a tal fin preferentemente canarios y, mejor aún, aves selváticas, que son las más sensibles.

Lady Cory considera que en nuestros tiempos de invenciones técnicas debe ser posible hallar un medio tan eficaz y más humano que el de llevar pájaros a la muerte para cerciorarse de las calidades del aire en las minas.

LA DULCE AMARGURA

Nos dimos el adios de un modo triste...
Tú bajaste los ojos, yo la frente;
hubo un silencio largo; gravemente
sonrieron tus labios, y partiste...

¡Aún creo sentir tu mano leve
infligiendo a mi amor la despedida,
aquella tarde en que quedó mi vida
como un jardín donde ha caído nieve!

Y confieso que en medio de la pena
infinita de ver que te perdía,
un consuelo arrancó mi fantasía
a las propias angustias de la escena,

pues recuerdo muy bien que presentí,
en la paz del momento vespéral,
que toda tu existencia inmaterial
prófugamente se quedaba en mí...

Belisario ROLDAN

Televisión en colores

En todos los ramos de la técnica los progresos durante los últimos años han sido y siguen siendo sorprendentes, pero los progresos más rápidos los hace indudablemente la telegrafía. La radiotelegrafía misma es aun muy joven, y ya tenemos a su lado a la Norteamérica transmisiones por radiotelegrafía y la televisión. Recientemente se han efectuado en radio de películas enteras, y ya viene hablándose de un triunfo más. Hasta ahora la televisión se ha limitado a la transmisión de letras y dibujos en negro, pero ahora se están haciendo ensayos para la radioemisión de colores. Las diferentes tonalidades serán remitidas separadamente y amalgamadas en la estación receptora. Los experimentos respectivos se llevan a cabo entre Washington y Nueva York.

En el homenaje a la memoria del doctor Luis Güemes, pronunció una brillante oración el general Enrique Mosconi

Texto del discurso

En el homenaje tributado a la memoria del doctor Luis Güemes, facultativo eminente y espíritu ponderable que sirvió siempre, con entero desinterés a las instituciones armadas del país, el general don Enrique Mosconi pronunció el siguiente discurso. Trátase de una oración brillante, cuyos conceptos elevan el recuerdo del doctor Luis Güemes, destacando las virtudes de su cultura, y de su fino temperamento aplicadas a la realización del alto ideal patriótico que llenó su existencia. Dijo el General Enrique Mosconi:

Camaradas:

La Comisión Directiva del Círculo Militar ha hecho suyo el pensamiento del señor general, don Ricardo Cornell, realizando este acto de pública recordación en el primer aniversario del fallecimiento del Dr. Luis Güemes, que fué insigne y grande amigo de las instituciones armadas del país.

El Círculo Militar, al colocar esta placa en el sepulcro que guarda los restos del doctor Luis Güemes, da forma al sentimiento de la familia militar argentina y rinde un homenaje sencillo en su forma, y profundamente sincero en su triple expresión de respeto, de amistad y de gratitud.

El doctor Luis Güemes nace en los años en que las provincias encuentran en la República Federal la fórmula definitiva de su constitución política. Joven aun, pre-

siente con exactitud la trayectoria futura de la Nación; tiene la comprensión justa de las necesidades de la época en que vive y del rol que ese período de la reorganización del país, depara a él y a sus contemporáneos.

Formada la Nación, se abren nuevos sectores de trabajo a la inteligencia argentina. Cada generación tiene una labor que cumplir en la constante evolución de los medios y de las circunstancias en que vive y actúa, y así como hoy percibimos con nitidez que la tarea de nuestros días, ya emancipados, constituidos y alcanzada la plena libertad del sufragio, es administrar la riqueza pública, coordinar las fuerzas productoras y organizar la economía nacional, lo que traerá como consecuencia el progreso colectivo y el acrecentamiento de los valores morales, el doctor Güemes, hombre de su tiempo, iniciándose en el sector del esfuerzo intelectual, se trazó con seguridad instintiva el programa de trabajo más intenso que se pueda concebir, y atesorando conocimientos con una tenacidad admirable, para convertirse en uno de los primeros y más destacados propulsores de la evolución científica argentina. Su abuelo fué gestor legendario de nuestra Independencia; su padre, prefirió la emigración a la servidumbre durante la tiranía; él abría surcos profundos en la tierra virgen de nuestras ciencias y de nuestro saber. Esta fué su gran preocupación y el rumbo inalterable de su actividad.

Los hombres de ciencia, las corporaciones médicas, sus amigos, sus discípulos y sus admiradores

juzgaron ya al que con su saber abarca toda una época de la ciencia médica argentina. Doctorado en nuestra Facultad de Medicina, cursa luego estudios completos en la Facultad de Ciencias Médicas de París, donde se consagra alumno ejemplar, y alentado por los grandes maestros de la brillante escuela francesa de esos años, coronó al doctorarse en 1887, sus sueños de dos lustros humildemente vividos en el barrio Latino.

Incorporado, ilustre ya, a las actividades médicas de esta capital, el poder de su ciencia, la exactitud maravillosa y única de sus diagnósticos, la grandeza de alma que ponía en el ejercicio de su saber, hicieron del noble maestro el médico indispensable de todas las clases sociales, y el Dr. Güemes cumplió así, con serenidad de apóstol, el rudo sacrificio que por aquella exigencia le impuso su profesión, pues ni una sola vez faltó a los deberes contrados en la Facultad, en el consultorio o en el Senado Nacional.

El transcurso de los años le obligó a ser maestro, y en 1896 se hizo cargo de la cátedra de clínica médica creada especialmente para que él volcara en el espíritu de las nuevas generaciones su ciencia profunda y su experiencia extraordinaria. Tal fué el compatriota eminente a quien tributamos este homenaje; tal fué el médico cuya estructura moral e intelectual es ejemplo perenne para la juventud argentina.

En la pobreza, premio con que muchas veces la ingratitud de los contemporáneos ha retribuido los más insignes servicios públicos,

creció el doctor Güemes, mientras ardía la Guerra del Paraguay y cuando aun no se habían extinguido las humaredas de la montonera y la guerra civil, aspirando en su hogar la atmósfera patricia que perpetúa el recuerdo y el culto del defensor heroico. Si el doctor Luis Güemes naciera unas décadas antes, se hubiera incorporado al Ejército, tales eran su aprecio y su cariño por la carrera de las armas. Eligió el camino de la ciencia, pero conservó una viva predilección por la vida del militar, fuera soldado o general.

El militar que solicitó alguna vez sus servicios para sí o para su familia, lo encontró siempre dispuesto y afectuoso, recibiendo de él consuelo, salud y algunas veces los medios para alcanzarla. Jamás el doctor Güemes aceptó honorario alguno de los militares de su país y esta generosidad excepcional, esta instintiva amistad por los hombres que visten el uniforme de la Nación, obliga profundamente nuestra gratitud.

Camaradas:

Una legión de agradecidos nos acompaña espiritualmente en el acto de justicia que hoy realizamos y aprueba el mandato que cumplo en nombre del Círculo Militar al depositar esta ofrenda que tiene alto significado por el sentimiento que la inspira, por la gratitud que la alienta y por la sana moral que la conduce, honrando así las virtudes de un varón singular por la

de su carácter, la bondad perpetua de su sentir y la diáfana claridad de su fervoroso patriotismo.

Mi amigo Julio padecía una singular afección; la monomanía de los parecidos. Ocurría frecuentemente que Julio y yo caminábamos por una calle cualquiera, cuando, de improviso, mi amigo, apretujándome el brazo con feroz insistencia, con una sonrisa nerviosa y las pupilas enormemente dilatadas, me decía:

—Fíjate: ¿ves aquel individuo que pasa por allí?... ¿Lo ves?...

—¿Cuál?... ¿El que viste de negro?

—¡No hombre, no!... ¡Aquel! ¿Pero no lo ves?...

Durante cinco minutos, mi amigo y yo, estacionados en mitad de la calle, soportando los rudos codazos de los viandantes y escuchando las imprecaciones que éstos nos prodigaban, buscábamos ávidamente tal o cual señor que había llamado la atención de mi amigo Julio. Después de mil confusiones, y cuando en la mayoría de los casos el sujeto en cuestión había ya desaparecido, Julio declaraba en tono solemne:

—Tú no te has fijado bien; pero ¿sabes a quién se parecía mu-



EL PARECIDO

Por Francisco Caravaca

cho, pero muchísimo?... Pues... a Velázquez.

—¡Ah! ¿Sí?... —soportaba yo, resignado.

Algunas veces, mi amigo acertaba. Esto muy rara vez, y cuando tal cosa sucedía, acertaba más bien que por la certidumbre de su visión fisonómica, por lo que había de generalizador en ciertos rostros. Sabido es que un semblante con patillas lo mismo sugiere la imagen de un cuáquero que la de un portero de casa principal.

Recuerdo que en cierta ocasión vimos un sujeto ya cuarentón, de pelo crespo y canoso, bajo, rechoncho, zafio y con lentes de carey; Julio exclamó con infantil sobresalto:

—¿Sabes a quién se parece?

—¿A quién? —inquirí paciente.

—¡A Sancho Panza!...

—¡Válgame Dios, y qué buen fisionomista eres!... ¿Dónde y cuán-

do viste a Sancho Panza, ni que éste usase jamás lentes de carey?

Con las mujeres le sucedía lo mismo. Las hermanas de mi amigo se parecían extraordinariamente a una infinidad de personas; tal era el morbozo afán que Julio sentía por cotejar y parangonar a todo ser viviente. Y esta actividad era en él incesante; en el café, en el teatro, en los paseos públicos... Siempre con el índice rígido, en actitud de indicación y un encandilamiento de cleptómano, en los ojos chispeantes bajo el cerco luminoso de sus gafas, como si quisiera retener la verdad expresiva de todos y cada uno de los semblantes que incesantemente cruzaban ante su vista...

Sin embargo, Julio tuvo un día un gran acierto, un gran acierto, que fué para mí como una revelación. Fué una mañana. Revolvía yo papeles en mi despacho, cuan-

do entre un fajo de cartas y cuartillas aparecieron algunos retratos de mi ya extinguida familia. Entre ellos había uno de mi padre.

Mi padre fué un señor medianamente alto, medianamente grueso, rubio, de un rubio opaco y sedoso, de nariz un tanto aguilena, ojos azules y barbas espesas, algo puntiagudas y rizosas en finos bucles... Su cara tenía gran majestad...

—Toma, mira; este fué mi padre—dije a mi amigo.

Julio cogió el retrato. Sus ojos brillaron con inusitadas intensidades de iluminado. Su voz se hizo balbuciente, pero cálida, y con entonaciones proféticas, llenas de convicción y de fe, prorrumpió:

—¡Oh!... ¿Sabes a quién se parece?...

Hubo una larga pausa. El silencio, aleteando sobre nuestras cabezas, inundaba la estancia... El sol de la mañana doraba las pupilas de mi amigo...

Por fin aclaró:

—Se parece a... Jesucristo...

No pude contenerme y solté la carcajada...; pero mis ojos estaban bañados en lágrimas...

EL ESPIONAJE DURANTE LA GUERRA

Fervorosos patriotas a quienes los dedos se les hacían espías.
Pintorescas iniciativas y extraordinarias denuncias con varios episodios a que dieron ocasión.

Al principio de la guerra no dejó la Gran Bretaña de tener su buena parte en la manía del espionaje. Millares de aficionados al Servicio Secreto pasaban la vida observando luces sospechosas que pudieran ser señales a las fuerzas aéreas o navales del enemigo. Todo aquel que por inadvertencia dejaba de cerrar una persiana corría al serio peligro de que lo confundiesen con un espía alemán.

Por todo el país circulaban los más asombrosos cuentos de espionaje. Todos los días llegaba al Almirantazgo un río de informes, conquistados por los aficionados a descubrir espías. Había que depurar todos estos informes por la sencilla razón de que no era recomendable desatender indicación alguna.

Las mujeres se contaron entre los más ardientes cazadores de espías. No pasaba día sin que llegara alguna asegurando que podía revelar importantes secretos de la organización de espionaje que el enemigo tenía en Inglaterra.

Lo elemental era la copia de un cablegrama alemán secreto dirigido a algún misterioso personaje que estaba en Escocia y en las Hébridas. El resultado de la investigación era siempre el mismo: no se encontraba cablegrama ni rastro de que se hubiese enviado ninguna. Como hubiera podido enviarse y recibirse sin que las autoridades tuvieran de ello el menor conocimiento era extremo que los informadores no se cuidaban nunca de aclarar.

Todo cazador de espías tenía en la punta de los dedos el sistema por medio del cual los alemanes eran puestos al corriente día por día de los movimientos de las fuerzas inglesas.

El Departamento de Inteligencia Naval del Almirantazgo veíase bombardeado continuamente con indicaciones de zepelines y otras hostiles. No había luz misteriosa en todo el país que pasara inadvertida. Hasta el encender y apagar de mecheros era bastante para despertar sospechas, especialmente cuando quien encendía y apagaba tenía aspecto de extranjero.

Hubo un caso gracioso que llegó de Scarborough, donde el gerente de uno de los principales hoteles era descendiente de alemanes y, en consecuencia, hombre sospechoso.

En una de las habitaciones del último piso se veía constantemente encenderse y apagarse la luz. La opinión de la localidad no tuvo un instante de duda; y como las circunstancias eran en verdad sospechosas, la Scotland Yard envió con toda urgencia a un agente.

Todo el mundo pudo quedar tranquilo cuando se descubrió que la causa de que la habitación apareciese ya encendida, ya a oscuras, era sencillamente que se abría o cerraba una puerta de paso.

El Almirantazgo tuvo muy extraños visitantes durante los pri-

meros días de la guerra, la mayor parte de los cuales llevaban, según decían, informes que dar con el mayor secreto. Una señora alta, vestida de negro, iba día tras día y se negaba a ver a nadie que no fuese lord Fisher. El siempre estaba ocupado cuando ella se presen-

guntó con el más profundo de sus tonos:

—¿No nos oye nadie?

—No, señora — fué la contestación.

Mirándome fijamente, al tiempo que se sentaba ante la mesa del príncipe Luis de Battemberg, dijo:

—Personalmente, no.

—¿Sabe usted que tiene una estación de telegrafía sin alios?

—No.

—¿Sabe usted que su hogar espiritual es Alemania?

—Parece que hay noticias de que lo ha dicho.

—Pues bien; ha comprado una estación de radiotelegrafía y se pasa la noche en ella.

—¿Dónde?

—En su residencia de Londres.

—¿Sabe usted en qué parte de la casa está?

—Sí. Sube por la chimenea al comedor. La noche antes de la batalla comunicó qué fuerzas tenía la flota inglesa en el Skager-Rak.

Luego siguió:

—¿Conoce usted a Reinaldo Mackenna?

—Personalmente, no.

—¿Sabe usted que también ha comprado una estación de radiotelegrafía?

—No.

—El último modelo de Alemania.

—¿Puede usted decirme dónde la tiene instalada?

—Siento no saber puntualmente la habitación en este caso.

Esta última observación no dejó de extrañarme. Por último dijo:

—Desde luego, de esto que he dicho, ni palabra. En estos días, eh que la suerte de la patria está en juego, no se pueden tener en cuenta las amistades.

Con la seguridad de que no se revelarían sus secretos se retiró. Por ridículo que parezca, se envió relación detallada de todo a la Scotland Yard.

El gobierno inglés recibió durante la guerra las más extrañas indicaciones. Una de ellas, de un capitán de un barco norteamericano que se ofreció, con permiso del Almirantazgo desde luego, a llevar su barco al canal de Kiel y volarlo allí. Norte América no había entrado todavía en la guerra, y el capitán contaba con poder entrar bajo la bandera norteamericana.

Este proyecto se examinó y estudió concienzudamente, y aun cuando se rechazó, muchas altas personalidades entendieron que aquel capitán merecía que se estimulase su buena disposición.

Otro asombroso proyecto fué el de hundir submarinos alemanes valiéndose de las gaviotas. Se le había ocurrido esto a un hombre de alta significación científica. La ingeniosa idea era poner a bordo de nuestros vapores grandes cantidades de comida, de modo que las gaviotas se acostumbraran a caer sobre ellos tan pronto como los divisaran. Lo mismo harían cuando un submarino alemán emergiese, y no había duda de que lo echarían a pique. Este proyecto se envió al conde Zeppelin, que lo encontró verdaderamente fantástico.

Otro científico ideó llevar a Alemania ciertas especies de aves que habrían de causar daños terribles

Dr. ENRIQUE FEINMANN.

DE PROGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro-Anestésicas. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémino, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

De 8 a 12 HORAS

U. T., LIB. 0260

taba, y ella insistía en negarse a dar la más pequeña noticia ni hacer la menor indicación a quien no fuese el primer lord del Almirantazgo. Pero cansada al fin, consentió en revelar su secreto al Departamento que funcionaba como un especie de defensa del almirante Hall.

Al entrar en la habitación pre-

—No me gusta su aspecto. Parece un español.

Viendo su actitud le dije que me retiraría; pero cuando se convenció de que yo estaba al corriente de todos los secretos de la Marina británica, entró en materia y habló lo siguiente:

—¿Conoce usted a lord Hal-

PACIENCIA

Mejor es el hombre sufrido que el arrogante. — Eclesiástico, cap. VII. v. 9.

Mejor es el varón sufrido que el valiente; y quien domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades. — Proverb. cap. XVI. v. 32.

La doctrina del hombre se conoce por la paciencia, y su gloria es no hacer caso de las injurias. — Proverb. cap. XIX. v. 11.

Acepta gustoso todo cuando (Dios) te enviare, y en medio de los dolores sufre con constancia, y lleva con paciencia tu abatimiento. — Eclesiástico cap. II. v. 4.

No sabe ser sufrido el poder. — Saavedra Fajardo.

Pero vosotros, ¡oh hermanos míos!, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad como el labrador, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia que Dios envíe las lluvias tempranas y tardías. — Epístola de Santiago cap. V. v. 7.

Ni hay hombre que el sufrimiento no le sea muy necesario. — Alonso de Barros.

La tribulación ejercita la paciencia. — San Pablo a los Romanos. V. 3.

No hagas resistencia al agravio: antes si alguno te hieriere en la mejilla derecha, vuélvele también la izquierda. San Mateo, V. 39.

en las fábricas de Krupp, aunque el inventor recorda que el descubrimiento era algo más de imprevisto.

Otro de los visitantes del Almirantazgo se presentó como un "perito en claves" y con el descubrimiento de que las columnas de anclajes de varios perfiles eran el vehículo de que los agentes enemigos se servían para informar acerca de los movimientos de las tropas inglesas.

Luego a convencer a varios miembros del Gabinete de sus afirmaciones, y el almirante rió lo llamo para que las probase. De un anuncio del Times, brevisimo, sacó nada menos que noticia de movimientos navales en Portsmouth, Chatham y Plymouth. Se le aconsejó una cura de reposo.

El palacio del Kaiser en Corfú era otra de las cuestiones que preocupaban a las autoridades. Un informador aseguró que mucho tiempo antes de la guerra ya se habían hecho allí preparativos para que sirviera de base de submarinos llegado el momento. Se hablaba de una cañería secreta que desde el palacio iba a parar bajo las aguas del mar, y por medio de la cual los barcos podían reponerse de combustible sin necesidad de volver a Kiel. Respecto de este importantísimo asunto había informes muy contradictorios, y mientras unos negaban por completo que hubiera tal cañería, otros apoyaban la afirmación incluso en afirmaciones de testigos presenciales (entre ellos un griego tuerto) que habían visto abastecerse a los submarinos.

Como esto de la cañería secreta hubiera sido de la mayor importancia estratégica, lord Fischer examinaba todos estos informes con la mayor atención. Pero no le fué nunca posible confirmar su existencia.

Uno de los informes más alarmantes que llegaron al director de Inteligencia Naval en 1914 fué el de que había alemanes con uniforme de oficiales de la Marina inglesa. Como llegaban de varios sitios estos informes, se tomó el aviso en mucha consideración. Decíase que estos uniformes de Marina los proporcionaba una casa de la calle Old Bond; pero, por muy estrechamente que se vigilaron sus confecciones, no se descubrió un solo caso.

Ni siquiera a las palomas se las dejaba en paz. A un extranjero se lo detuvo en el Parque St. James porque, habiendo visto volar sobre él una paloma, se entró en sospechas de que utilizara el ave para enviar mensajes al enemigo. Por fin se encontró una en Essex con un mensaje atado a una pata. El mensaje, encerrado en un pequeño tubo de aluminio, procedía de Rotterdam, y era sencillamente un inofensivo acuse de recibo de mercancías. Fué imposible hallar rastro de tinta invisible ni procedimiento ninguno sospechoso.

Hasta surgió el temor de que un espía alemán pudiera haber tenido la audacia de meterse en el Almirantazgo. En aquellos días de nerviosa actividad y de fatigosa y confusa labor, cualquiera que hubiera podido transponer la puerta principal hubiera podido adquirir información importantísima.

Pero esta posibilidad casi no lo era con las severas instrucciones que los centinelas tenían. Y por si los centinelas se equivocaban, aun tenía que pasar todo visitante por los ojos de lince de varios agentes de la Scotland Yard.

Hugh CLELAND HOY.
Director de Inteligencia Naval.

LA DOBLE LECCION

Venia sofocado, palpitante los labios gruesos y firmes, brillantes las negras e inquietas pupilas. Tiró el flexible sobre un sillón, se dejó caer en el sofá y lanzó:

— ¡Puedes decir que hoy ha nacido el padre de tu hijo!...

Ella, que lo había seguido hasta el despacho esperando la frase, sonrió levemente, y tras un suspiro:

— Me lo figuraba — respondió, — y he pasado rezando todo el tiempo...

El la miró enternecido, y la atrajo hacia sí, asiendo sus manos ingrávidas y suaves con las suyas morenas de atleta.

— Por eso, seguramente, no me pasa nunca nada malo, porque allá arriba se aprecian tus virtudes y no se quiere dejarte sin marido...

Ella se sentó a su lado e inquirió:

— Bueno, ¿y qué paso al fin?

— Lo menos que pensarás es que he tenido que cerrar la fábrica — dijo él, sonriendo con una malicia infantil.

— No pienso nada, ya sabes que no me adelanto nunca... Di tú.

— Pues verás. Como ya te había dicho, esta amenaza de huelga era absolutamente injusta. En la fábrica ha habido reformas de trabajo, pero el trabajo es el mismo... La causa de este movimiento era sólo cierto capataz que estudia para "leader" y se ensaya con mis obreros. No te niego que con un poco de paciencia se hubiese podido arreglar el asunto por las buenas; pero yo no he estudiado la carrera de diplomático, sino la de ingeniero industrial, y cuando se trata de resolver uno de estos conflictos en los que la fuerza pueda tener tanto éxito como la habilidad, prefiero el primer medio. Hoy se trataba de demostrar que puedo más que ellos. Me expuse a que me rompiesen algo, pero lo demostré. Hugo algunos que alzaron la voz y pretendieron alzar el brazo... Yo grité más que todos y saqué el revólver...

La esposa inquieta, averiguó:

— Y ¿van a seguir trabajando? ¿No temes que pretendan vengarse?

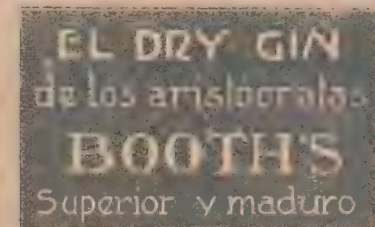
El hizo un ademán tranquilizador.

— ¡Ca!, no hay cuidado. Han comprendido que la razón estaba de mi parte. Hasta el capataz. Tentan que comprenderlo, puesto que es así.

Movió ella la cabeza, en un gesto de reproche.

Reyes originales

De los pueblos que más interés ofrecen al explorador es el de los Ovambos, vecino a los Bushman y



con los cuales comercian. Cerca de la colonia portuguesa de Angola vive este pueblo, una de cuyas tribus rige la reina Kalinosha, cuyo digno consorte gusta de exhibirse entre sus subordinados luciendo una rica camisa y un sombrero adornado del modo más caprichoso. Los ovambos son individuos altos, robustos y excelentemente proporcionados. Pendiente de un cinturón de cuero llevan un largo y triangular delantal los hombres; las mujeres gustan de adornarse con trajes recamados de cáscaras de huevo de avestruz y llevan brazaletes y anillas de hierro en las piernas.

La inteligencia de estos individuos es superior a la de las restantes tribus africanas. Cómo en la mayor parte de las tribus del sur, los ovambos viven en comunidades familiares, habitan en chozas cónicas y tan bajas que casi para lo único que les sirven es para dormir. Estos pueblos se dedican en parte a la agricultura y practican las pequeñas industrias, existiendo también ganaderos entre ellos.

El aspecto exterior de estas gentes es sumamente pintoresco.

El hombre es un pequeño rey de cada casa. Las faenas más rudas, como construir las chozas, labrar los campos, cuidar los ganados, a ellas corresponden, en tanto que ellos sólo se dedican a cazar animales salvajes y a trabajar ornamentalmente el hierro y el cobre.

Gustan mucho de las danzas y por cualquier motivo inician bailes que acompañan con un tambor y otro instrumento parecido a la guitarra.

El ovambo gusta de la quietud hasta el punto de que el territorio se llama ovambo o sedentario. Están divididos en varias tribus, con jefes distintos.

Notabilísima es la manera de dar la bienvenida a sus amigos. Cuando un ovambo sale al encuentro de un conocido, le unta el rostro y el pecho con manteca en señal de reconocimiento.

El cuerpo humano despide ondas

El doctor Sauerbruch, del Instituto Técnico de Munich, ha comprobado mediante largos estudios que el cuerpo humano emite ondas, que se pueden comparar a las de la "radio", pues, aunque invisibles, pueden ser captadas.

El citado profesor, con un aparato receptor de gran sensibilidad, ha conseguido recoger ondas eléctricas emitidas por el cuerpo humano a dos metros de distancia, y ha dicho que la epidermis del cuerpo humano contiene carga eléctrica, como si se hallase en contacto con una batería o con un dinamo.

Una efemérides es un pretexto periodístico para resucitar una actualidad que pasó y se desvaneció en la hora viva del tiempo que fué. Bien pronto, dentro de tres años, se verá a Alemania conmemorar en la celebración del primer centenario de la muerte de Goethe. Serán de ver las peregrinaciones; a Francfort, a Weimar, a las moradas que recuerdan al poeta; serán de oír las conferencias, las lecturas públicas, las representaciones teatrales, las sesiones panegíricas, y serán de leer, guardar y catalogar las ediciones nuevas de la obra goethiana y los millanes de artículos que publicarán revistas y diarios, y los centenares de opúsculos y libros que vendrán a enriquecer la cuantiosísima bibliografía de obras biográficas y críticas de Goethe y sobre Goethe que ya posee Alemania. Y así, por la simple coincidencia de una fecha, se remozará y revivirá la gloria de este gran amador de alto ideales y de mujeres bellas...

Ha traído a mí el recuerdo de esta efemérides el hallazgo de un ejemplar de la versión francesa de las cartas que escribió a Goethe una de sus enamoradas, tan niña, tan espiritual: Betina Brentano. Y con ellas, las cartas en que Goethe, casi sexagenario ya, le respondía lleno de misericordia para su amor infantil, y las cartas de la madre de Goethe, en que el amor maternal llega a trocarse en una vanidad de tal majestad y grandeza, que sólo pudieran ostentarla semejante las diosas del Olimpo.

De este amor no dice nada González Serrano en sus ensayos críticos sobre Goethe; hay una versión castellana de una breve referencia escrita por Saint-Beuve sobre el texto mismo de este libro. Parece deducirse de aquel silencio y de esta divagación amena que el amor de Betina no tuvo influencia ninguna en la obra portentosa de Goethe. Sin embargo, es preciso considerar en Betina una figura representativa. A Goethe, desde que apareció *Werther*, le amaron todas las mujeres de Alemania. Cuando esta historia, acompañada de *Herman y Dorothea* y de *Fausto*, recorrió el mundo, y le amaron todas las mujeres del mundo.

El genio de Goethe posee esta asombrosa fuerza de sugestión y atracción. Su obra es su vida misma. Las mujeres de sus poemas, de sus novelas, de sus tragedias, fueron entre los brazos del poeta. Evas carnales, amadas, no en delirios literarios, sino humanamente. Y alrededor de estas figuras que alcanzan la categoría de protagonistas, hay centenares, millares de mujeres *wertherizadas*, que suspiran y sollozan leyendo sus obras, que le escriben cartas apasionadas, que se le ofrecen rendidas en Leipzig, en Estrasburgo, en Francfort, en Weimar, en Italia. Hace un siglo ya que los eruditos alemanes encuentran con frecuencia documentos nuevos para reconstituir la historia de estos amores y relacionarlos con la obra del poeta; documentos tanto más numerosos cuanto que todas las mujeres que amaron a Goethe, comenzando por su propia madre, sienten la necesidad de dejar escritas en epístolas o memorias la expresión de su alegría de su dicha, de su orgullo, de sus torturas.

El último amor de Goethe

Por Dionisio Pérez

Betina, que al cabo curó de su mal de amor y terminó sus días siendo la honesta esposa del poeta berlinés Archim de Arnim, no disimula cómo es el amor que siente por el poeta. Le ha adorado en un

tos enternecedores de la vida del ausente... "Un día — le cuenta la anciana — le encontré patinando sobre la helada corriente del Mein. Volaba como una flecha entre la muchedumbre de patinadores; el

Epitafio cordial para la que cantó su amor

No tuvo ella otro destino que el de cantar su dolor... Era... una llama quemándose al pie de una devoción. Palidecida de anhelos consumida de su ardor torturada como el hierro ¡al blanco de la pasión! Pobre alma! Para ella, un solo rostro y una sola voz tuvo en la Vida, esa angustia que algunos llaman Amor...

El... era como un gran cielo donde no se pone el sol; un destino innumerable de "así será!" y "¿por qué no?" Un arrebatado de hoguera bajo un viento de ambición Haz de posibilidades campo de triunfo y valor! El poseía dos veces el mundo con su visión; a ella, le bastó su imagen en los iris que adoró... El decía: "El Mundo es mío! Ella; por qué tú eres, soy.

(Qué incomprensible es la Vida Abrumar un corazón con el peso de un cariño que debió partir en dos!)

Ella no hubo más destino que el de cantar su dolor y esa fué la única... ¡gloria! que el dolor de amor le dió.

(¡Qué incomprensible es el Arte!)

Desagotar en la voz como clepsidra de sangre canto a canto un corazón...)

Nadie supo de aquel fuego que le incendiaba la voz caldeando dentro del pecho su palabra y su emoción, quemándole la garganta rompiéndole el corazón arrebatándole en ansias de aniquilarse en su ardor de hacer una sola vena del río de su pasión y romperla en un esfuerzo desesperado en la voz... ¡Derrumbarse desde el éxtasis hacia la consumación callar, callar, para siempre en el silencio de Dios!

(¡Qué cosa triste es el Arte! ¡Qué implacable religión,

la que exige un sacrificio de angustias, para dar flor!)

El mundo escuchó su música Pero al desolado son Nadie dijo: ¡pobrecita, Que fuerza te da el amor! ¡que en un cuerpo así, pequeño pueda caber tal pasión!...

Hilo de sangre era el canto Fuente roja el corazón.

En todos había un eco Menos en el que ella amó. El, en su destino múltiple de espada tendida al sol igual que sobre otra rosa pasó sobre la canción. Los vientos y el mar le daban su grandioso caracol Y así fué como el hilito de sangre aquél, se perdió...

¡Qué extraña y cruel es la angustia que algunos llaman amor! En todos cantaba un eco menos en el que ella amó. Para un oído de bronce brotó en vano su canción.

(Hoy él dá el alma a otras muchas;

Sigue en la Vida. Ella, no! Un día la fuente roja del corazón, se agotó. Cumplido estaba su sino y ella se murió de amor! (Morir no es más que rendirse entre los brazos de Dios y hallar ¡al fin! ese ritmo que dice a nuestra canción).

El... se detuvo un instante... Y... pasó... El viento izaba banderas, las rosas daban su olor, el violento azul del cielo languidecía en el sol, el egoísmo triunfante prolongaba su misión... (Por una voz que se pierde Prorrumpen mil y una voz) ¿Dónde está la suya, ahora? Es lo que me digo yo. ¡Qué un amor tan infinito tenga la desolación de un epílogo así, injusto: "Ella se murió de amor". "El... sigue ensayando en otras la ciencia que la mató."

Maria Alicia DOMINGUEZ.

prolongado ensueño de varios años; para sustentar su amor con algo más humano que prosas bellas y rimas melodiosas se ha acercado a la madre de Goethe, ha convivido con ella en una intimidad filial y le ha escuchado rela-

aire frío había enrojecido sus mejillas y desordenado los mechones de su cabellera. Conociendo mi coche, se acercó sonriendo y me pidió la capa de terciopelo carmesí en que yo iba envuelta. "Supongo — le dije — que no la desearás pa-

ra ponértela." Me repuso: "Sí; quiero envolverme en su color de fuego..." Quitóme mi ropón. Lo colocó gallardamente sobre sus hombros; recoge la cola en su brazo derecho y se desliza sobre el hielo, como un hijo de los dioses... ¡Ah, Betina, si lo hubieses visto!... No ha habido jamás nada tan bello... Nunca olvidaré aquella visión..."

Y Betina cierra los ojos y le ve también como un hijo de los dioses. Más tarde no basta ya a su anhelo esta convivencia con la madre anciana ni el leer las cartas que le escribe ni las respuestas que llegan; le escribe ella misma y le cuenta sus inquietudes, sus angustias, que en vano acierta a calmar Goethe con sus réplicas apacibles... Este Goethe no es ya el amante apasionado de Carlota y Federica, de la señora Klettenberg sentimental y de la señorita Schoenemann, a quien llama tiernamente Lili; ha caído en vulgar amancebamiento con Cristiana, la hija del librero Vulpius, y envía el hogar de Schiller, morigerado y ordenado "como manda Dios" y está a punto de contraer matrimonio...

Betina quiere verle; emprende el viaje en el pescante de un cochón de postas; pasa varias noches sin dormir ni desnudarse. Llega a casa de Goethe y logra ser recibida en su despacho. Ved la desenfadada ingenuidad de amadora con que refiere ella misma la escena:

"Estaba allí serio, solemne, y me miraba, contemplándome fijamente. Creo que tendí las manos hacia él; me sentía desfallecer. Goethe advirtió y me tendió los brazos para sostenerme. Me dijo: "¡Pobre niña!, ¿tenéis miedo de mí?" Esas fueron las primeras palabras que pronunció, y que penetraron en mi alma. Me condujo a su cuarto y me hizo sentar en un canapé en frente de él. Ninguno de los dos hablaba. Por fin, rompió el enojoso silencio: "Habréis leído en el diario — me dijo — que hace algunos días hemos experimentado una gran pérdida en la persona de la duquesa Amelia, que murió..." "¡Ah! — le respondí, — yo no leo el diario..." "¡De veras?... ¡Creí yo que os interesaba cuanto ocurre en Weimar!" Quedé suspensa un momento. Al cabo, apelando a todo mi valor, logré responder con firmeza. "No, nada me interesa fuera de vos..." Volvió a mirarme fijamente, sondeando mi alma... "Seis una niña amable", repuso. Larga pausa. Me sentía en aquel molesto canapé como desterrada. Trémula y temerosa, me veía demasiado lejos de él. Al fin, con un nuevo esfuerzo de valor, me puse de pie, exclamando: "No puedo estar más en este asiento." Goethe me dijo serenamente: "Pues bien: haced lo que queráis..." Entonces me arrojé a su cuello. Recogíome entre sus brazos, me senté sobre sus rodillas y me estreché contra su corazón."

Y Betina, rendida por el cansancio del largo viaje y las noches en vela, y anonadada por el esfuerzo que acaba de realizar, se duerme entre los brazos del amado con quien soñara tantos años. Goethe no inquieta su sueño. Patéticamente la deja dormir, colocándola en el canapé. Cuando despierta el diálogo se reanuda. Goethe cogió una hoja del parral que

trepaba hasta su ventana y le dijo: "Esta hoja y tus mejillas tienen la misma lozanía, el mismo vello suave..." Y luego hablan de poesía, de arte, de la madre que quedó en Francfort, de los lugares en que transcurrió la infancia de Goethe, de las ciudades que ha cruzado Betina hasta llegar a Weimar. Hablan también de Schiller, muerto dos años antes.

Al día siguiente Goethe devuelve la visita a Betina, en la casa amiga donde se hospeda. El poeta lleva unas violetas en la solapa, y Betina siente celos de que haya colocado aquellas flores la mano temblorosa de otra mujer enamorada. Goethe la consuela brevemente. "¿Quedarás contenta si te las entrego?"

Hasta una nueva entrevista transcurren dos meses, en los que Betina ha vivido su ensueño más intensamente que antes de conocer materialmente al hijo de los dioses. e encuentran en Wartburgo. Betina desfallece; las palabras tiemblan en sus labios y acaban por trocarse en sollozos. Goethe la acaricia. "Háblame con los ojos — le dice —; lo comprendo todo..." Pero los ojos se han nublado de lágrimas y Goethe los cubre con sus manos para no verlos llorar... También las palabras salen trémulas de los labios del poeta: "Calma, ten calma, niña morena... Calma necesitamos los dos..."

Pero el Goethe que asiste a estas entrevistas no es ya, ciertamente, el apuesto galán que, envuelto en un ropón de terciopelo rojo, se desliza sobre el hielo del Mein; es un Goethe que está en la linde de los sesenta años. Betina es una chiquilla aún; por sus venas corre ardiente sangre italiana; es poetisa, artista, soñadora; vive estremecida de emoción ante los sucesos más grandes que relata la Historia: la Revolución, el primer Consulado... Las cartas que Goethe le envía la mantienen en una peligrosa exaltación de amor... "Escríbeme presto — le dice el poeta —, para que tus deliciosas palabras me inspiren..." Se cree musa del genio. "Eres bello — le responde — grande y admirable. Como el sol disipa las tinieblas..." Y luego, algunas líneas más adelante, le pregunta trémula: "¿No soy yo la abeja que va volando y te lleva el néctar de cada flor?" Y cuando sabe que Napoleón ha visitado a Goethe y lo ha saludado con estas palabras: "Sois un hombre; todo un hombre", siente Betina el orgullo de haberlas presentado, de haberlas adivinado, de haberlas pronunciado antes ella misma.

Lo más curioso es que el relato de aquellas entrevistas lo escribió Betina para la madre de Goethe, y que estas cartas, donde el apasionado amor toma formas de misticismo y hace de Goethe un semidiós, se escriben con borradores que lee la madre de Goethe. Y aun hay como una influencia del más allá... La madre de Betina conoció a Goethe joven y también le amó. Acontece algo más significativo. Cuando la madre de Goethe muere, el amor de Betina comienza a aquietarse y desvanecerse, como si fuera un tránsito, una sugestión que se extingue.

Betina, exaltada, apasionada, se siente atraída por las gloria mili-

tares. Quisiera ir al Tirol a ayudar a sus hermanos sublevados, a salvar a Hofer, el héroe condenado a muerte. Luego he aquí otra admiración artística, que se convierte en pasión amorosa. Betina visita a Beethoven. El genio musical se siente conmovido ante aquella niña, como se sintiera conmovido el genio poético. Se sienta al piano y toca para ella sus últimas composiciones. Y también le escribe cartas conmovidas: "Cara, carísima Betina, ¿quién comprende el arte? ¿Con quién conversar como vos de esta divinidad?" Y más adelante: "... Hace largo

tiempo, queridísima niña, que tenemos iguales opiniones sobre todas las cosas..."

Y Beethoven pasa también. En el corazón de Betina, un poeta mediocre, un hombre sencillo, produce una emoción nueva. Es amigo íntimo de Goethe; es amigo de Beethoven; a ambos ha oído hablar de Betina. Cuando la conoció no tenía la encantadora niña ningún relato que hacer ruborizándose. Le tendió su mano y la llevó al altar. Y Betina, convertida en la señora de Archim de Arnim, conoció al fin la vida apacible y tranquila del hogar...

Breves minutos de charla con el nuevo presidente del Aero Club Argentino

El Aero Club Argentino es la institución más prestigiosa que defiende con ardor el problema aéreo de nuestro país.

Desde su fundación se concretaron un núcleo de distinguidos "sportmans" a levantar muy alto el ensueño de llegar a la mansión de Dios con la magestuosidad del cóndor...

Y ya tenemos nuestra página gloriosa, si bien es cierto, con recordaciones muy tristes de los primeros mártires que la firmaron con su propia sangre.

Pero, el idealismo pujante de nuestros aeronautas ha seguido en pos de la gloria, y hoy vemos al Aero Club Argentino como una representación magna de los hechos duraderos y prodigiosos de los progresos de la aviación en la República Argentina.

Desfilaron como presidentes: Jorge Newbery, Enrique Lavalle, Jorge Mitre, y hoy se le confía la presidencia a un verdadero cóndor, pues, Florencio Parravicini recibió su brevet de piloto en el año 1910, después de haber demostrado ante los ingenieros Jorge Duclout, Horacio Anasagasti y Jorge Newbery que se "alzaba del suelo batiendo con rapidez sus alas"...

Y en toda su actuación como caballero y como artista no ha dejado de agitar sus alas cual el rey de las montañas para caer sobre el sitio preciso de su designio.

Es un triunfo más para el prestigioso "sportman". Y es un triunfo más para el Aero Club Argentino, pues la capacidad y entusiasmo de su flamante presidente logrará imprimir la dirección de progreso deseada.

Florencio Parravicini es el hombre de cerebro y de corazón que como palanca de fuerza idealista sabrá intensificar las aptitudes flotantes del buque aéreo, con la energía y la serenidad que representa su acción en todos los aspectos del desarrollo de la aviación argentina...

—Parra, ¿usted tiene el brevet N.º 1 de piloto?

—No; mi brevet lleva el número de orden 2, pues, el primero corresponde al aviador francés Emilio Obroun.

—¿Por lo tanto el primer argentino que se recibió de piloto fué Vd.?

—Así es.

—¿Y ha realizado algunos vuelos?

—Sí, he hecho vuelos al Rosario, Montevideo. He disputado una carrera aérea contra un auto...

—¿Y ascensiones en globo libre?

—Con el malogrado e involuadable amigo Jorge Newbery y de la Ricstra, he realizado frecuentes vuelos en globo libre. Además, he patrocinado infinidad de raids y mi camarín de actor fué y será siempre el punto de reunión de los aviadores, tanto civiles como militares...

—¿Cuántos recuerdos cobijará su camarín?

—¿Cuántas conspiraciones, bromas, raids y grandes proyectos de aviación argentina! — nos contesta con un dejo de profunda emoción.

—¿Muchos planes para su futura actuación de presidente del Aero Club Argentino?

—Anhelos vehementes de prosperidad para la primera institución que defiende los grandes ideales que engendra el problema aéreo.

—¿Ya inició sus tareas?

—Sí; en seguida que fui electo. Estoy gestionando ante el Ministerio de Relaciones Exteriores algo de gran interés para el Aero Club Argentino con motivo de una invitación recibida para concurrir al Congreso Aeronáutico a efectuarse en Estados Unidos.

—Muy bien. Nuestras afirmaciones al iniciar estas líneas son confirmadas por sus palabras, Parra. Es usted el hombre ideal para dirigir con acierto nuestra primera institución de aviación argentina.

—Mire, — nos contesta el popular bufo, — por las intenciones que albergo, no está equivocada la afirmación...

Y al despedirnos de Florencio Parravicini, llevamos la convicción que en cualquier sitio que se coloque ha de llevar el optimismo grandioso que tiene en el alma generosa de hidalgo caballero, de artista magnífico...

Adela GARCIA SALABERRY

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

Corrientes 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

Notas científicas

En Londres se están haciendo pruebas secretas con un acumulador eléctrico que se dice tiene fuerza suficiente para hacer marchar un tren expreso en una gran distancia, sobre rieles comunes. El acumulador es igual al que usan los automóviles.

Se asegura que están a punto de producirse novedades en la importante cuestión del tratamiento del cáncer, debido a ciertas investigaciones practicadas por el doctor J. Johnston, profesor de oceanografía en la Universidad de Liverpool, sobre una especie de caracillos marinos (escaramujos), cuyas condiciones biológicas permitirían, según dicho profesor, un interesante estudio del cáncer.

Se ha inventado en Nueva York un aparato con cuyo empleo se produce la sequía de la atmósfera.

Se trata de un aeroplano de construcción especial que se eleva por encima de las nubes, llevando una cierta cantidad de arena electrificada. Apretando un pedal se deja caer esta arena que tamiza la nube y la seca. Por este procedimiento la lluvia inminente puede ser retardada.

Se anuncia de Londres un invento de extraordinaria importancia para el desarrollo de la aviación sin peligros.

Se trata de una nueva forma de planos que evitan el peligro de las alas actuales.

Ya se ensayó el modelo con éxito sorprendente. Este dispositivo podrá aplicarse a todo aeroplano.

Quieto, sin respirar apenas, Squib Baxter permanecía tendido en el espeso matorral con el oído alerta para tratar de descifrar lo que decían las voces cuyo eco llegaba apenas a sus oídos.

Los tres hombres que hablaban eran terribles criminales, estaban armados hasta los dientes y habían entablado una lucha a muerte con todo lo que significase una representación de la ley.

Squib, se fué deslizando cuidadosamente hasta colocarse más cerca del grupo que formaban y poder oír así lo que decían.

—Lo primero que hay que hacer es apoderarse de ese Lawson.

Era Bull Murch el que hablaba. Bull que constituía el cerebro de la pequeña banda.

—Únicamente sacando de en medio a ese infernal detective podremos tener seguridad. Tiene en su poder pruebas suficientes para hacernos colgar a los tres.

—Pero, ¿cómo vamos a hacer para conseguirlo, Bull? — preguntó Snider, el hombre de los dedos de acero, que podía abrir la caja de cerradura más complicada, en pocos minutos.

—No es necesario recurrir ni a la automática ni al cuchillo — respondió Bull. — Le podemos enviar una bomba en un paquete, o envenenarle los alimentos, como si fuera un gato... pero es muy astuto y temo que fracase nuestro proyecto. Por eso considero lo mejor, tratar de enviarle un telegrama, firmado por su ayudante, citándolo a determinada hora en su propia oficina y al entrar, tú, Dago, que te habrás escondido, caes sobre él... y lo dejas allí encerrado. Pero tienes que operar rápido y sobre seguro. Recuerda que te va en ello el cuello.

Lawson estaba hasta ayer en El León Rojo, la posada que está cerca de aquí, pero salió no sé en qué dirección para hacer algo importante. Un telegrama de Baxter a su oficina lo hará caer en la trampa.

—Comprendo. Pero si Squib Baxter lo nota le pondrá sobre aviso y la tentativa resultará nula.

—Lo sé. Ese joven es también mi pesadilla y sé que anda por aquí vigilándonos. Pero trataremos antes de encontrarlo y ponerlo en sitio seguro. Una vez muerto su amo lo matamos a él. Vamos a buscarlo y lo encerraremos, luego enviamos el telegrama.

Squib sintió un escalofrío cuando se dió cuenta del descubrimiento que había hecho y su situación se tornó más comprometida, precisamente en el momento en que los tres hombres se levantaban del tronco del árbol en que habían estado sentados y se disponían a marchar.

Algo empezó a moverse junto a Squib y pronto éste se convenció de que su perro lo había rastreado desde la posada y manifestaba con ademanes de alegría el encuentro. Si por casualidad llegaba a ladrar estaba perdido, pues los que habían resuelto buscarlo para secuestrarlo, lo encontrarían en seguida. El muchacho trató de moverse para sujetar la cabeza del animal...

El aviso oportuno

Impresionante historia del detective Dreck Lawson y su ayudante Squib

pero el movimiento fué tardío. Asustado por el gesto, no acostumbrado de su amo, el perro ladró.

—Anda alguien por ahí — rugió uno de los bandidos. — Nos espían.

Alarmado Squib, comprendiendo que estaba perdido, trató de huir, pero no tardó en ser apresado.

—¡El muchacho! Ha oído toda nuestra conversación, — dijo Bull. — Esto es lo que se llama tener suerte compañeros. Ya tenemos lo que buscábamos. Llevarlo. Tú Dago, toma el primer tren que vaya a la ciudad. Tú Snider pon el telegrama a Lawson diciéndole que

por una pequeña ventana, de menos de un pie cuadrado y además con barrotes de hierro. La fuga por allí era de todo punto imposible.

De pronto notó que algo se movía cerca de esa ventana, y no tardó en convencerse que se trataba del perro quien, como si estuviera arrepietido de ser la causa de la prisión de su amo, escarbaba ahora la tierra furiosamente, junto a los barrotes de la ventana.

—¡Tacks! — murmuró Squib. Me había olvidado de él. Trata de encontrarme. ¡Aquí, Tacks, aquí!... ¡No hagas ruido!

Al oír la voz de su amo el perro cesó de escarbar, pero se acostó

POEMAS DE LA TIERRA

El surco

Surca la humilde tierra, hermano...
Abre una herida en su cadera
grávida y pura, con tu mano.

Dale una arteria palpitante
Que no reciba en sus adentros
Zumo de vida agonizante.

Arteria roja, arteria loca
Que lleve aquella savia fuerte
Que pone vida donde toca.

Clávele un hierro en la abultada
Pulpa negruzca de su vientre.
Deja la brecha preparada...

Luego vendrá el de la simiente.
La arrojará con su nervudo
Y hercúleo brazo de valiente.

Surca la humilde tierra, hermano.
Abre la herida generosa
Pero haz el surco con tu mano.

Delia ROMERO LLANOS.

vaya inmediatamente a su oficina... En cuanto al muchacho, déjalo a mí, que yo sé lo que debo hacer con él para que no hable.

La terrible banda se diseminó y Squib supuso que había llegado su última hora, y que además no podría prevenir a su amo.

Bull Murch, no se dignó dirigirla la palabra a su prisionero mientras lo conducía a la choza donde se refugiaban en el centro del bosque. Al llegar a su destino, abrió una trampa que había en el suelo y dejó caer por ella a su joven detenido.

Squib cayó pesadamente y oyó el ruido de los cerrojos de la puerta que se corrían tras él. Durante algún tiempo permaneció en la misma posición en que había caído, pero luego cuando volvió a él la serenidad comenzó a reconocer el lugar en que se hallaba.

Una corriente de aire fresco de la noche llegaba hasta él y al pronto aquello le dió alguna esperanza. Pero con no poca decepción descubrió que el aire penetraba

junto a la ventana. Entonces el muchacho concibió la idea que había de salvarlos acaso. Era una pequeña probabilidad, pero no podía por menos de intentarla.

En una hoja de papel Squib escribió estas palabras:

“¡Cuidado! El telegrama es falso. No vaya a la oficina. Squib”.

Eso era todo pero sabía que si Lawson recibía el papel comprendería todo en seguida. Suleto el papel en el collar del perro y lo envió a casa.

Tacks, no quería apartarse de su amo. Pero la imperativa voz de éste, lo hizo obedecer instantáneamente y desapareció entre las sombras de la noche sin que Bull se diese cuenta de su presencia.

Transcurrieron las horas sin ninguna novedad mientras Squib permanecía pensando en el resultado de su estratagema. Dreck Lawson había ajustado las últimas lazos que debían anular definitivamente a los bandidos y regresó a la posada del León Rojo fatigado por su larga tarea pensaba comer algo y descansar un par de horas

antes de intentar llevar a cabo las detenciones. Pero sus planes fracasaron.

Cuando llegó, el pequeño foxterrier salió a su encuentro dando saltos de alegría. Lawson lo acarició e inmediatamente sus ojos distinguieron el papel que llevaba en el collar. Al pronto no se explicaba lo que aquello significaba.

Pero una hora más tarde recibió el telegrama y la explicación se produjo instantáneamente. Dreck Lawson tomó su resolución y como hombre prevenido vale por dos, preparó su plan. Bull Murch, calculando que ya era hora de que el detective recibiese su telegrama se puso en un lugar apropiado y lo vio partir en su poderoso automóvil en dirección a Londres, y pensó en la sorpresa que lo aguardaba al entrar en su oficina.

El detective llegó a su casa a la hora habitual y subió las escaleras, mas no penetró descuidadamente como acostumbraba a hacerlo, sino que abrió de golpe la puerta y retrocedió. En el mismo momento vió un brazo armado de un cuchillo pero sacando su revólver se hizo dueño de la situación y luego de una corta lucha el canalla de Dago tenía colocadas las espaldas. El número 1 de la banda había sido arrestado.

Quedaban Bull Murch, y Snider, y el detective, vistiendo las ropas del bandido que había apresado, después de entregarlo a la policía, marchó al pueblo donde los dos cómplices esperaban para saber el resultado del plan.

Batió del tren disfrazado de Dago y notó que los dos bandidos trataban de seguirlo. En un momento que creían que no eran observados Bull se acercó.

—¿Y bien Dago? ¿Cómo han ido las cosas?

—No muy bien, — respondió Lawson sacando de sus bolsillos dos pistolas con las cuales apuntó a los dos hombres. De la estación llegaron corriendo una docena de pacíficos viajeros, que no eran otra cosa que agentes de Scotland Yard disfrazados y pronto aseguraron a los dos bandidos.

—Ya ha caído toda la banda, señor inspector — dijo Lawson. — Pero ahora me falta saber dónde está Squib.

—No pueda imaginarse adonde lo habrán llevado estos bandidos? — dijo el inspector.

—No, pero Tacks nos lo va a decir... ¡Vamos Tacks, busca a Squib!... Pronto!...

El inteligente perro levantó la cabeza, movió la cola y echó a andar.

Media hora después la cueva donde se encontraba prisionero Squib era descubierta.

—¡Gracias a Dios, que han venido a sacarme de aquí! Me ahogaba y me devoraba la impaciencia. ¿Recibió mi mensaje?

—Sí — dijo Lawson. — Gracias a tí y a Tacks, supe lo que tramaban a tiempo y pude librarme de una muerte segura. Ahora vamos a la posada a comer y a descansar pues la banda no nos molestará por mucho tiempo.

Se ha levantado el telón y comienza un nuevo acto en el gran drama de la ciencia. Los rayos X desempeñan importantísimo papel en el teatro del laboratorio químico.

Señalan grietas ocultas en el acero y otros metales salvando así vidas humanas y penetran en los más recónditos rincones de la materia, poniendo a la vista la estructura anatómica del Universo.

El microscopio resulta un aparato infantil comparado con el espectómetro de los rayos X y con éste nos damos cuenta de lo invisible y de lo infinitesimalmente pequeño. Los átomos y las estrellas se unen entre sí formando una unidad cósmica.

Cuando Rontgen descubrió los rayos X no se imaginó todo el cambio científico que iban a traer, ni la nueva Química que de ellos iba a nacer. Si se dió cuenta de su importancia para la industria y supo que unos rayos que atravesaban los cuerpos opacos como si fuesen transparentes habían de ser poderosa ayuda para la medicina y la cirugía y que si con ellos se podían ver los huesos de la mano, también podrían verse los defectos de varios productos industriales.

La medicina pronto se aprovechó de los nuevos rayos.

Para atravesar cuerpos sólidos hace falta un alto voltaje. En los días de Rontgen 15.000 voltios era una gran cosa; hoy es fácil aplicar 300.000.

Como los rayos X pueden atravesar planchas de acero de 1 centímetros de espesor, se comprenderá su utilidad en la industria. En el proceso de la destilación de la gasolina, en el de mezclar nitrógeno e hidrógeno para producir amoníaco, en la fabricación de cañones, en la generación de vapor de altas presiones, es necesario saber si el acero las resistirá. Por su aspecto exterior parece el metal en excelentes condiciones, pero, ¿qué desgracias no pueden ocurrir si en su interior hay una falta, una grieta, un pelo?

Los rayos X se encargan de señalar el más pequeño defecto, evitando así múltiples desgracias. Las cavidades de gas, las motas de arena, las diferentes irregularidades y defectos del metal las descubren los rayos X.

Esta luz que atraviesa 10 centímetros de acero no puede manejarse sin tener en cuenta su efecto destructivo en los tejidos vivos. Muchos radiólogos han sido víctimas de los potentes rayos X.

Para protegerse contra sus efectos emplean el plomo, mejor dicho el cristal de plomo. Este metal, impenetrable a los rayos X, es la coraza que protege a los que los manipulan.

Durante la gran guerra se emplearon para examinar el interior de la madera con que se construían los aeroplanos. Gracias a ellos se sabía si existían nudos internos o núcleos de resina si estaban las maderas bien empaladas o no o si había habido algún descuido en la mano de obra. En tres segundos se examinaban los carburadores, los tubos de alimentación y todo el mecanismo de un avión, y con ellos se examinan hoy día las cubiertas de caucho de los automóviles. En las soldaduras, los rayos X nos señalan las burbujas y los

huecos, los cuales aparecen como manchas blancas. Los mejores carbones son los que dejan menos ceniza; son los que producen más calor. Para comparar dos clases de carbón hay que quemarlos y medir el porcentaje de ceniza. Con los rayos X se evita la prueba de muestras: ellos nos dicen la cantidad de ceniza que ha de dejar cada carbón.

"sólido".

Miramos a las estrellas. ¡Qué lejos están de nosotros! ¡Qué lejos unas de otras! Las distancias estelares se miden por años de luz. Así es el espacio con sus inmensas distancias. Pues bien; el pedazo de hierro que tenemos en la mano, es lo mismo; enormes espacios separan sus átomos unos de otros. Si lo ampliamos a la dimensión del

EL LOTO

Para FRAY MOCHO

Despejadas las brumas, llego a tí vibrando de dicha ante tu grandeza.

¡Oh!... ¡Cuán mísero mi polvo sobre el átomo del mundo!...

Veo tu cara milagrosa como un astro y en ella el intenso gozar. Me acercaré a tí con esta humilde ofrenda y el perfume del loto, cuál una suave mirra, ascenderá hasta tí con su caricia.

Mira, es la joya misteriosa de mi espíritu. Soy muy pobre, ya ves, nada más puedo darte, nada más que esta pequeña flor de maravilla germinada de aquel dolor...

MISTICA

Alma: Purificada en la doliente noche del martirio, evoca la dulzura del ideal profundo como la muerte y la de los espíritus celestes que vendrán en tu busca tras tu último sueño...

AVE BLANCA

Desde su cristalina torrecilla, mi alma se asoma sobre el abismo azul. Despierta de sus sueños, vuela como un pájaro de luz en el vacío sideral.

He ahí, el ave blanca de ilusión, gozando el suave amor; llama de vida animadora que, sedante, la envuelve en su caricia cual la brisa celeste.

Maria Angélica MENDEZ CALDEIRA.

Estas aplicaciones de los rayos, son valiosísimos para el ingeniero y el industrial, pero la ciencia exige más. Esta pregunta:

¿Por qué el azúcar es blanco y opaco y el cuarzo es transparente? ¿Por qué el cobre es buen conductor de la electricidad y el caucho es malo? ¿Por qué hay 92 clases de cuerpos y por qué son todos diferentes?

En estos últimos veinticinco años muchas de estas preguntas han sido contestadas con ayuda de los rayos X que han permitido poner al descubierto los cimientos del universo. Los átomos han dejado de ser las pequeñísimas e hipotéticas unidades de la materia. Han resultado ser cosas reales: son los ladrillos de la arquitectura de la materia, los componentes de una nueva química.

Cojamos un pedazo de hierro. Parece substancial, pesado, continuo, compacto, lo que llamamos

sistema solar sus átomos aparecen separados por millones de kilómetros.

Millones de cometas surcan el espacio sin chocar con otros astros. Un cometa más pequeño que el átomo podría recorrer el interior del pedazo de hierro durante siglos sin tropezar con ningún átomo del metal.

Hace falta un millón de millones de átomos para formar la cabeza de un alfiler y, sin embargo, los rayos X nos indican la posición de cada uno de ellos.

Antes, para estudiar los cristales, se hacía con el microscopio, midiendo los ángulos para deducir la disposición interna de los átomos. Hoy las agrupaciones de éstos se conocen exactamente.

Las simetrías de las cristalizaciones han llamado siempre la atención de la ciencia. Como un edificio, el cristal se forma de acuerdo con un plan que se repi-

te en todos los pisos uno encima del otro.

Los cristales de la misma materia son siempre idénticos en lo que se refiere a los ángulos formados por los planos o facetas. Un diamante, un pedazo de sal, se diferencia de otros por el tamaño, pero nunca en los ángulos de su cristalización.

Si sabemos cómo están dispuestos los ladrillos que forman el edificio, es decir, los átomos de la cristalización, tenemos mucho adelantado para conocer su materia. El microscopio tiene poca potencia para decirnoslo y la luz corriente es muy pobre para ayudarnos. Es necesario emplear una luz más potente.

Uno de los grandes triunfos de la ciencia moderna ha sido descubrir que los rayos X pueden penetrar profundamente en el corazón de las cristalizaciones.

La ciencia se ha venido preguntando desde el descubrimiento de Rontgen: ¿Qué es eso? ¿Ondas de luz? ¿Vibraciones? ¿Es otra cosa?

Que los rayos X sean invisibles no es argumento para probar que no sean luz. Los rayos ultravioletas son luz y no los podemos ver y el que los rayos X impresionen las placas fotográficas tampoco prueba que sean luz. Diferentemente a ésta no pueden ser refractados.

Lo que ocurre con la luz y con el sonido, ocurre con los rayos X. Percibimos ciertos colores y ciertas notas, pero hay colores y notas que a causa de la longitud de sus ondas, ya por demasiado largas o por demasiado cortas, nuestro oído ni nuestra retina pueden percibirlos.

Los rayos X son ondas de luz pero tan cortas y de tanta frecuencia que no podemos verlas.

Tampoco pueden ser reflejados porque es imposible construir un espejo lo suficientemente pulido.

Las superficies más lisas que la industria puede fabricar, resultan para los citados rayos tan ásperas como el papel de lija.

Los átomos que son más finos que los rayos X pueden servir de reflectores.

El profesor Lane propuso que se enviase un rayo X sobre un cristal. Se llevó a cabo el experimento y de acuerdo con lo previsto por el sabio profesor, los rayos X sufrieron una desviación, con lo que se probó que eran ondas luminosas.

Tal experimento valió el premio Nobel al profesor suizo.

La desviación de los rayos X indican la posición de los átomos y conociendo aquella podemos descubrir cómo está construido el universo en sus detalles ultramicroscópicos.

El aparato que sirve para este fin es el espectómetro de Bragg con el cual se ha rasgado el velo que cubría el misterio del plan o planta del edificio formado por el átomo.

Los Bragg, padre e hijo, sabían que jamás llegarían a ver un átomo, pero no ignoraban que éste desviaba los rayos X, conocer el punto de desviación y deducir la posición del átomo. El método no es difícil de comprender.

Imaginémonos una serie de estacas clavadas a la orilla del mar, sobre las que golpean las olas. Los pilotes no producen efectos en las

grandes olas, que para nuestro ejemplo con el equivalente de las ondas de luz corriente; pero si en lugar de grandes olas son simples rizados, ligeras ondas, en seguida notaremos el efecto. Al chocar con las estacas se romperían y esto es la desviación de los rayos de que hablamos. Si las estacas no se ven por estar bajo el nivel del agua, es decir, si son invisibles como los átomos de un cristal, nos será posible indicar el lugar en donde se encuentran los pilotes con sólo observar cómo se rompen y dividen las pequeñas olas.

Una cosa análoga sucede con los átomos. La fotografía nos indica por las líneas de refracción y desviación el lugar de los átomos en un cristal y los espacios entre ellos.

Si el brillante que adorna una sortija se aumentase al tamaño que tiene la tierra, cada uno de los átomos de carbono que lo forman aparecería del tamaño de una naranja ordinaria. Pues a pesar de tal pequeñez, los Bragg lograron medir la distancia que separa un átomo de otro en un cristal con error de menos de una milésima.

Observando las líneas de átomos y la posición de unos con respecto a otros se conocen las propiedades particulares de cada cristalización.

¿Cómo es el interior de un cristal?

Olvidémosnos de su solidez y figurémosnos una serie de puntos distribuidos en el espacio y divididos en series de celdas de seis lados

similares y paralelas. Este es el cristal. Lo que hemos llamado lados o planos no existen y a esos lados figurados los llamamos "espacio enrejado".

Las cristalizaciones se diferencian unas de otras por sus espacios enrejados que son los diferentes estilos arquitectónicos de la Naturaleza. Gráficamente los átomos se representan por bolitas y el enrejado por líneas.

Al ver los químicos las calles y celdas formadas por los átomos se dieron cuenta de por qué los cristales se diferencian unos de otros en sus propiedades; por qué el caucho se estira y la piedra no; por qué el hierro es dúctil y el arsénico quebradizo.

El diamante es carbono puro. Sus átomos forman grupos de a cuatro que parecen apoyarse en las esquinas de una pirámide de cuatro lados o tetrahedros. Es la disposición ideal para hacer un cuerpo duro y compacto, pero el grafito es también carbono. ¿Por qué entonces, el diamante es duro y transparente y el grafito negro y craso?

Es que los átomos de esta última sustancia están colocados en columnas hexagonales que se separan con gran facilidad partiéndose en hojas o láminas que resbalan una sobre otra. Esta suavidad, esta cualidad de resbalar, hace que el grafito sea también lubricante. En cuanto a la diferencia en el color y brillo, se aplica por la estructura interna del átomo en sí mismo.

ALGARROBO, ALGARROBITO...

Algarrobo, algarrobito,
vainita linda nos dáis
y en éia pan y alegría:
la alojita y el patáy.

Y los postes bien duritos
de tus troncos, pal corral,
y las brasas de tu leña
para el horno calentar.

Algarrobo, algarrobito,
la alojita que nos dáis
si dí un ramal nos refresca,
de cinco nos tumbará.

Algarrobo, algarrobito,
el pan nuestro es el patáy
¡no dejéis de dar vainitas!
¡én donde ótro pan haiar!

Entre las piedras al trigo
¡cómo lo'imos de sembrar!
¡y no nos dará la alojita!
¡y no nos dará el patay!

Algarrobo, algarrobito
que alegría y pan nos dáis
¡bien háiga tu estirpe guapa
que arraiga en el pedregal!

Isabel CASCALLARES GUTIERREZ

LA DESESPERADA

—¿Enfermedad incurable?
—No.
—¿Entonces, qué le ocurre a usted?

—Caballero, soy cantante. No lo digo por alabarme, pero tengo la voz más bonita de Londres. Doy las notas más altas con la misma

La mujer se balanceaba en el espacio, movida por el viento. Se había ahorcado colgándose de una fuerte rama del árbol más robusto de Hyde Park. La cuerda le oprimía poco el cuello, y la mujer, aunque sentía una gran pesadez de cabeza, no había logrado su propósito de morir.

Un caballero que paseaba tranquilamente, fumando un cigarro, por aquellos lugares vió a aquella mujer que, con una mueca burlesca, le sacaba la lengua.

No se ofendió por ello. Tenía un corazón de oro, y lo que hizo fué sacar rápidamente una navaja y cortar la cuerda.

La mujer cayó en sus brazos. El caballero aguardó a que aquella desesperada pudiese respirar. Al cabo de un rato ella le dijo:

—¿Qué mal ha hecho usted, caballero!

—¿Por qué?

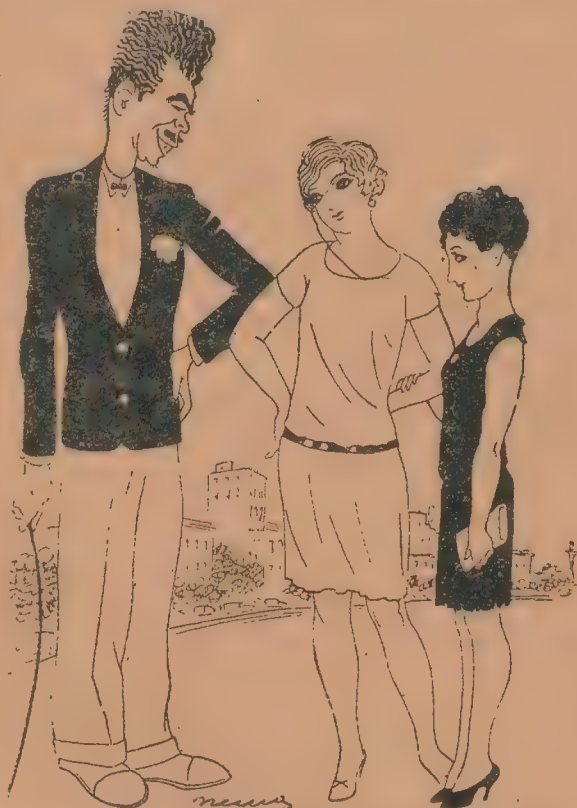
—Porque tengo razones poderosas para quitarme la vida, y al salvármela, lejos de hacerme un favor, me causa un gran perjuicio. Comprenderá usted que cuando una persona se suicida es porque tiene motivos graves para dejar este mundo.

—Permítame, señora — respondió el caballero —, que le diga que lo que ha hecho usted es excesivo. No hay que tomar a la ligera decisiones tan definitivas. Es usted joven, y a sus años todo tiene arreglo. Algún contratiempo amoroso, ¿verdad?

—No, señor

—¿Pérdida de dinero?

—Tampoco.



—¡Caramba, Doroteo, te has dejado el bigote!
—Sí. ¿En qué lo has notado?

facilidad que usted subiría en ascensor a la Torre Eiffel. Pues a pesar del tesoro que tengo en la garganta no encuentro quien me contrate. Soy víctima de la fatalidad. Nada más espantoso que tener un gran talento y no poder mostrarlo en público. Por eso quiero abandonar este valle de lágrimas.

Al acabar este triste relato el caballero sonrió:

—Tranquílcese, señora — dijo. La Providencia me envía para salvarla. Soy, precisamente, director de una compañía de ópera, y busco una tiple. ¿Ve usted cómo todo tiene arreglo? Cante usted algo y está usted contratada.

—¿Caballero! — balbuceó la mujer —. ¡Estoy tan emocionada! Pero no importa; voy a cantar el aria de Marta. Verá usted la pureza de emisión, la calidad de mis agudos, mi registro medio, excelente...

Y cantó durante largo rato.

Cuando terminó hubo un largo silencio.

—¿Qué le ha parecido a usted? — preguntó la tiple.

El caballero no respondió. Cogió los dos trozos de cuerda. Los ató haciendo uno de esos nudos marinos, que resisten a los esfuerzos más violentos, y puso la cuerda en manos de la mujer...

—¡Adios! — dijo.

Y se alejó rápidamente, sin volverse.

René PUJOL

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Pintura luminosa. — Se toman 100 gramos de carbonato de estroncio, otros 100 de azufre, medio gramo de cloruro de potasio, igual cantidad de cloruro de sodio y 0.4 gramos de cloruro de manganeso.

Todo ello mezclado, se tiene durante una hora expuesto a una temperatura de 1.300° centígrados próximamente, y así se obtiene una pintura de fosforescencia violeta.

Jabón de espleigo. — Se reúnen todos los residuos de jabón que se encuentren por la casa, se echan bien desmenuzados en una cacerola con una cantidad de leche suficiente para que no se peguen, y se ponen a la lumbre, meneándolos de vez en cuando. Una vez que esté bien mezclado todo, se retira del fuego, se echan unas gotas de esencia de espleigo y se deja enfriar. Luego, con las manos se da a la pasta forma de bolas y se ponen en sitio seco.

El tectorium es un sustituto del cristal que se prepara aplicando un barniz a una red metálica de malla fina. El barniz consistió principalmente en aceite de linaza de buena calidad, en el cual se sumerge hasta doce veces, verticalmente, la red metálica. Después de cada zambullida la capa de aceite se seca con aire caliente. De este modo se obtiene un material extraordinariamente flexible, fuerte, impermeable y muy a propósito para invernaderos, claraboyas, etc.

Se obtiene un cemento muy útil llenando un frasco de pedazos de cola de pescado y rellenándole con toda la ginebra que pueda contener. Cuando la cola se disuelve, se forma una especie de gelatina dura que es necesario exponer al calor para que se liquide, al tiempo de usarla.

Las aguas coloreadas que se emplean principalmente para los clásicos frascos de los escaparates de las farmacias, se preparan del modo siguiente: para el verde se disuelven en 4 1/2 litros de agua 300 gramos de sulfato de cobre y 450 de ácido clorhídrico y para el azul se toman 480 gramos del mismo sulfato y 60 de ácido sulfúrico. El amarillo se obtiene con 30 gramos de bicromato de potasa y 22.5 de bicarbonato de sosa. El rojo se prepara con 60 gramos de cloruro férrico líquido oficial, 120 de una solución concentrada de acetato de amonio y 30 gramos de ácido acético. Las cantidades expresadas son para cuatro litros y medio de agua. Con sólo añadir al líquido 10 por 100 de alcohol no se hiela.

El silicato de sosa a 20° B. sirve para pegar etiquetas de papel a los frascos y botellas. La adherencia es perfecta, y la etiqueta resiste a la acción del agua. El silicato de sosa se emplea ya en los laboratorios para pegar el cristal en la construcción de ciertos aparatos.

Mastic para los entarimados. — Se funden juntamente.

Cera amarilla 35 gramos.
Resina finamente pulverizada, 20 gramos.

Sebo, 5 gramos.
y una vez fundida la mezcla se añaden 40 gramos de blanco de España pulverizado.

Se aplica vertiéndolo en caliente sobre las ranuras de la madera, y se deja secar durante unas horas, igualando la superficie con unos polvos de color, como ocre, amarillo, rojo, u otro cualquiera.

Limpieza de los cañones de armas de fuego. — Empátese bien un trapo viejo en cloruro de amonio, y métase después en aceite común. Con este trapo se frota el cañón, y luego se deja en contacto con él durante cuarenta y ocho horas. Con un cepillito de alambre de acero se quita el moho que se haya formado, y se termina la operación frotando con aceite de linaza cocido.

Cuando caiga tinta sobre un mantel o sobre cualquier tela blanca,

lo primero que debe hacerse es poner un papel secante debajo de la mancha y otro encima, oprimiendo ambos para que empapen la tinta.

Luego se mete la parte manchada en leche templada, y transcurrido un rato se lava con agua y jabón y pone a secar al sol para que se blanquee.

Para que la pintura aplicada al hierro no se descarrile por la acción de la intemperie dejando la superficie metálica expuesta a criar orín, dice un periódico científico que lo mejor es empezar por lavar el metal, y acto seguido darle una mano de aceite de linaza hirviendo.

Cuando se trate de objeto pequeños, no hay más que calentarlos y zambullirlos en el aceite, el cual penetra por los poros del metal, quita la humedad y permite que la pintura se adhiera admirablemente.

Resina para soldar. — Recomendándose particularmente, para la soldadura del estaño brillante, una mixtura de 675 gramos de aceite común, otros tantos de sebo y 360 gramos de resina pulverizada. Se pone a hervir la mixtura, se deja enfriar en seguida y se añaden 700 gramos de agua saturada de sal de amoníaco pulverizado.

Para limpiar el calzado de charol se empieza por quitarle el polvo con una esponja húmeda, después se seca con un paño, se le da un poco de vaselina y se le saca lustre frotándolo con un pañuelo de seda.

Las gamuzas que se emplean para la limpieza se lavan fácilmente del siguiente modo: en primer lugar se meten y estrujan bien en agua de jabón que contenga un poco de amoníaco, repitiendo la operación si están muy sucias. Luego se lavan en otra agua jabonosa sin amoníaco, para que se pongan suaves y flexibles, y por último se aclaran con agua sola y se ponen a secar. Una vez secas, se estiran con una plancha fría.

Para conservar el estiércol mucho tiempo es preciso detener su fermentación, y esto se consigue regándolo con agua acidulada con ácido sulfúrico (10 gramos por litro).

Quince días antes de utilizar el estiércol conservado, hay que restablecer la fermentación regándolo con una solución de carbonato de potasa que neutraliza la acción del ácido sulfúrico; luego se mezcla con unas cuantas carretillas de estiércol caliente, y no tarda en fermentar y recobrar sus cualidades primitivas para el abono de las tierras.

El márfil se blanquea bañándolo por espacio de dos horas en una solución saturada de alumbre. Se frota luego con un paño de lana y se envuelve en un lienzo hasta que esté seco.

CHINOLOGIAS

Las excelencias, virtudes y maravillas de la China y de los chinos han sido contadas y descontadas desde los tiempos más remotos.

A todos estos apologetas, asistió razón cabal. Vaya algunos ejemplos, capuces de sorprender a las almas más recatadas y menos susceptibles de entusiasmo.

Ya en el siglo IX de nuestra Era los chinos practicaron el socialismo tal y como lo practicaron Jaurés y Julio Guesde en Francia, el primero a costa de su vida. El ensayo fracasó a los pocos años de implantado, lo mismo que los procedimientos de Marx, Lassalle y sus secuaces de Europa.

El ejército chino, a quien maltrataron injustamente algunos publicistas superficiales, durante la guerra ruso-japonesa, es objeto de los mayores desvelos por parte del mandarinato militar. Cada grupo de ocho o diez hombres está provisto de un enorme estandarte multicolor, como medio eficazísimo de enardecer el furor bélico de los combatientes. Cada soldado chino dispone de un magnífico paraguas, y en verano de un buen abanico, para remediar los ardores del ambiente tórrido que los envuelve. El soldado chino teme la lluvia más que la metralla.

En la batalla de Pínyang los chinos abrieron sus magníficos paraguas, se acomodaron la empuñadura al cuello y se preservaron del agua que caía. En cambio, ofrecieron un magnífico blanco a los japoneses. Nadie puede dudar, sin embargo, de que consiguieron su designio, el cual, sin duda, no era salir vencedores, sino preservarse de la lluvia.

A los cirujanos que realizan en China operaciones funestas se les considera como homicidas, aplicándose la ley con todo rigor. Solamente se le consiente operar cuando están seguros del buen resultado final de su obra. Si los occidentales imitáramos a los chinos en este respecto, la medicina operatoria

desaparecería en brevísimo plazo, para consuelo y alivio de la humanidad doliente.

Los chinos son el pueblo mejor educado del Universo. Cuando un chino se presenta en casa de un amigo, éste le dice con la seriedad mayor: "Si hubiera sabido que venía usted a verme, habría subido al tejado para verlo llegar desde más lejos."

A la petición de mano de una doncella el papá de la dama contesta siempre con palabras humilísimas y deprimentes: "La elección de mi hija que usted se ha dignado hacer para esposa de su hijo — dice aquél — me demuestra que usted estima a mi insignificante familia mucho más de lo que en realidad merece. Mi hija es estúpida, grosera y zafia. Me ha faltado el talento necesario para educarla, lo reconozco. Sin embargo, me honro y enaltezco muchísimo acomodándola en esta ocasión a los deseos de usted."

Los chinos beben líquidos calientes en verano y escriben de derecha a izquierda en líneas verticales; usan el color blanco cuando están de luto; comienzan las comidas por el postre, para acabarla por la sopa, y abandonan la mesa en cuanto lo ingirieron, porque las conversaciones de sobremesa son para ellos anteriores a la comida.

En la mayor parte de sus prácticas las costumbres chinas son las antítesis de las nuestras.

¿Quién sabe, sin embargo, si nos enseñan la sabiduría, y nosotros tenemos la vanidad de no acogerla!

Mas modestos y más dócil que nosotros, el filósofo Diógenes perfeccionó aquella virtud viendo beber agua a un muchacho que no necesitó cacharro para cogerla, haciendo uso del hueco de las manos juntas.

Los chinos contradicen también, por sus diferencias esenciales con los demás pueblos del Universo, el proverbio italiano según el cual "Tutto il mondo è fatto come la nostra famiglia".

C. R. SALAMERO.

Para FRAY MOCHO

Observaciones múltiples pero fragmentarias muchas de ellas, habíanme dado la impresión de que la educación física en este país ha sido objeto de preferente atención. Esta sospecha la he visto confirmada en los admirables ejercicios de gimnasia de la Escuela Normal N.º 1 que dirige la distinguida educacionista Srta. Margarita Yohow, el Liceo de Niñas N.º 2 a cuyo frente está la competente Srta. Poblote Manterola y el Instituto de Educación Física, establecimientos todos de esta ciudad.

En las últimas horas de la tarde, cuando el sol es tibio y el ambiente lleno de rumores, la Escuela Normal N.º 1 hizo su presentación en la cancha de Gath y Chaves, situada en los Leones, campo abierto dominado por el Ande y la naturaleza menos fosca del San Cristobal. Más de doscientas niñas con la profesora del ramo Srta. Victoria Caviedes, triunfaron con una verdadera nota artística en medio del deseo de vivir saludable; en el posible mejoramiento de la raza. Al ver esos cuerpos entrenados hábilmente, uno nota en el individuo chileno un gran deseo, el del ser decidido a vivir y progresar. Fué sorprendente contemplar a esas niñas haciendo ejercicios, dando preferencia al movimiento rítmico en sus juegos y danzas cuando el sol desgarraba su calor y su luz en el ambiente.

El Liceo N.º 2 asombró con sus apretadas filas; 800 niñas dieron cuenta de su preparación en el Polígono Militar.

Ya no se quiere para la mujer las carnes translúcidas y tristes, ya no se desea la carne vencida y torturada, las ojerazas trágicas, los labios exangües y las manos yertas. Chile toma afirmaciones de vida y de combate, quiere individuos saludables, bien plantados en la vida, aunque esta sea violenta, agresiva y triunfal.

La misma impresión pude sentir en el despliegue de fuerzas juveniles, de ambos sexos, en el Instituto de Educación Física que dirige el teniente Kolbach.

En la nueva orientación educacional nada salta tanto a la vista como esta energía de la vida, la lucha por el desenvolvimiento de toda fuerza, el placer de actuar y formar. Ha llegado para Chile el tiempo en que el sujeto confíe en

La educación física en Chile

Ejercicios de gimnasia al concluir el año escolar.

su propia fuerza y se ponga valientemente enfrente del no ser. Está probado que el hombre que cuida su cultura física vive más que el individuo de vida sedentaria. Con esta educación la mujer podrá mo-

El ideal chileno en este sentido consiste en un mejoramiento continuo, en un lento perfeccionamiento, en la armonía integral del alma con el cuerpo. Nada se descuida en el cumplimiento de estos

sivamente vegetativo le plantea un grave problema frente a Argentina y Brasil, países enriquecidos anualmente por un enorme caudal de sangre extranjera. Esta circunstancia obliga a esta nación, progresista entre todas, a cuidar su escaso caudal humano y lo realiza científicamente, enrolando en sus miras escuelas y cuarteles, institutos y universidades.

A mi juicio, Chile marcha, en educación física, a la cabeza del continente Sur, por lo menos tengo esta impresión desde que he visto las hermosas exhibiciones de los tres establecimientos que acabo de indicar y que señalo como un ejemplo digno de imitarse.

Julia GARCIA GAMES

Santiago, Diciembre de 1928.—

PENSAMIENTOS

Las palabras son como la moneda: por su sonido se distinguen las falsas de las verdaderas. — Mauricio Choppy.

La razón es el poder más legítimo y más discutido. — G. M. Valtour.

Nuestra novelesca indulgencia por los crímenes pasionales proporciona a los autores de éstos tantas simpatías, que perseguir a un asesino equivale a prepararle un triunfo. — G. M. Valtour.

La obra maestra de un hombre hábil consiste en hacer cada cosa a su debido tiempo. — Federico II.

La debilidad no constituye un derecho ni dispensa de tener razón. — Emilio Olivier.

El atractivo y los beneficios de los viajes consiste en darnos en el presente la lección del pasado. — Melchor de Vogué.

Desconfiemos de la felicidad; el hombre afortunado cree que todo le es permitido. — F. Coppée.

Hay que desconfiar del hombre que no ha sido sectario antes de los treinta años o que continúa siéndolo pasada esta edad. — Aquiles Tournier.

Toda una ciudad, toda una nación residen en unas pocas personas que piensan más vigorosa e intensamente que las demás. El resto no entra en cuenta. — Anatole France.

Una nación fuerte nada tiene que temer de la antipatía de los extranjeros; una nación débil nada debe esperar de su simpatía. — Max Nordaux.

verse ligera y libremente, con esta educación el hombre tendrá la fuerza necesaria para realizar su gran papel en la vida. Esta preocupación no siente la profunda miseria de la existencia, salvándose de ella, por otra parte, al limitar las calamidades del vivir inactivo.

finés, cada escuela hace su experiencia y a estas horas puede decirse que se estudia la forma de adaptar la gimnasia sueca a las necesidades del país y de la nación.

Chile no es un gran país de inmigración, su aumento casi exclu-

Como trabajan los grandes maestros

Entre los hábitos de trabajo que han caracterizado a algunos grandes hombres, merecen citarse los siguientes:

Beethoven se inspiraba en la naturaleza: gustaba de pasearse por campos y bosques para saturarse de grandes impresiones.

Mozart se sentaba a la mesa, tomaba pluma y papel, y sin mas inspiración que la de su corazón se dedicaba a componer las obras más distinguidas y armoniosas.

Alejandro Dumas, padre, necesitaba, para trabajar bien, papel de la mejor calidad.

Ricardo Wagner trabajaba preferentemente vestido con ricos trajes de seda o terciopelo y en medio de mucho lujo.

Rossini, en cambio, "gourmet" refinado, prefería saborear manjares diversos antes y durante el trabajo.

El famoso compositor de vales Juan Strauss, se inspiraba con un vaso de vino, un buen cigarro o una partidita de naipes.

Balzac se vestía de monje para encontrar ideas nuevas.

Chateaubriand caminaba descalzo hasta haber ordenado sus pensamientos.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. Mayo 1890

Sábado: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	\$ 12 —	3.70
Tapas sueltas	" " chico	" " "	3. —
" " " grande	" " "	" " "	2. —
" " " chico	" " "	" " "	1.50

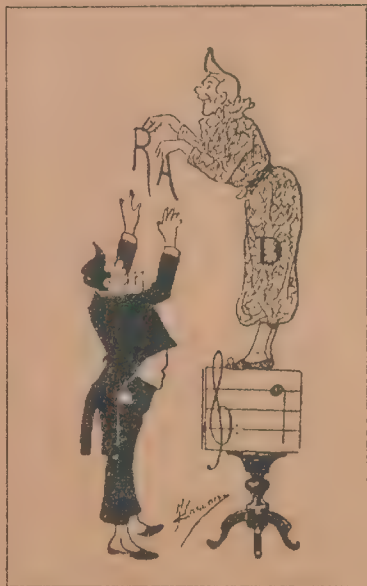
Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 26 — CHARADA

Púsose la *todo* Andrés
y así dijo a Baldomera:
—¿Qué tiene esa *dos te*
| *cera?*
—Que me está muy *pri-*
| *ma tres.*

N.º 27 — JEROGLIFICO



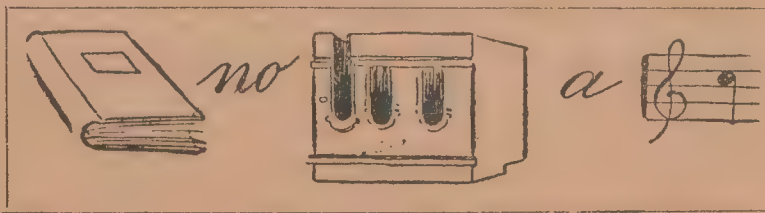
N.º 28 — COMPRIMIDO

A. B. C.
50A
NEGRO

N.º 29 — CHARADA

Prima letra y *dos* también,
otra letra la *tercera*,
todo adeptos religiosos,
cuarta y quinta en aritmé-
| *tica.*

N.º 30 — JEROGLIFICO



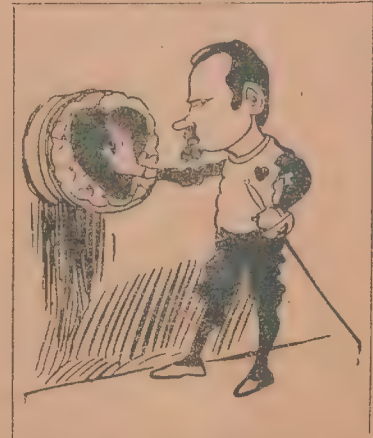
N.º 31 — CHARADA EN ACCION



N.º 32 — COMPRIMIDO



N.º 33 — FRASE EN ACCION



SOLUCIONES DEL NUMERO AN-
TERIOR.

- N.º 17—Fea.
„ 18—Consola.
„ 19—Callejero.
„ 20—Casamayor.
„ 21—Agente.
„ 22—Estaba escrito.
„ 23—Buen Orden y Moreno.
„ 24—Mansilla.
„ 25—Cacaseno.

Poco ha penetrado aún en Zululandia la civilización europea y, sin embargo, en ciertos respectos, las mujeres de las tribus zulus, se parecen a sus hermanas de piel blanca, que viven en las ciudades europeas y desconocen los bosques africanos. Tienen como estas sus modas en el vestir, sus refinamientos, sus adornos. En una palabra, aunque su concepto del lujo y la elegancia, sea completamente distinto al de la mujer europea, se interesan tanto como esta en lo que a la moda y al atavío se refiere.

La novia zulú emplea tanto tiempo en el arreglo y confección de su ajuar como una muchacha blanca de los países de civilización moderna.

La actual moda, el "tono" de ahora entre aquellas tribus africanas, exigen el velo de pesadas semillas que hacen de cuentas y gemas, así como la colección de rabos de buey que constituyen el vestido nupcial. La novia zulú podrá ir a la ceremonia del matrimonio con bastante menos ropa y aparatoso atavío que el convencional entre los elegantes de Madrid, París o Londres, pero jamás prescindirá de su velo.

Después de la ceremonia, ya una vez casada, podrá quitarse el velo, pero como anuncio que proclama su nuevo estado, ensarta cuentas en su pelo, y reúne sus

La moda entre las mujeres de Zululandia

lanudos cabellos en moñitos y marca sus mejillas con varios cirios o cicatrices.

La monogamia, en Zululandia sólo se considera como una costumbre entre los blancos y los "negros pobres". El zulú monógamo acepta este estado sólo porque a ello le obliga su pobreza, o su indolencia para el trabajo que hacen que no pueda sostener sino una sola mujer. En cambio, los aristócratas, los ricos, los que trabajan mucho son todos polígamos. Los que por su sangre real, por su habilidad en el robo o por su esfuerzo personal tienen algún dinero, se casan con tantas mujeres como pueden sostener.

Los estilos de peinados usados por las mujeres zulú son variadísimos: usan moños, peinados y hasta pelucas postizas.

Las muchachas indígenas, las mujeres todas en general de aquellas tribus, se preocupan mucho por su físico y por aparecer atractivas y sugestivas y muy especialmente en lo que al tocado se refiere.

Uno de los estilos de peinado más en boga es el por ellas llamado el *kashinga* que consiste en un moño circular que se forma por medio de círculos concéntricos de

pelo que luego endurecen untándolo con aceite de ricino y polvo rojo.

También se preocupan por el adorno de cuello y garganta que consiste en collares de autos y alambre de cobre.

La nariz y las orejas las adornan con pantos y anillos de cuentas de metal, de marfil y de hierro y también usan sortijas, brazaletes y ajorcas de bronce, cobre y hierro, reforzados con pelo de cebra.

Las elegantes de la tribu llevan hasta cientos de estos adornos en brazos y piernas.

El peso de tales adornos en las piernas suele ser verdaderamente enorme, lo que hace que estas víctimas de la moda anden con paso corto y lento, que es entre los zulú señal de alto nacimiento.

La última moda en Zululandia exige un cinturón de cuentas alrededor de la cintura y un tonelete de hierba de unos veinticinco centímetros de largo.

Las elegantes también llevan túnicas de piel de cordero, y algunas, bonitos mandiles tejidos y adornados con cuentas y semillas de diferentes colores.

Para teñir sus tejidos y adornos emplean tintes vegetales obtenidos de frutas, raíces y flores. Un rojo

muy en boga se obtiene de la semilla del "asibul", y color pardo-rojo del "musaba".

En un pasado no muy remoto, luchas intestinas y varios conflictos destruyeron a Zululandia. Durante años ardía la guerra. Unas veces eran negros contra negros; otras entre europeos y zulus, guerras en las que se destacó notablemente el terrible jefe Zulú Umlaka y en las que los ingleses se distinguieron por sus crueldades.

Afortunadamente aquella época pasó y hoy viven en paz, tranquilos y contentos.

Cuando un mozo se enamora de una muchacha zulú, el pretendiente envía un emisario que hace la declaración y es el encargado de llevar la contestación al novio. Si esta es favorable, entonces, el interesado hace en persona una visita a su amada y repite la petición.

Después vienen las conferencias con la familia de la moza, en las cuales se discute el precio que el novio ha de pagar por la chica.

Poco antes de la boda la novia recibe como regalo una carta de cuentas y en seguida monta sobre las espaldas de una mujer fuerte y así, a caballito, es conducida a casa del novio, al cual se la entrega.

Ninguna novia que en algo se estime puede ir por su pie.

TEATROS

A PROPOSITO DE UN ESTRENO RECIENTE

El ingenio es un facultad que, como el amor y el dinero, no pueden permanecer ocultos. En una u otra forma, tienen que salir a la luz del día, en último caso a las de la noche. Claro es que por su misma condición traviesa y festiva, el ingenio no se somete a normas rígidas ni aparece cuando se le busca. Libérrimo en sus manifestaciones, hace sus entradas y salidas cuando menos se espera, como los aficionados al arte de Talla.

Es frecuente también que el ingenio lo tenga una persona sin saberlo o que, sabiéndolo, no pueda utilizarlo en lo que constituye su profesión o modo de vivir, prodigándolo, en cambio, en todas las demás actividades, especialmente en las inútiles u ociosas. En fin, si no es ciego como el amor, ni sordo como el dinero, es caprichoso como ellos y acaso un poco más.

Por ejemplo, la mayor parte de nuestros autores de género chico, son hombres de ingenio. En primer término lo demuestran logrando estrenar sus mediocres producciones, con las que casi tienen acaparada la escena nacional. Pero también demuestran su ingenio en la conversación chispeante y en muchas otras modalidades de su vida. Casi podría afirmarse sin error que en todo demuestran ingenio menos en una sola cosa: en sus obras. Es raro, pero tan cierto como raro, pero tan cierto es, que no hay necesidad de demostrarlo. Basta asomarse a las páginas de una obra para darse cuenta de que los que hacen reír en el teatro por horas, son los actores.

Pues bien, una nueva demostración del ingenio inagotable de los autores cómicos ha venido a ponerse en evidencia en estos últimos tiempos, consiguiendo encontrar el modo de que una pieza mala, un bodrio como se denomina en el argot teatral, logre un gran número de representaciones.

El procedimiento es tan simple, que parece mentira que no haya sido explotado antes. Viene a ser algo así como un autoplagio, pues consiste en presentar la misma obra bajo otro título, después de pasar cierto tiempo para que todos se olviden. El sistema es de resultado seguro, sobre todo si cada vez que se le cambia el título, es representada por una compañía distinta.

Es posible que esta combinación no haya sido ensayada antes de ahora por vanidad de los autores fracasados, creyentes ingenuos en la atención de los auditorios para sus producciones, por mediocres que fueran. El público sólo guarda memoria, y eso muy vagamente, de las obras que le han producido una gran emoción. ¿Qué recuerdo va a conservar de un sainete?

Y los hechos están a la vista para demostrarlo. Algunos cronistas se han indignado por lo que ellos consideran una superchería, mistificación o fraude, pero bien mirado, cada uno es dueño de titular sus obras como le parezca y aun de ponerle a cada una dos o más títulos juntos o separados y, por lo demás, puede asegurarse que en la mayor parte de estos casos no se echa de ver que la obra es vieja, porque es igual a la ma-

yoría, de antes o de ahora, pues para esta clase de producciones, diez años son como diez días y lo mismo da Fulano que Mengano.

LA SALUD DE PARRAVICINI

El gran actor cómico que, como se sabe, se vio obligado por razones de salud a interrumpir su gira estando en Bania Blanca con su compañía, se ha trasladado a nuestra capital para atender su dolencia que, si no es grave, exige reposo y el cuidado de un facultativo. El doctor Pedro Benjamín Aquino atiende al popular bufo, y las últimas noticias que tenemos permiten desconfiar que la reacción que todo el mundo espera se producirá en breve. Tales son, también, nuestros fervientes votos.

PERELLI REAPARECIO EN LA COMEDIA

A pesar de la dolorosa experiencia que le trajo la fugacísima temporada del Ideal, el actor Carlos Perelli, en unión de su esposa, la actriz Milagros de la Vega, insiste en actuar en pleno reino de la canchuta. Para demostrar una vez más su denuedo, acaba de presentarse en el escenario de la Comedia, con el mismo elenco que lo acompañó en la breve intentona del Ideal.

Quién sabe con qué pretexto "artístico", Perelli escogió para su reaparición una pieza de "grand guignol", titulada "S. O. S!", letras que las últimas catástrofes marítimas han vulgarizado. El llamado de un buque en peligro de irse a pique es, en este caso, una gran fuerza de atracción para el público, el cual, no obstante la amable temperatura de la noche del debut, se hizo el sordo. Escasos espectadores, en efecto, concurrieron a la Comedia a presenciar la teatralización de una novela de Normand que ofrecía Perelli, y los pocos que fueron no se alarmaron, en realidad, ante el angustioso S. O. S. teatral, que no merece mayores comentarios.

Lo acompañó en el cartel "Carlos Chaplin", el interesante grotesco de Bourel, últimamente estrenado por el mismo Perelli. Esta pieza, hecha conocer fuera de temporada, quemada por su autor, como se dice en la jerga teatral, merece por sus valores ser repuesta durante el año próximo en alguna de las salas de género chico, que en esta temporada ha representado tanto mal sainete.

Perelli, si el público lo apoya, se dispone a ofrecer novedades, entre las cuales cuenta "La ladrona" de Testena; "El y... ellos", de J. Botazzi y "La vidente", versión de F. Bolla. A última hora se nos anuncia que está por terminar la temporada.

MUÑO, FIRME EN LA BRECHA

Cuando casi todos los elencos criollos han deshabitado las salas porteñas, corridos por el calor, el que capitanea Muño en el Buenos Aires disputa un torneo de resistencia teatral con el del Nacional, que pilotea el conocido turfman Pascual Carcavallo. No se puede predecir el resultado de esta gran jornada; pero tampoco os aventurado admitir que puede

ser "puesta". Muño le lleva a Carca la ventaja de que sigue entrenando, esto es, mostrando trajes nuevos, al contrario de los del Nacional que muestran trajes viejos, aunque bien cepillados y planchados.

En el Buenos Aires se acaba de estrenar "Un hombre bueno", pieza de A. Rillo y V. Dollard, a la que haremos referencia en otra edición, compartiendo el cartel con "Juancito de la Ribera", recientemente repuesta.

REVISTAS PICARESCAS

Siguen dando resultado en el Cómico las revistas picarescas, que ahora se anuncian como no aptas para señoritas. La cosa se va poniendo un poco alarmante. Dentro de poco, se prevendrá al público desde las carteleras, que se trata de revistas no convenientes para personas serias y al final quedarán limitadas para personas sin escrúpulos. Aun así es fácil que no le faltará público al teatro Cómico.

Se va saliendo del carril esta compañía, que comenzó ofreciendo un espectáculo picaresco, aunque entretenido y honesto, pero que a medida que avanza en su temporada se va internando cada vez más en el terreno de la pornografía. Y es lástima. Lo picaresco ofrece campo propicio para espectáculos animados, donde la gente de buen humor y de cierta liberalidad encuentra diversión de acuerdo con sus preferencias, pero ello es muy distinto de lo que ahora se ofrece en el Cómico bajo los títulos de "Noches de pecado" y "¿Quiere que nos bañemos juntos?"

LOS SIMARI

Ha tenido una buena acogida en el Smart la compañía nacional de sainetes que dirigen los populares actores Leopoldo y Tomás Simari, manteniendo buenas entradas a pesar de lo avanzado de la estación.

Después del reestreno de la pieza de Manuel Romero titulada "Los hermanos Barrientos", que fué ofrecida como obra nueva con el nombre de "Lo que hace falta es empujar moneda", como primera novedad se anuncia el estreno de "Llévelo nomás, agente", de Mariano de la Torre.

VUELTA A LA CUNA

En las postrimerías de su temporada, el Nacional vuelve a la cuna, como esos viejos que se infantilizan en el ocaso de su vida. La cuna del Nacional es una de las más famosas del teatro, porque se trata de "Tu cuna fué un conventillo", el pintoresco sainete de Vacarezza que tanto éxito alcanzó en su época. La reñise ha sido recibida por el público con inequívocas muestras de que no ha cambiado de opinión en lo que se refiere al juicio de dicha obra.

AVENIDA

Se han iniciado en esta sala una serie de espectáculos de variedades, organizados por los bailarines acróbatas hermanos Williams Hayrun, conjunto de dan-

zarinas clásicas, una jazz-band sinfónica de 25 instrumentistas y otros elementos de atracción. Terminan los espectáculos con un truco titulado "La gran carrera", donde aparecen animales del hipódromo Argentino, lo que interesa vivamente a los aficionados al turf, que constituyen el 80 o/o de la población porteña...

SE PROYECTA...

...una temporada de revistas en una sala céntrica, con la base de una vedette muy popular, a la que se le ha ofrecido un sueldazo. ¿Cuajará la cosa?... (La cosa es la temporada).

LIRICA EN EL MARCONI

Se ha presentado en el Marconi una compañía lírica italiana, dirigida por el conocido maestro Arturo de Angelis, y en la que aparecen como principales figuras, las sopranos Simzis y Venturini y el tenor De Angelis. Aunque se propone realizar una corta temporada, si "pega" se quedará, ya que en verano no se pueden tener caprichos ni elegir salas, siendo una verdadera gracia celeste que el público apoye un esfuerzo de cualquier clase.

En esta estación la gente no cree en genios de ninguna especie y busca el balneario antes que el teatro, quizás porque en el balneario hay algo de teatro...

GRAND SPLENDID

Las "brisas" caniculares no contribuyen mayormente en la fecunda temporada que viene realizando, con más fortuna que otros años, esta grandiosa sala que administra con acierto y habilidad el Sr. Carmelo Carbone, prestigioso cinematografista. El cronista, que "huronea" en este cine para darse cuenta de cómo marcha, se ha sorprendido el último sábado, día en que la concurrencia interrumpió el tráfico de la calle Santa Fe. Es el mejor dato sobre el éxito de esta sala.

CAPITOL

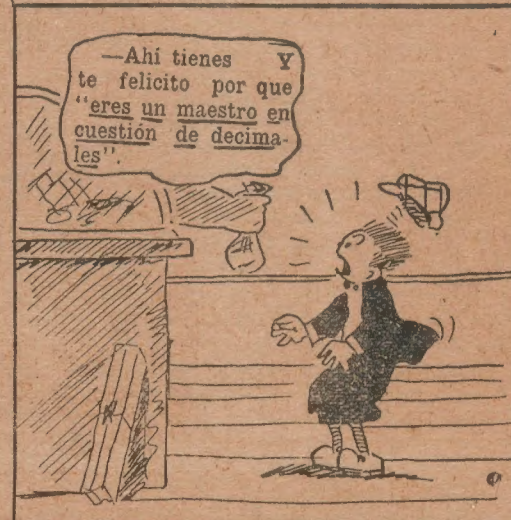
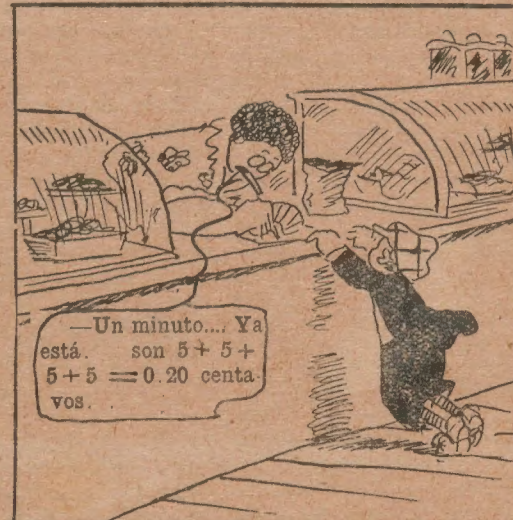
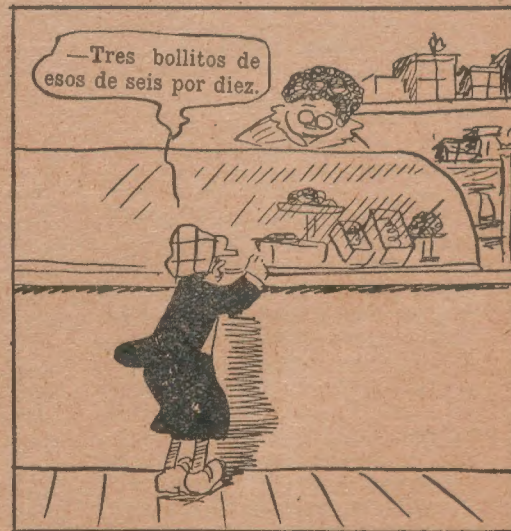
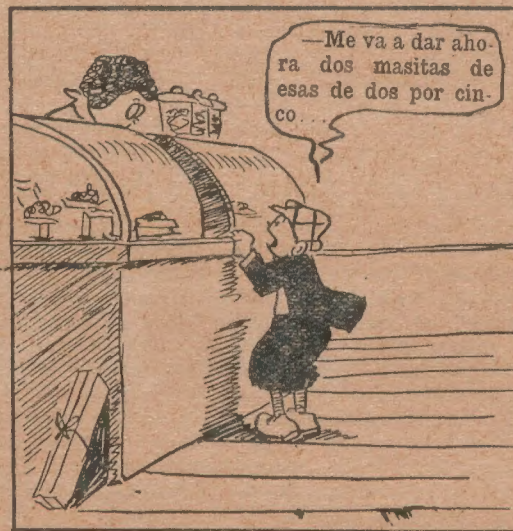
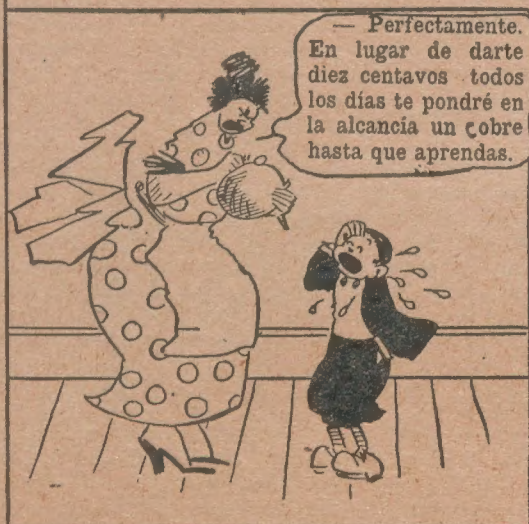
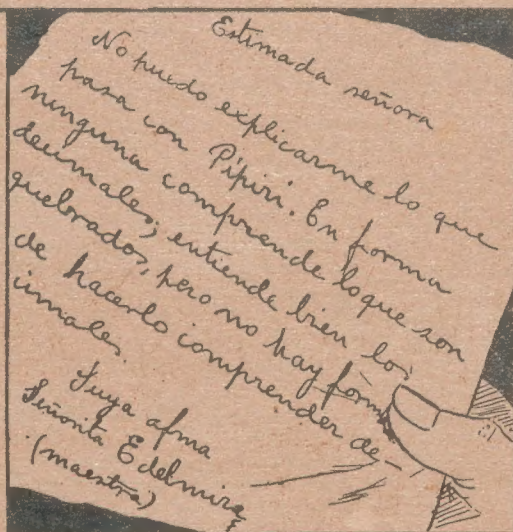
Este acreditado cine se defiende con bastante suerte de las primeras arremetidas del verano, enemigo irreconciliable de los espectáculos a puertas cerradas. Los hábitos, que son muchos, frecuentan el Capitol con el mismo interés que en el mes de mayo o septiembre.

GLORIA

Esta sala que administra don Marcos Sánchez, conocido y apreciado hombre de cine, constituye una excepción entre las de la Avenida de Mayo, por ser la única que es abundantemente concurrida, tanto en las secciones de la tarde como en las veladas. Se exhiben diariamente películas seleccionadas entre las mejores.

PARC

Nadie puede disputar en Palermo el crédito que tiene entre las familias esta sala de Max Glücksmann, ubicada frente a la plaza Italia. Sus espectáculos se ven muy concurridos y las cintas que se pasan son recibidas con agrado por el público.





Potencia y economía.

Son las ventajas que se obtiene
usando Nafta

WICO

Cada litro rinde más kilómetros.
Se expende en todo el país.

No emplee otra.

WEST INDIA OIL Co.





Alegría para su mesa de Nochebuena



DULCES y MERMELADAS BAGLEY

Garantizamos la prolija elaboración de estos dulces con fruta fresca de la última cosecha y azúcar refinada de la mejor calidad.

Pero no se olvide de Bagley, el amigo que lleva alegría y buen gusto a los hogares desde hace más de cincuenta años.

Que no falten en su mesa bocados tan deliciosos como Surtido Visitas y Merengadas. Postres tentadores como las Tortas Bagley. Todos productos famosos por su calidad de primer orden, frescos, sanos, deliciosos. Elaborados y envasados por Bagley.

Ellos harán más alegre y feliz la tradicional fiesta del hogar.

ALIMENTOS DE CALIDAD BAGLEY